

R
117
I54

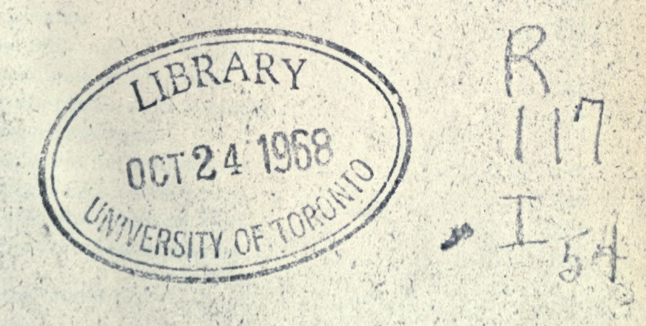
DR. JOSÉ INGEGNIEROS
Catedrático en la Universidad de Buenos Aires

Al margen de la ciencia

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
VALENCIA


LIBRARY
MAY 7 1970
UNIVERSITY OF TORONTO

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.


LIBRARY
OCT 24 1968
UNIVERSITY OF TORONTO
R
117
I
54

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—Valencia

INDICE

EXORDIO

Para descansar de mis estudios científicos habituales he distraído el espíritu en estas crónicas y comentarios, traduciendo impresiones recogidas durante dos años de estadía en el viejo mundo. Las más aparecieron en La Nación, *de Buenos Aires, y complementan la serie ya publicada en el libro* Italia.

Poco sensible á los halagos de la vanidad intelectual, acaso en fuerza de sanciones prematuras, creo necesario justificar la publicación de un nuevo libro en esta época que no prodiga estímulos á las tareas del espíritu.

***

Alguna vez, encorvado sobre el ocular de un microscopio para sorprender el misterio de los infinitamente pequeños, creí descubrir en la energética de los microbios un símbolo de nuestra propia vida.

Sobre la gelatina pálida de los cultivos experimentales, una esfumada mancha roja advertía la

soñolienta incubación de cierta colonia microbiana. Inerte, bajo el microscopio, parecía dormir el letargo de una existencia inútil.

***

De pronto un rayo de luz incidió la superficie de la pálida gelatina; la mancha roja se puso en movimiento, animada por vitalidades generosas y fecundas, como si en la materia dócil hubiese penetrado la plenitud vigorosa de energías nuevas.

***

Pensé entonces que el trabajo intelectual merece cultivarse con amor, aun en países que cifran su grandeza en la agricultura y la ganadería. La inteligencia es el rayo de luz que fecunda esotra pequeña mancha roja, de microbios también ella, que es la humanidad...

Buenos Aires, 1908.

AL MARGEN DE LA CIENCIA

Elogio de la risa

Chinón, 1905.

Imaginaos un cielo meridiano en Andalucía, un patio empavesado con la chillona locura de todas las flores, una fresca moza llena de gracia y de calor, con la púrpura de tres claveles sobre la sien y la cadera temblorosa de sensualidad al ritmo de una seguidilla coreada por voces primaverales, una tela de Sorolla. Parece reir en ella, omnímoda, la salud de la Naturaleza, como si la luz del cielo, el color del cuadro, el frescor de la moza, el desgaire de los claveles y la emoción de la cadera, se conjugaran en una apoteosis de vida y de esperanza.

Otro cuadro. Una plazoleta desierta y blanqueada por la nieve bajo un palio de plúmbeas nubes macizas, una iglesia pobre y un muro limitando el breve horizonte, pocos árboles, cuyas ramas escasas parecen dedos de manos mendicantes abiertas sobre el cielo gris, una muda silueta, arrastrando pasos inseguros sobre la alfombra algodonosa, y más allá el cadáver de un gorrión á

medio sepultar entre los copos fríos. Es un invierno de Sisley. Todo él sugiere un triste agonizar de la Naturaleza: el blancor de la nevada bajo el cielo opaco, la melancolía del muro en ruinas, la telaraña del ramaje sin frondas, el mutismo solitario; los pasos inciertos del anciano y el gorjeo apagado en el cadáver, parecen exponentes del agotamiento y la desventura.

Hay alegrías y tristezas en los paisajes, hay quejumbres y risas en todo lo que vive y existe, como si en cada colina, bosque, arroyo, corola ó mariposa palpitara una partícula del alma universal, infinita. Hay paisajes sanos y enfermos, equilibrados y neurasténicos, jóvenes y viejos; en algunos sobra vida, en otros languidece. La salud de los paisajes tiene fisonomía especial: sonrisa y alegría; los de la Naturaleza moribunda parecen muecas de envidia, de angustia, de pena.

El Sorolla risueño significa para todos lo mismo: juventud y fecundidad. El triste Sisley parece un símbolo de achacosa decrepitud.



Lo mismo que en los paisajes, en la vida humana la alegría y la tristeza corresponden á estados opuestos de salud mental y física. Bien lo presumió Stendhal: una disertación sobre la risa debe escribirse en estilo anatómico más bien que académico.

Un instinto misterioso y previsor nos da la sensación del placer cuando se produce una intensificación de la personalidad. Nos place todo lo que nos aumenta, completa ó mejora: nos duele todo lo que amengua, dificulta ó restringe la expansión individual. Ese placer y ese dolor, si son durade-

ros, se traducen por estados de alegría ó de tristeza; si transitorios, estallan en risa ó en llanto. Fácil es comprender que la alegría y la risa concuerdan con los fenómenos fisiológicos más propicios al bienestar y á la evolución del individuo ó de la especie.

En el hombre, como en la tela de Sorolla, alegría es sinónimo de salud. Los higienistas reconocen, unánimes, que la risa es saludable, y los fisiólogos enseñan que es privilegio de organismos cuyas funciones están equilibradas; los psicólogos podrían agregar, sin vacilaciones, que la felicidad suele ser patrimonio de los hombres que saben reir.

Todos los encomiastas de la risa, desde Rabelais hasta Anatole France, loaron sus virtudes sanitarias: ella expulsa el humor negro, elimina la bilis y desopila el bazo, presuntos autores ó cómplices de la tristeza. Algunos moralistas solemnes y funerarios han osado considerarla incompatible con cierta estética é intolerable para cierta moral, mas nunca permitiéronse desconocerla como legítima florescencia de la salud. D'Alembert, comentando la alegría chacotona del populacho, escribió con razón á su rey: «Yo también reiría como él si me fuese posible digerir y dormir mejor.»

Prescindimos aquí de las risas patológicas, producidas por una enfermedad orgánica ó por un desequilibrio mental; son ajenas á estas reglas y se estudian en los libros de medicina. Para los demás casos podríamos ensanchar la fórmula, según lo quiere Dugas, y darla definitiva: la risa expresa cierto eretismo ó plenitud vital que suele corresponder á la buena salud.

Los psicólogos llaman «euforia» al bienestar subjetivo constituído por la conciencia de ese eretismo ó plenitud vital; la euforia mantiene al hom-

bre en «estado de alegría» y en «inminencia de risa». Nos conviene hacer y fijar esa distinción entre el fenómeno permanente y el accidental, el «temperamento alegre» y el simple «acceso de risa». Para establecer su correlación exacta, diremos que el primero corresponde al organismo habitualmente sano, y el segundo á los momentos de bienestar.

***

Dentro de la salud existe una gama de tonos infinitos: el *Hércules Farnesio* y la *Diana* de Falguières, el *Perseo* de Benvenuto y la *Venus* Medicea, el *Pensador* de Rodin y la *Tanagra* de Gérôme. Hay también risas y risas, distintas todas dentro de la fundamental unidad de su expresión. Algunas abiertas y sonoras como cascabelear de castañuelas; otras discretas como el elogio de un rival; penetrantes como la mirada de una amante celosa; heladas como las felicitaciones amargas de los fracasados; cálidas y expresivas como la palabra alentadora de un satisfecho. Las hay mudas y reveladoras, respetuosas y confidenciales, inflexibles y tolerantes, fugaces y definitivas, aterciopeladas y violentas. Algunas son parciales, relativas ó convencionales; otras son irresolutas, reservadas é incompletas. Hay también risas enfermas: imitativas, grotescas, felinas, el rictus, la risa loca, la risa doliente, la alucinatoria, la delirante, las risas histéricas y otras que preferimos olvidar.

Pero la risa arquetipo, la ubérrima, la que interpreta la más sintética acepción del vocablo, expresa simultáneamente la máxima intensidad y amplitud de vida, resume el ejercicio del mayor número de funciones físicas y mentales elevadas á

su más alto nivel. No olvidemos que organismo y espíritu son dos aspectos de una misma realidad; el alma es la representación de todas las funciones orgánicas. Antes se la creyó el privilegio de una incorpórea entidad acoplada á la carne triste; después se consideró á las facultades del espíritu como funciones del cerebro, segregando éste ideas como bilis el hígado; hoy se sabe que la actividad psíquica es la resultante de todas las actividades orgánicas percibidas y reflejadas por los centros nerviosos: las funciones elementales del protoplasma —la sensibilidad y el movimiento—contienen ya los gérmenes de las más complicadas funciones del espíritu humano. Y el clásico adagio *mens sana in corpore sano,* podemos glosarlo así: «espíritu alegre en cuerpo alegre». Un organismo sano es la substructura indispensable para un espíritu jovial, activo, generoso, optimista; un organismo enfermizo es el fatal incubador de la tristura, la pereza, la envidia, el pesimismo. Ante la ciencia, la alegría y la risa devienen simples epifenómenos subordinados á contingencias materiales. La psicología biológica ha suprimido el problema dualista: un estado de alma es un estado de cuerpo.

Se es triste ó alegre como se es anémico ó pletórico, famélico é inapetente, ágil ó torpe, bilioso ó linfático. Una alimentación abundante ó pobre, una higiene satisfactoria ó deficiente, un empleo cómodo ó fatigador, un riñón sano ó calculoso, una piel coriácea ó permeable, hacen al hombre alegre ó triste, truecan el temperamento jovial en sombrío. Así también, accidentalmente, una copa de champaña, una buena compañía, una fugaz jaqueca, una digestión fácil, un paseo prolongado, una fatiga de amor ó una hora de estudio, son factores que obstan ó favorecen el acceso de risa, en pro-

porción y circunstancias variables para cada individuo.

***

Al estudiar la expresión de las emociones suele definirse la risa como el conjunto de movimientos fisionómicos que exteriorizan una emoción de placer. Para los fisiólogos consiste en breves sacudidas respiratorias que se suceden rápidamente á través de las cuerdas vocales reunidas ó separadas, produciendo sonidos altos, claros é inarticulados, quedando flojo el velo del paladar: la boca está generalmente abierta y contraídos de manera característica los músculos de la cara.

Los psicólogos, en cambio, han procurado establecer las condiciones de actividad mental que determinan la risa; no han conseguido, sin embargo, ponerse de acuerdo sobre tan escabroso tema de meditación.

Sólo han concordado en reconocer que la risa es un fenómeno exclusivamente humano, verdad admitida mucho tiempo ha. Voltaire amplió la frase de Rabelais: «Reir es lo propio del hombre», en términos muy repetidos: «Los animales no ríen de placer, aunque lloran de tristeza. El ciervo puede verter un humor de sus ojos cuando se ve acosado; el perro también, cuando se le diseca vivo. Pero ellos no lloran la pérdida de sus amigos, como hacemos nosotros; ellos no estallan de risa, como nosotros, en presencia de un objeto cómico. El hombre es el único animal que sabe reir y llorar.» Otros filósofos hicieron innumerables incursiones en este campo, y á fe que el tema es tentador. Pero la ciencia ha separado toda la hojarasca filosófica, buscando en estudios objetivos y experimentales

extremos serían la ironía mental y el rictus convulsivo. Fácil es comprender que todas las risas no son inteligentes y que todo placer espiritual no se desgrana en risa mímica.

***

Siendo un fenómeno complejo, los factores que la componen pueden combinarse ó disociarse de varias maneras, como ya lo ha supuesto Ribot. Suelen distinguirse en la risa dos elementos: el gesto y la idea. El uno es exterior, objetivo, fisiológico, susceptible de una descripción exacta y minuciosa; el otro interior, subjetivo, psicológico, cuyo estudio presenta más dificultades y plantea innúmeras incógnitas.

Esa división no satisface por completo. Creemos que en la risa conviene distinguir tres elementos: el mímico, el emotivo y el intelectual. Pueden coexistir los tres, pero pueden exteriorizarse por separado.

a) El elemento mímico de la risa manifiéstase por movimientos particulares de ciertos músculos de la fisonomía y por una sucesión de pequeñas expiraciones ruidosas que parecen depender de contracciones reflejas del diafragma. En el idiota, el niño ó el demente, puede encontrarse la risa circunscrita á sus manifestaciones mímicas, como fenómeno del automatismo inferior, determinado por imitación, ó como simple reflejo funcional, sin que intervenga la conciencia ni la subconciencia. Esta risa es un fenómeno motor, sin significación psicológica.

b) El elemento emotivo consiste en cierto estado especial del organismo, determinante de una emoción de placer, el cual encuentra en la risa

mímica uno de sus medios particulares de manifestarse. Esta risa es un medio de expresión de las emociones; en ese carácter la encontramos en todos los seres humanos de regular desenvolvimiento psicológico.

c) El elemento intelectual consiste en la percepción de lo ridículo ó lo risible contenido en el excitante de la risa; puede no estar acompañado por manifestaciones mímicas, ni por un estado emocional. Los argentinos atribuímos al verbo *gozar* la significación correspondiente á la forma intelectual de la risa.

En suma:

1.° En los inferiores mentales la risa es posible como fenómeno mímico, independientemente de toda correlación con un estado psicológico cualquiera.

2.° La generalidad de los hombres poseen la risa como gesto destinado á expresar emociones de placer.

3.° Los hombres capaces de procesos psicológicos superiores pueden poseer la risa puramente intelectual, para cuya existencia no es indispensable la emoción de placer ni su expresión mímica correspondiente, limitándose á ser un acto representativo.

Es evidente que la risa intelectual constituye la etapa superior de la evolución de la risa humana, su más fino y acabado florecimiento: la gala más exquisita del espíritu.

***

Desde la risa-mueca en que desborda el excedente vital del organismo, como enseña Spencer, hasta la risa intelectual en que la idea toma las

riendas y procura inhibir la expresión fisionómica, se advierte una evolución progresiva. La alegría es cada vez más espiritual, la risa cada vez más inteligente. En cambio, la tristeza y la solemnidad tórnanse cada vez más tontas, más huecas, más necias. Esa evolución hacia la risa intelectual se confirma observando la evolución étnica: á medida que aumenta la superioridad de las razas, acreciéntase la aptitud para reir. Baudelaire hace notar que la risa de los griegos y de los latinos no es la nuestra, necesitándose retrotraer el espíritu para sentir ó compartir su musa cómica ó jovial.

En el individuo, la euforia, que implica la conciencia subjetiva de una perfección ó superioridad, favorece la percepción de cualquier desequilibrio ó inferioridad. Este es el núcleo del ridículo: incoherencia, desproporción, aturdimiento, inadaptación, absurdo, distracción. Por eso mismo el ridículo es una cualidad esencialmente humana; las cosas pueden ser bellas ó feas, pero no ridículas: solamente lo parecen cuando la imaginación las humaniza.

La salud, entonando el espíritu, lo dispone á desplegar su capacidad de observación y de análisis para percibir los motivos de ridículo existentes en todo lo que cae bajo el dominio de los sentidos; es, pues, el substrátum necesario de la euforia y de la propia superioridad frente al ridículo. Un psicólogo sistemático formularía esta serie de términos:

Salud: talento, optimismo, alegría, éxito.

Enfermedad: desequilibrio, pesimismo, tristeza, fracaso.

Los tontos (débiles de espíritu) y los tristes (enfermos de espíritu) son los menos aptos para percibir el ridículo. Su incompletud é imperfección les coloca en el sitio de víctimas antes que de ver-

dugos, de burlables y no de burladores. No hay risa intelectual sin la conciencia de la propia superioridad, puramente subjetiva y relacionada con la inferioridad de lo ridículo. Ese carácter subjetivo explica por qué muchos tontos de capirote creen burlarse del prójimo en el propio momento en que se convierten en objeto de la risa ajena.

Una misma acción ó persona es ridícula en distinto grado para sujetos diferentes; su ridiculez estriba en la aptitud para percibirla y es inherente á quien la observa. Los idiotas jamás descubren el lado ridículo de las personas ó de los acontecimientos; cuando ríen lo hacen automáticamente, sin gozar. Un imbécil ó un niño de pecho no gozaría ni comprendería el ridículo de Sancho Panza al contar que cabalgando un clavileño subió tan alto que veía á la tierra como un grano de pimienta y á los hombres apenas como avellanas. Un tonto militante reiríase acaso al pensar que los hombres parecían más grandes que la tierra, pero es indudable que leyendo el *Quijote* no encontraría ridículo á Sancho en posesión del papel de hidalgo y héroe. Mucho menos comprendería el de cierta dama invitada por Cassini á presenciar un eclipse de luna, que llegó al observatorio media hora después de ocurrido y preguntó al sabio si él no podía recomenzar el fenómeno. Callemos de aquel filósofo á quien se le reprochó que usara guantes rotos y resolvió ponérselos del revés para ocultar los agujeros.

Si ridículo es todo lo contrario al ideal de perfección humana, la ridiculez debe ser varia para individuos que tengan un ideal de perfección distinto. En una reunión mundana todos ríen diversamente, según sus aptitudes mentales. Un tilingo es incapaz de comprender el ridículo ceremonial

de una tertulia; entrando á una sala sin calefacción encuentra correcto quitarse el gabán aunque tenga frío, tomar té, aunque tal brebaje esté mal preparado, felicitar á la niña cuando toca pésimamente el piano y hablar tres horas con personas que no le interesan sobre asuntos absolutamente triviales. Una persona de inteligencia discreta advertirá que todo eso es ridículo, así como buena parte de los gestos y palabras vulgares que en torno suyo florecen, pasando inadvertidas para los individuos menos inteligentes. Por fin, los hombres dotados de una intelectualidad superior pueden llevar más lejos la percepción y el análisis, descubriendo la ridiculez donde los otros no se atreverían siquiera á sospecharla.

Cada espíritu posee su lente; ve más ó menos, según él sea. Los tontos y tristes son ciegos al ridículo, refractarios á su percepción; los inteligentes y alegres lo descubren á distancia y con aumento. La risa es humana y es eterna; por eso refiere Platón que las Gracias, buscando un templo que jamás pudiera ser destruído, encontraron el alma de Aristófanes.

* * *

El vulgo, constituído por esas unidades gregarias que son los hombres de rebaño, suele confundir la sana alegría con la frivolidad y la seriedad solemne con el carácter. A menudo oímos decir de un triste que es persona seria y reflexiva, ó de un alegre que es informal é inconsecuente. Tal confusión sería un simple disparate si se formulara de buena fe; pero suele ser una excusa difundida y aceptada por la gran masa de los tontos y los tristes, con el objeto de justificar su propia inferioridad.

No creamos en los hombres solemnes que temen comprometerse ante quien los ve reir. Son contrabandistas del talento, falsos monederos de la intelectualidad, piratas del éxito y de la fama; sólo aspiran á que la gran masa de inferiores los consagre «hombres serios»: saben que con ese pasaporte, y sin bagaje de ningún género, se puede llegar muy alto y muy lejos. Los hombres solemnes y silenciosos son simuladores de baja ralea: espíritus indigentes que ocultan en la penumbra del silencio la andrajosa miseria de sus ideas. Es raro el hombre serio que calla por astucia; más son los que callan cuando nada tienen que decir; y callan siempre. Su fisonomía amorfa no cobija la profundidad de pensamiento alguno, pues el cerebro de los hombres solemnes suele ser una página en blanco: «el armiño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia», que diría Hugo. La seriedad es una simple incapacidad de reir.

El carácter es otra cosa. Los datos más recientes de la psicología inductiva y experimental han permitido á Sergi afirmar que la integridad de carácter está proporcionada al perfecto equilibrio de la inteligencia y de la salud. Se infiere que coincide preferentemente con la alegría y no con la tristeza.

La bondad misma puede medirse por la risa, como por un cartabón inequívoco. No queremos quitar á Carlyle el honor de patrocinar esa afirmación que parece paradojal. Cuenta, en *Sartor Resartus,* que el mismo señor Teufelsdrokh se rió una vez, acaso la primera y última en su vida, pero con tal carcajada, que bastaba para despertar á los Siete Durmientes; y comenta: «Ningún hombre que se ha reído una vez, ingenua y plenamente, puede ser del todo malo, sin remisión.

¡Cuánto significa la risa! Es la clave con que se descifra á todo el hombre. Algunos gastan una eterna sonrisa afectada y necia; hay en la de otros un brillo frío, como de hielo; pocos son capaces de reir con lo que puede llamarse risa; de ninguno de ellos cabe esperar cosa buena. El hombre que no puede reir, no sólo es apto para traiciones y estratagemas, sino que toda su vida es ya una traición y una estratagema.»

Algunos espíritus refinados tórnanse inaccesibles á la alegría y se crean «una especie de inmunidad á la risa», como afirma Barrés. No negamos el hecho, pero su explicación es fácil: suele tratarse de intelectuales «envenenados» por el fracaso y por la envidia, sujetos desequilibrados é incompletos, brillantes para morder y difamar á los que triunfan, pero incapaces de triunfar ellos mismos en la vida. Entre los griegos florecieron los Agelastas, que practicaban la completa abstinencia de la risa. Así lo refiere Platón, mas parece que no los imitaba; Pascal asegura, en sus pensamientos sueltos, que «ordinariamente se supone á Aristóteles y Platón como personajes solemnes y serios: eran, sin embargo, buenos sujetos que jaraneaban y se reían como los demás entre sus amigos».

Una clara intuición de estos hechos sugirió al más insigne alienado, á Federico Nietzsche, aquella página dionisíaca de su *Zaratustra* que termina proclamando sagrada la risa é invita á los hombres superiores á cultivarla con amor.

La risa intelectual es la dádiva con que la Naturaleza ha integrado los privilegios de los hombres superiores.

Dejando á filósofos y moralistas el demostrar la función social de la risa, como correctivo de las

costumbres colectivas é individuales, señalemos su campo de aplicación médica y práctica: la risa terapéutica.

La risa y el placer son exponentes de energía vital; pero pueden, á su vez, ser agentes provocadores de esa energía. Una ley general de psicología enseña que toda expresión mímica tiende á determinar la emoción que habitualmente le corresponde: poniendo la cara triste no es posible pensar en cosas alegres, y viceversa. Por eso la risa provocada merece una amplia cabida en la terapéutica racional. Las buenas compañías y los espectáculos risueños constituyen la fase mundana de esta medicación; la parte farmacológica puede estar á cargo de los medicamentos eufóricos ó exhilarantes, cuya lista es compleja desde el vino de champaña hasta el protóxido de ázoe, pasando por el opio, el haschich, el kawa y otras substancias que en dosis pequeñas merecen experimentarse cual modificadoras del tonus cerebral y orgánico.

La risa terapéutica fué preconizada por Moreau de Tours y por Raulin en el tratamiento de ciertas neurosis; la risa provocada produce efectos sorprendentes. Gracias á las mencionadas asociaciones funcionales, la expresión de la jocundia y el placer, obtenida en los sujetos aun á su pesar, llega á producir esos estados. Aunque el orden de ese proceso sea inverso al normal, la eficacia de su acción no es menor; así como el placer trae la risa, la risa trae el placer. «Hay que reir antes de ser feliz—dice Goethe—, y si la alegría se resiste á venir, hay que forzarla.» Ese es, sin duda, el secreto de muchas personas que ríen siempre y á todo propósito, viviendo contentas de sí mismas y de las demás.

Esta agradable terapéutica no ofrece peligros,

aunque se le han atribuído algunos imaginarios. «Se ha llegado á contar—dice Voltaire—que algunas personas han muerto de risa: me cuesta creerlo, pero seguramente hay muchas más que han muerto de tristeza.» No cabrán, pues, vacilaciones al prescribir y provocar la risa como estimulante de la salud, de la inteligencia y de la felicidad; mejor receta no puede otorgar un psicólogo al viviente cementerio de neurasténicos aburridos que afean y amargan la existencia en las grandes ciudades. Y si son jóvenes, deben enamorarse de una mujer que sepa reir con los ojos y con el espíritu, con los labios y con el corazón, con todo su cuerpo gracioso y salubérrimo, plenamente, absolutamente, con una risa que sirva para algo más que para mostrar sus lindos dientes.

El ocasο de una gloria

Londres, 1905.

La gloria es el alcohol de los elegidos. La primera vez embriaga; después se convierte en imprescindible necesidad.

El espíritu se adapta á ella insensiblemente. El primer éxito, grande ó pequeño, es perturbador; el favorecido siente una indecisión extraña, un cosquilleo moral que produce placer y molestia al mismo tiempo, como la emoción que siente el niño de quince años cuando se encuentra á solas por vez primera con una mujer amada. Es dulce, pero infunde temor; estimula, pero inhibe; instiga, pero detiene. Angel Mosso ha descrito admirablemente esta emoción del primer éxito en el prólogo de su conocida monografía sobre el miedo. Sin embargo, la inhibición pasa y el impulso continúa.

Mirar de frente al éxito equivale á asomarse á un precipicio; se retrocede á tiempo ó se cae en él para siempre. El éxito es un abismo irresistible, como una boca juvenil que invita al beso. Muy pocos retroceden.

Este ajenjo del «yo» se brinda bajo cien aspectos, tienta de mil maneras. Nace por un accidente inesperado, llega por caminos invisibles. Basta el

simple elogio de un maestro estimado, el aplauso ocasional de una multitud, la conquista fácil de una hermosa mujer; todos se equivalen, todos envenenan lo mismo. Corriendo el tiempo tórnase imposible eludir el hábito de esta embriaguez; lo único difícil es iniciar la costumbre, como para todos los vicios. Después no se puede vivir sin el tósigo vivificador.

Los más grandes cerebros son sus fieles servidores, le rinden homenaje. Taine conoció el goce del maestro que ve concurrir á sus lecciones un tropel de alumnos; Mozart ha narrado las delicias del compositor oyendo sus melodías en labios del transeunte que silba para darse valor al atravesar de noche una encrucijada solitaria; Rodin, en una plática inolvidable, nos dijo la fruición con que sorprendió á dos jóvenes inglesas boquiabiertas ante su *Busto de mujer*, en el Luxemburgo; D'Annunzio ha confesado que una de sus grandes voluptuosidades consiste en oir recitar sus propios versos por niñas que no le conocen personalmente; á Jean Jaurés, al terminar una de sus conferencias tempestuosas, le oímos comentar la dicha del orador que escucha el aplauso frenético tributado por diez mil hombres. El fenómeno es común, sin ser nuevo. Julio César, al historiar sus campañas, deja entrever la ebriedad infinita del que conquista pueblos y aniquila legiones; los biógrafos de Beethoven narran su impresión profunda cuando le invitaron á volverse para mirar las ovaciones que su sordera le impedía oir, al estrenar su novena sinfonía; Stendhal ha dicho, con la gracia ática de su prosa original, las fruiciones del amador afortunado que ve sucesivamente á sus pies, temblorosas de fiebre y de ansiedad, á cien mujeres. Nadie escapa á la fruición de esta sirena.

La gloria, más que un privilegio, es un derecho del hombre superior. Es el impuesto que cobra á los inferiores, en moneda sonante, bajo forma de homenaje ó de admiración. Alguno, en verdad, no logra cobrarlo en vida; es decir, no lo cobra nunca. Es injusto esperar la muerte de un hombre para glorificarlo; si algo merece, debe pagársele al contado. ¿Para qué sirven las regulaciones de honorarios á difuntos? Los herederos no suelen merecerlas.

El éxito es benéfico; exalta el «yo», y por ende estimula al hombre de méritos. Pero tiene otra virtud mayor: destierra la envidia, enfermedad pasajera de los jóvenes talentosos y ponzoña incurable de los espíritus mediocres. Triunfar á tiempo, merecidamente, es el más favorable rocío para cualquier germen de bondad. El triunfo es un bálsamo de los sentimientos, una lima eficaz para las asperezas del carácter. Sólo el fracasado puede ser envidioso y maligno. Si el éxito es el mejor lubrificante del corazón, el fracaso es su más urticante corrosivo.

Produce, es cierto, alguna hipertrofia de la personalidad; pero antes que un defecto, es su consecuencia natural. ¿El atleta no tiene, acaso, músculos excesivos hasta la deformidad? No podría ser de otro modo; la fisiología enseña que la función hace el órgano. Los psicólogos podrían agregar que el «yo» es el órgano propio de la gloria.

Esa hipertrofia solamente es ridícula en el hombre mediocre, porque apenas llega á ser vanidad. En el hombre superior es un adorno: el simple exponente de su fuerza. El músculo abultado no es ridículo en el atleta; en cambio lo es toda adiposidad excesiva, porque es lo monstruoso, inútil é inexplicable; como la vanidad del insignificante.

Sarmiento no habría sido completo sin su megalomanía.

La conciencia de la propia gloria es benéfica: suprime toda pequeñez moral y toda villanía. Un triunfador no puede envidiar, como á nadie envidia el loco feliz que vive con delirio de las grandezas. Todo hombre que siente la caricia del éxito lleva en sí un poco de la «gloriosa megalomanía» —permítasenos recurrir para estas cosas á la jerigonza literaria de Sicardi—, que impide envidiar. La grandeza puede coexistir con el odio, con la violencia, con la maldad también; pero cuando se es verdaderamente grande no cabe ser envidioso, bajo ó pequeño. César aniquiló á Pompeyo, sin rastrerías; Donatello venció con su *Cristo* al de Brunelleschi, sin bajeza alguna; Nietzsche fulminó á Wágner, sin envidiarlo. El éxito da á sus favoritos cierto ademán trascendente y apocalíptico; el fracaso vuelve miopes y reptiles á los suyos.

Ante un hombre envidioso después del éxito, podemos suponer que el juicio público es inmerecido. Es un mediocre; sabe su mediocridad, y comprende que sólo puede permanecer en la cumbre impidiendo que otros lleguen hasta él. Se defiende.

Para endulzar á un gran hombre triste habría que prodigarle todo el éxito que merece. Un médico psicólogo debiera contar la gloria entre los menjurjes de su terapéutica. A todo hombre superior minado por inexplicables neurastenias, habría que recetarle así: «Gloria (por cucharadas).» Pero la ciencia marcha á paso de tortuga; estas drogas útiles no se despachan en las farmacias.

***

El lector merece, empero, la gracia de otras mil reflexiones que nos sugiere una interesante conversación con Adelina Patti.

Ha sido una predilecta de la gloria, en su manifestación más directa, aunque inferior: el aplauso de la multitud. El éxito de un escritor es lento, pero estable; sus admiradores están dispersos, ningún lector aplaude á solas recorriendo el infolio. En el teatro y en la asamblea la gloria es rápida y barata; los oyentes se sugestionan recíprocamente, suman su entusiasmo y estallan en ovaciones. Por eso cualquier histrión de tres al cuarto puede conocer el éxito más de cerca que Pitágoras ó Descartes, aunque la intensidad está en razón inversa de la duración. Estas verdades menudas no pretenden amenguar los méritos de Adelina Patti, entre los cuales tenemos el buen gusto de no incluir su voz monstruosa.

Don Crisanto Medina, viejo delicioso, no obstante su cargo de embajador de Nicaragua, traiciona á la política por las letras y cultiva primorosamente la amistad de Rubén y de Carrillo, á todas luces comprometedora para un diplomático de bulto. En el hall de un gran hotel, entre una y otra espiral de habano, conversábamos de frivolidades risueñas. De pronto vimos relampaguear sus ojos como ante una visión inesperada:

—Conozco mucho á esa vieja, muchísimo, pero me es imposible recordar quién es.

Frunció el entrecejo é hizo un esfuerzo mental considerable; fué en vano. Permanecimos en silencio algunos minutos, él buscando solución al enigma, nosotros acariciando con miradas á la Guerrero, que hacía muecas ante un círculo de admiradores en el fondo del salón. A poco, sobre vino otro diplomático, más versado en cuestiones

mundanas que en el arte del protocolo, y exclamó con sorna picaresca:

—Don Crisanto, son muchos setenta años para enamorarse de la Patti...

—¡Naturalmente: la Patti! La conocí ha medio siglo, en Nueva York, la noche de su estreno. Mi padre había sido proscrito en una de nuestras revoluciones: yo tenía veinte años. Un empresario casi quebrado tuvo la ocurrencia de estrenar á Adelina, muy niña entonces, de quince años ó poco más; obtuvo un éxito colosal. El empresario llenó su bolsa y la Patti fué célebre en pocos días. Yo era mozalbete, la vi en una fiesta, bailé con ella y me enamoré perdidamente de su gloria; tras tantos años no me avergüenza confesar la inutilidad absoluta de mis galanteos. Después la oí cantar muchas veces, pero mi amor juvenil habíase convertido ya en simple admiración. Desde la última vez han transcurrido quince años. Mirándola comprendo que yo también debo estar muy viejo...

***

Mientras él discurría, nosotros observábamos á la gloriosa artista.

Es una ruina ó un símbolo, nada más. La contemplamos con respeto y admiración, como puede mirarse una sala hipostila en Karnak ó la columna Trajana en Roma. Pero entre los escombros de su belleza, otrora indiscutida, sentimos palpitar su alma exquisita. Es una ruina viviente aún, con simpatías y desdenes, con sensibilidades y estremecimientos, con sueños atormentadores: con sueños, sobre todo, porque la tendencia á soñar es lo último que muere en el espíritu humano.

Diminuta, vivaz, elegante como una muñeca de

museo antiguo, da la impresión de algo que lucha contra el único mal irremediable: los años que pasan. A cincuenta metros, y poca luz, aun podría confundírsela con una solterona de treinta y cinco; pero el error no es posible de cerca. En vano recurre á sabios afeites y á masajes complicadísimos; Cronos ha devastado su fisonomía gentil inflexiblemente.

Si renunciara á simular la juventud, la Patti sería una vieja bonita, que no es poco ser. Una vieja hermosa vale una joven fea, ó más; la belleza de una vieja es blasón que atestigua un pasado esplendoroso. Pero las preocupaciones femeninas pueden más que un entero volumen de estética; rodando los años, las mujeres se creen obligadas á adulterar su fe de bautismo, en cuyo error son imitadas por numerosos hombres. ¿No sería más respetable que, á cierta edad, cada una hiciera balance de su vida, analizando su obra de madre ó de artista, de compañera ó de maestra? Verdad es que muchas no han sabido vivir su vida, malgastándola en fruslerías. Pero la Patti... Esto es lo cruel: la Patti es como todas. Cree que una arruga ó una cana pesan más, en la balanza de la estima pública, que cuarenta años de gloria. ¡Si supiera que un solo minuto basta para llenar el marco de una vida!

Estaba sentada frente á una orquesta húngara. El solista de violín, conociéndola, no dejaba de mirarla; en los pasajes patéticos se levantaba sobre las puntas de los pies, estirándose hacia ella y mirando á lo alto, con actitudes sentimentales. Ella correspondía á sus afanes con muestras de visible interés, marcando el tiempo con la cabeza, tarareando alguna frase melódica y aplaudiendo el final de cada trozo. Cuando tocaron cierto za-

randeado aire de *Lucía*, su interés asumió caracteres de emoción; al oir la apasionada cadencia, sus ojos parecieron dilatarse, iluminados por un extraño brillo interior, y su mirada adquirió súbitamente un resplandor vivísimo, cual de un arma desenvainada. Con el último compás cesó el breve éxtasis y ella cerró los ojos, como queriendo volver el arma á la custodia de los párpados. Un viejo estuche puede guardar tesoros absolutamente juveniles.

Su marido, un joven médico masajista, fumaba á su lado con despreocupación. Estaba con ellos otra pareja, de cuya enrevesada parlanchina yanqui sólo pudimos descifrar algunos comentarios triviales sobre la hermosura del día, la afluencia de extranjeros y el inminente estreno de Búffalo Bill.

***

Gracias al diplomático mundano, pudimos conversar con Adelina. Primero habló don Crisanto; repitió, como era de prever, la historia de su pasión juvenil por ella.

—Han pasado más de veinte años—comentó la Patti.

¡Pobrecita! ¿Quién osaría corregirle que habían pasado cincuenta?

Después habló ella. A poco de hostigarla discurrió de sus triunfos, de sus éxitos pasados. Nos pareció irreparable su nostalgia de la gloria. El placer del recuerdo es grande; pero es triste haber conocido la supremacía y verse obligada á renunciar sus encantos. Sentirse la misma persona que hace treinta años y no escuchar las estruendosas ovaciones de otrora; leer los mismos diarios y no encontrar jamás aquellos elogios enloquecedores.

Algunas veces canta en conciertos de beneficencia y la aplauden mucho; pero son aplausos de cortesia, sin entusiasmo, sin calor. Ella lo comprende así, pues las palmadas suenan de otro modo; al decirlo no pudo ocultar cierta melancolía.

—Desde hace algunos años prefiero no cantar; evito esa clase de aplausos. El éxito me hace mal; estoy desacostumbrada.

Esa nos pareció la mitad de la explicación: la gloria es para ella como una bebida que se ha dejado de tomar. Falta la otra mitad: su fino paladar comprende que el público se la sirve falsificada.

***

Nos tocó hablar; improvisamos una teoría. ¿Quién no improvisa alguna en presencia de una mujer célebre? Hela aquí:

—Por tres causas mereció usted toda su gloria: educación musical, gracia y belleza. Cualquiera de ellas vale más que poseer una voz monstruosa. (La Patti sonrió.) Lo que suele llamarse «buena voz» es una monstruosidad. El organismo humano es armónico, todas sus partes son proporcionadas. La laringe y el aparato destinado á producir la voz tienen dimensiones determinadas y funcionan con cierta intensidad que les permite producir notas cuya extensión y altura varían con la edad, el sexo, etc., pero siempre dentro de ciertos límites que caracterizan la voz humana y la distinguen de la voz de otras especies animales. Un gato, un ruiseñor ó un mono, modulan su voz dentro de otra gama y emiten notas más agudas que el hombre; su laringe está conformada de otro modo, en armonía con el resto de su organismo.

Pues bien; toda voz que se aleja de la gama propia del hombre es el producto de un órgano contrahecho y representa una función anormal...

—O de un órgano superior, más evolucionado —interrumpió amablemente.

—Es sensible no poderla complacer. La altura de la voz disminuye á medida que la especie humana evoluciona. El hecho sólo admite dos pruebas, y ambas son concordantes. En la evolución de la especie observamos que los pueblos primitivos gritan y chillan más que los civilizados, usando un registro más agudo; en la evolución individual se produce la misma transformación desde el niño hasta el adulto. Por otra parte, desde el punto de vista moral, es sabido que las personas atenúan la altura de su voz á medida que se educan.

—En ese caso los bajos profundos serían hombres muy evolucionados, algo así como superhombres, por lo menos en cuanto á su laringe.

—La ciencia no osa afirmar tanto. Pero nos atrevemos á creer que una voz excesivamente aguda es un simple defecto fisiológico. Decir á una dama que tiene buena voz es tan galante como alabar á un enano por su pequeñez ó á un obeso por su obesidad. Por cuyos motivos no le sorprenderá que haya limitado mi admiración á su arte, su gracia y su belleza.

La Patti sonrió traviesamente y miró á su tercer marido, que en nombre de su profesión nada sabía contestar. Y al despedirnos, con espiritualidad perfecta:

—¡Confiese, doctor, que mi monstruosidad es un defecto admirable!

Se lo afirmamos besando su mano, digna de la Pompadour ó de la Duse.

Vivir con perpetua nostalgia de la gloria es un

martirio. Los hijos del éxito pasajero deberían morir al caer en la orfandad. Algún Musset melancólico ha escrito que es hermoso vivir de recuerdos; es una frase absurda. Vivir de recuerdos equivale á agonizar. Es la dicha del enfermo del estómago obligado al ayuno, del pintor maniatado por la ceguera, del jugador que mira el tapete y no puede arriesgar una sola ficha.

En la vida se es actor ó público, timonel ó galeote. Es tan doloroso pasar del timón al remo como salir del escenario para ocupar una butaca, aunque ésta sea de primera fila. El que ha conocido la gloria no puede resignarse á la obscuridad; esa es la parte cruel de toda preeminencia fundada en el gusto público ó en aptitudes físicas transitorias. El público oscila con la moda, el físico se gasta. La gloria de Caruso, de Greco y de Frank Brown sólo dura lo que una juventud; el canto, las estocadas y los saltos mortales se acaban alguna vez, y sólo queda la nostalgia de la celebridad.

Hay otra clase de éxito cuya gloria es duradera: las buenas obras. Un gobernante, un pintor, un filósofo, un poeta, un arquitecto, pueden llegar á la decrepitud sin conocer la terrible nostalgia; si es fruto legítimo de sus obras, la gloria se agranda con el tiempo. Cuando se deja el gobierno, el pincel ó la pluma, queda el hecho; entonces no se vive de recuerdos, se vive de hechos que persisten. Por eso la mente humana se resistía á concebir á Ticiano viejo condenado á blanquear tabucos en Chivilcoy, á Napoleón achacoso convertido en policiano rural de Catamarca, á Spencer senil conchabado como portero en la biblioteca de Puerto Gallegos.

El caso de Adelina Patti—no obstante sus millones y su marido joven—es aflictivo. El instante

en que se acaba la gloria para siempre, debería ser el último de la vida. Al fin y al cabo, todos morimos, tarde ó temprano. ¿Para qué vivir siendo una de tantas viejas ricas con marido joven, después de haber sido la mujer más aplaudida en su siglo y en su arte? Es preferible que un Otelo excesivo mate de veras á Desdémona sobre el tablado, en uno de esos frecuentes paroxismos artísticos. Para los demás sería envidiable desnucarse en un salto prodigioso, caer del aerostato, morir por ruptura de un aneurisma al hablar ante cien mil hombres que aplauden ó ser apuñalado por una amante hermosa y violenta.

Para el que ha conocido la gloria, la vida solamente vale por sus horas de triunfo. Convendría despedirse de ella sonriendo y gozando, mirándola de frente, con dignidad, con la sensación de que se ha merecido vivirla hasta el último instante.

La gloria que pasa es una de las mayores infelicidades.

La exégesis de Dante

Florencia, 1905.

Desde Fiésole, donde un convento enseñorea su campanario sobre ciclópeas ruinas de gentes etruscas, vimos apagarse un crepúsculo entre las siluetas gentiles de Florencia. Decoración de colinas en el panorama, perfume de flores primaverales en el viento, penumbra en el fondo silencioso de la quebrada, indecisas claridades en las cimas lejanas.

El Arno, inquieto, pone la cinta de su reflejo especular en las sinuosidades del valle, ora insinuándose delgado y recto como una aguja de plata perdida entre el pedregullo, ora abriéndose como una trenza desflecada cual si quisiera esparcir más lejos sus caricias húmedas sobre las riberas. Diríase, por momentos, que se adivinan en el murmullo de su cauce imperceptibles ecos de grandes voces extinguidas; lamentaciones de Dante, chismes de Boccacio, retóricas de Savonarola, bandos de algún glorioso Médicis, sonar de trompetas güelfas y gibelinas. Junto al río, visiones evocadoras. Un puente vetusto afirma el orgullo de sus siglos y de las grandes plantas que lo hollaron; el campanario de Giotto pavonea su gracia única, esbelto como

un talle de virgen botticelliana y atrevido como un capricho de orfebrería; la curva pletórica del domo yergue hacia el cielo su masa uniforme como el túrgido seno de una Venus del Ticiano; la torre cuadrilátera de la Señoría, sitio de lides heroicas cual las que el poeta griego narró de Aquiles y de Héctor, se perfila elegante como una pieza de ajedrez digna de ser jugada por la mano de la Virgen del Granduque; bloques de mudos palacios respetados por los siglos, como si el tiempo no osara vejar la gloria de sus antiguos señores; palacios dominadores como castillos, seguros como fortalezas, donde, empero, puede un artista reconstruir las horas intelectuales del Renacimiento cual si las leyera en las mismas crónicas de Dino Compagni. Y después más domos, más torres, más palacios, todo esfumándose tímidamente en la sombra del valle, mientras en lo alto el sol dora todavía la atmósfera de la ciudad. Diríase un halo de oro pulverizado sobre una bella hetaira dormida junto al Arno.

Un crepúsculo en el Coliseo invita á meditar sobre lo transitorio de toda grandeza humana; frente á las Pirámides egipcias sugiere hondo respeto de cosas ignotas que se presienten á medias; junto á Florencia instiga á la recordación de momentos dulces, de amables ritmos, de melodías suavísimas, de gestos agraciados. No en vano sorbieron de su ubre Alighiero y Boccacio — padres del idioma armonioso—, Maquiavelo agudo, Galileo firme, y á un tiempo mismo Donatello, Brunelleschi, Chiberti y Della Robbia, clarividentes maestros de líneas y de formas. Su misma savia proficua nutrió al suave y candoroso Giotto, á Botticelli ingenuo y sentimental, al Angélico místicamente inefable y á cien que preludiaron la hora—suprema en la his-

toria del arte—en que Leonardo, Rafael y Miguel Angel trabajaron juntos para este renacimiento de la belleza grecolatina, ahogada en pocos siglos de cristianismo. Después llegó la decadencia, una decadencia tan ilustre y suntuosa que pudo ostentar un Benvenuto Cellini. Más tarde... hoy... ¡lástima grande que D'Annunzio, Michetti y Bistolfi no sean florentinos!

Faltó una cosa en el renacimiento de Florencia: la música. Pero la hubo á raudales en los tercetos de la *Divina Comedia,* y la Galería Pitti custodia el expresivo *Concierto* de Giorgione, que vale en color y luz lo que otros en timbre y sonido.

Florencia conserva su tradición de ciudad intelectual. En primavera invita á amar la vida y á vivirla hermosamente; no mentiría al proclamarla primera entre las ciudades bellas. Entiéndase que tal sería una opinión de artista: un *rastaquoere* daría su voto por París, donde el Moulin Rouge le interesa más que el Louvre. Un hombre normal votaría por su terruño, donde están las cosas irreemplazables en su cariño.

La Naturaleza brinda al valle del Arno una primavera digna de Virgilio ó de Longfellow; justo es que haya inspirado á Botticelli su extraordinaria Alegoría. Algún poeta ha dicho que el Abril de los países fríos es un niño que despierta entre sueños de angustia y de muerte, mientras la primavera meridional es una hermosa joven que se levanta con sueños de ilusión y de amor. El primero surge de una tumba y queda sorprendido al verse entre guirnaldas; la otra baja sonriente del cielo cabalgando un haz luminoso de sol.

***

Entre tantas remembranzas admirables, el espíritu del pensador ó del artista se remonta al extraordinario gibelino

...che sorresse il mondo
in suo pugno e le fonti
dell' universa vita ebbe in suo cuore.

Pero es vano el esfuerzo mental; representarse á Dante es un ensayo de objetivación superior á toda capacidad humana. Es imposible ubicarlo, siquiera sea con la imaginación más retrospectiva, en esta Florencia que vió sus luchas y arrulló sus sueños.

Para los estudiosos de su poema, Dante no es un hombre ni un personaje de leyenda. Los hombres son temas para el biógrafo, el novelista ó el dramaturgo; los dioses y los héroes son temas para el genio: de Homero á Wágner.

Dante es más. Más que los hombres, porque fué un genio; más que los dioses y héroes de leyenda, porque existió, dejándonos su obra suma, la más bella gloria de Italia. Si bajo el cielo del Apenino sólo hubiese germinado el espíritu de Dante—y sabemos que germinó allí el de Leonardo, otro magnífico—, ello bastara para que todo cerebro exquisito depusiera su ofrenda votiva ante la madre cuna del gran mundo latino.

Los dramaturgos han querido revivir su tipo. El último ensayo, en que naufragó Victoriano Sardou, tuvo más de profanación que de apoteosis. ¡Quién dijera al altísimo poeta que su viaje misterioso por la *selva selvaggia ed aspra e forte—cha nel pensier rinnova la paura,* donde para penetrar es fuerza vencer la Envidia, la Soberbia y la Avaricia, simbolizadas en el encuentro con la Pantera,

el León y la Loba, quién le dijera que sólo inspiraría bellos gestos de comediante, arrancando de la turba plateal el aplauso estrepitoso que consagra á las mediocridades, pero que es irreverente detracción, sin ritmo y sin gloria, para el genio!

Dante está fuera de nuestra capacidad de objetivación; por eso, entre bastidores, semeja una rara gema engarzada en armadara de dublé. Dante se lee meditando. La multitud inorgánica del teatro no puede juzgarle: el ascua nunca fué juzgada por la escoria.

En el más tenebroso de sus círculos infernales ubicaría el poeta á sus profanadores, si les sorprendiese en el crimen de violar su alcazaba marfilina.

***

El de Sardou no fué el primer ensayo de representación objetiva de Dante ó de su obra.

Antes que del personaje, los dramaturgos abusaron de su poema. Es memoria que algunos pasajes de la *Divina Comedia* fueron adaptados escénicamente para los «misterios» en Francia, donde el espectáculo semirreligioso incubaba los gérmenes del teatro moderno. Con ese procedimiento, durante el siglo XV, enmarañáronse los espíritus colocados ante la complicada sumidad del símbolo y entre las pasiones tempestuosas que mueven la comedia divina del poeta.

Mas correspondió á nuestro tiempo la total palingenesia escénica del Alighiero. Presentado por el uno y citado por el otro, fué, en la escena, con diligente prudencia, por dos artistas eminentes: Bovio, el poeta filósofo, y D'Annunzio, el incomparable orfebre.

Antes que del pensador, digamos del orífice. Y antes que hablar de él, oigámosle:

> *...Io fui talvolta*
> *nella casa di un sommo cantore*
> *nominato Casella*
> *e quivi convenivano taluni*
> *gentili uomini: Guido Cavalcanti*
> *tra gli altri, cavaliere dei migliori,*
> *che si diletta del dire parole*
> *per rima, e Ser Brunetto*
> *dottissimo rettorico*
> *tornato da Parigi,*
> *e un giovinetto*
> *degli Alighieri nominato Dante.*
> *E questo giovinetto mi devenne*
> *caro, tanto era pieno*
> *di pensieri di amore e di dolore,*
> *tanto era ardente ad ascoltare il canto.*
> *E alcuna volta ebbe da lui un bene*
> *inatteso il mio cuore*
> *che sempre chiuso era; perchè la troppa*
> *soavità del canto*
> *alcuna volta lo sforzava a piangere*
> *silenziòsamente,*
> *e, vedendolo anch'io con lui piangevo.*

Hemos leído que en la Pérgola, la noche del estreno de la *Francesca da Rimini,* cuando Paolo dijo admirablemente esos versos de Gabriel D'Annunzio, un vago murmullo recorrió la sala, indeciso, indefinido, y muchos se cambiaron miradas intranquilas, que parecían preguntarse: «¿Qué es esto?» Y los versos, aunque dulcísimos y recitados con exquisito sentimiento de arte, no despertaron ni la simple insinuación de un aplauso; el goce de la emoción estética estaba inhibido por un sentimiento de inexplicable sorpresa. Parecía imposible que un personaje cualquiera, aunque fuese de la más pura cepa intelectual, evocara así, humana-

mente, el nombre de Dante, hablando de él como de persona con quien hubiese vivido en amistosa familiaridad.

***

Bovio fué más osado. Hizo de Dante el protagonista de su *Il Millenio,* tercera parte de la preciosa trilogía iniciada con *Cristo alla festa di Purim* y *San Paolo.* Callaremos del *Leviathano* y el *Socrate,* ajenos á la trilogía y muy inferiores á ella.

El drama de Bovio no es teatralizable, en el concepto actual del teatro; es la evocación de un arte ático por excelencia, sintético á la vez que simbólico, impregnado con profunda filosofía, obra de un genio complejo en que el pensador da la mano al artista y al sabio. En esa forma es justificable su exégesis del florentino, á quien confiere toda la plenitud de la videncia histórica, de la profecía.

En *Cristo* y *San Pablo,* el cristianismo entra en Roma, la hace Ciudad Divina; Dante señala *El milenario* de la Ciudad Terrenal, italiana. Es la demolición del reinado divino y el advenimiento del reinado humano; Dante es profeta de Italia y su Comedia es la Biblia nueva.

Demasiado símbolo, acaso, en esta exégesis, y también demasiada profundidad de pensamiento. Pero siempre notamos una alta finalidad en el espíritu del autor: la palabra es solemne, el ambiente sereno, el gesto majestuoso. Dante, llevado á la escena de esa manera—lo mismo que Cristo, San Pablo y Sócrates—, no pierde su respetuosidad solemne; por eso, naturalmente, el genio dramático de Bovio no es de los que arrancan aplausos á los publicos mediocres, sino de los que podrían inducir

silenciosas meditaciones á un estilita de la filosofía histórica.

*
* *

Así, *cum dignitate,* mueve á Dante el filósofo; con respetuosa indolencia le nombra el esteta. Y con todo, Dante humanizado no se concibe. Dante es el venerable ciudadano del mundo creado por su genio. Su descenso al centro de la tierra, al través de las bolgias del infierno, su transmigración al otro hemisferio, su ascensión por la montaña del purgatorio y su llegada al empíreo, donde Beatriz le llama y le espera, son hechos que parecen constituir la realidad de su vida, son verdaderos accidentes biográficos. Dante, para nosotros, no ha pensado su mundo, lo ha vivido. Ha visto la selva y las fieras que á su ingreso espantan; ha encontrado á Virgilio, su guía y maestro; en la puerta infernal ha leído las palabras de color obscuro; la narración de Francesca martirizó verdaderamente sus oídos; entre el ladrido de *Cerbero* escuchó los ayes de los golosos, acoquinados bajo la lluvia de granizo; luego vió el pantanoso Estigio y llegó á Malebolgia; encontró á Ugolino y á Farinata. Vió suceder los días, restringiéndose su ambiente en espiral imbutiforme, con las ciudades de arcos incandescentes, los ríos de sangre, la selva de árboles animados, cuyas ramas destroncadas manan ayes y lágrimas; cruzó los desiertos de candente arena, donde cae pausada y uniforme la lluvia de fuego; surcó la gélida landa en que yacen enterrados los pecadores, y más allá la fresca marina do el ángel toma las almas destinadas á llegar á la isla mística, las etapas que se escalonan para llegar al paraíso terrestre, los cielos estrellados, el

ambiente de bonanza divina, donde todo es luz y armonía.

Ese es Dante, esa su vida. Comienza en aquel recodo del camino, donde se le encuentra, perdida la recta vía. De vuelta se le ve salir del paraíso y parece descender del cielo hacia los hombres por una vía luminosa de nubes resplandecientes, con la actitud de un estoico sublime, pensativo. Profundamente pensativo.

***

Abstraer á Dante de ese mundo que él mismo se ha creado, que es el único suyo y exclusivamente suyo, es obra descabellada. Aquel que quiso *descriver fondo a tutto l'universo*, no puede tener otro escenario que el universo mismo.

No se crea por ello que Dante no es sujeto para ser interpretado en perdurables joyas de arte. Por el contrario, tanto simboliza en su mentalidad y en su obra, que ofrece al talento altísimas inspiraciones simbólicas ó simplemente representativas. Pero siempre dentro de la majestad del arte.

El escultor Canciani, concurriendo al premio *Roma* de la Academia de Viena, eligió á Dante como tema de su obra, que en verdad es magnífica. Un macizo de roca se eleva sobre un basamento abrupto; de pie, sobre el borde, Dante, sereno y grave, contempla con ojo lánguidamente compasivo á los condenados que en desesperante desnudez se agitan junto al pedestal informe, debajo de la roca. Así ha podido el artista presentar al creador, Dante, junto con una parte de la cosa creada, un jirón del infierno. La serenidad del poeta contrasta con la angustia dolorosa que se refleja en los movimientos espasmódicos de los pecadores en pena.

Dante, en esa obra de arte verdadero, permanece superior, distinto de los hombres. El genio es así: vive siempre en un plano aparte, sobre la humanidad: astro que guía, antorcha que ilumina, palanca que mueve.

***

Cuando se estrenó en Londres el reciente drama de Sardou, no dejamos de preguntarnos á quién había pedido el actor Irving, creador del personaje, el cerebro, el corazón y la palabra del sumo poeta. Encarnar á Dante en cualquiera de nosotros, aun en el mejor de nosotros, es convertirle en liliputiense. Se obtiene la caricatura, entre sarcástica y lamentable; aparece el contraste abismático entre la silueta que sale de los bastidores y el Dante del poema supremo, el Dante que culmina sobre toda la historia de la literatura, el Dante universal que concebimos extrahumanamente aguijoneando nuestra fantasía. ¿Cómo explicar á Sardou que lo infinitamente grande no cabe en un escenario?

Sardou no ha podido resucitar aquel ambiente social, aquellos tiempos, aquellos caracteres psicológicos; ha buscado—é hizo bien, porque es su oficio—los efectos que el grueso público gusta y aplaude, prodigando al autor el éxito inmediato. Su preocupación ha sido la plasticidad escénica, el aparatoso relumbrón de las bambalinas llamativas, los contrastes pasionales de tonos explosivos. Algunos de sus artefactos son al drama verdadero como las vírgenes de oleografía á las suaves madonas del Ghirlandaio y del Perugino.

La conclusión no admite reticencias. Dante pertenece á otra vida y á otros tiempos. No revive

en la encantadora Florencia de hoy. En el drama de D'Annunzio se le presiente apenas; en el de Bovio se le adivina ó intuye; no cabe en el escenario dramático de Sardou. Dante no se concibe en nuestra vida moderna. Es el viajero de su propia Comedia; hay que buscarle entre las páginas de su misma obra, en el mundo aparte creado por su genio.

Florencia, cuna del hombre, no ilustra al poeta. Lo evoca.

La enfermedad de amar

Nápoles, 1906.

«La víspera de su enlace con una hermosa doncella, un joven señor, el príncipe Pignatelli, se suicidó descerrajándose un tiro sobre el corazón. En su lecho se encontró abierto un volumen de poesías de Leopardi, en la página que contiene los versos «A sí mismo». En la habitación, libros de Nietzsche y de Schopenhauer. El suicidio se atribuye á una intensa neurastenia y á la influencia de la lectura de esos libros.» Esta noticia de policía, aparecida en los diarios entre el hurto de un portamonedas y un accidente de automóvil, es la última página de una historia breve; pero es también el último episodio clínico de una enfermedad.

El joven príncipe era un elegido del amor; la vida se entreabría ante él como una invitación auroral. Había amado muchas veces, aunque siempre á medias; cien arreboles de ensueño fugaz habíanse sucedido en su corazón, que era un vergel de frivolidades.

Después le llegó su turno, como á todos. Ella le sonrió una vez; fué en la hora indecisa del véspero, frente al golfo que el Vesubio decora, bajo un cielo de sol y de fantasía. En Italia, país de las pasiones

más vehementes, el amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas, en las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensarios, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podía no estar en su corazón?

El vió en la sonrisa un amanecer y en la primera palabrà oyó una melopea; desde ese minuto la amó locamente, como todo el que sabe amar. El amor es una enfermedad así: atracción de precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primera sonrisa fué el prefacio de otras mil; hubo caricias como aleteos de mariposa que hacen estremecer una corola, frases musicales como versos de Samain, suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de alternativas que conoce quien ha amado alguna vez.

Al aproximarse la hora nupcial, la felicidad estremecía sus corazones. Llegó la víspera, jovial como un Mayo de Andalucía. ¿Qué pensamientos cruzaron su alma durante la noche trágica? En vez de la ventura amaneció la catástrofe horrible; inesperadamente el príncipe se suicidó, con gesto propio de drama clásico, dejando como testamento la estrofa del poeta pesimista: «Nada hay que valga los latidos del corazón; la tierra no es digna de nuestros suspiros; la vida es tedio y amargor; el mundo es lodo.»

La gacetilla hilvanará su comentario sobre la influencia que el poeta y los filósofos pudieron tener en este suicidio; los mentalistas dirán sus diagnósticos descarnados sobre el desequilibrio de los que huyen de la vida. Conviene, empero, ser discretos; cualquiera conoce más de cincuenta hombres y dos mujeres que han leído á Leopardi, Nietzsche y Schopenhauer, sin haber pensado jamás

en el suicidio. El príncipe Pignatelli ha muerto de un mal profundamente humano: tenía miedo de amar, y falleció en una crisis de la enfermedad vulgarmente llamada amor.



Amor y timidez son estados de espíritu absolutamente inseparables. Amar es temer. El amador teme á su amada como el albino teme á la luz; el amor ciega como el albinismo. La teme por sí y por ella. Teme ser inferior al concepto en que desearía ser tenido, no responder al juicio en que se le estima, romper el propio ensueño con una palabra importuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco. La pasión unánime es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En el espíritu ebrio de emociones, la persona amada parece el polen de una flor endeble que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje trabaría un invisible átomo de polvo; telaraña sentimental que se quiebra al calor de toda llama; seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente; es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto ininterrumpido. Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos puedan resquebrajarse entre los propios; oirlo hablar temiendo que el esfuerzo de las palabras enmudezca sus labios.

El que ama llora á solas sin saber por qué: es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con otras cien mujeres, se espantan cierto día frente á una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiembla ante esa mujer? Es paradojal, pero lógico. El hombre que sabe engañar á mil casquivanas sin amarlas, es incapaz de conquistar á la única que ama. Cuando se atreve—si alguna vez lo ensaya—, se limita á ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: don Juan se arroja humildemente á las plantas de doña Inés, anhelando la esclavitud de su amor. Huelga decir que cualquiera Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de don Juan ó de Manón.

***

Ovidio y Petrarca sabían que el hombre enamorado no es un ser normal. Stendhal lo repitió. Ahora lo enseñan los médicos del espíritu, desde Mauricio de Fleury hasta Gastón Danville.

El cerebro sano repudia las ilusiones: un cerebro enamorado sólo piensa á través de ellas. Toda ilusión es un proceso anormal, producto de una perturbación que impide asociar debidamente las sensaciones ó las ideas. Ver lo blanco negro y lo negro blanco es propio de quien ama.

El espectro de la ilusión posee una gama compleja. Todo amor poetiza su objeto; poetizar significa revestir de gratas mentiras. Cualquier niña cree que su novio tiene talento, buen porte, fortuna, virtudes á granel y porvenir risueño, magüer sea zote, cojo, pobre, vicioso y vagabundo. Y todo

galán afirmará que su prometida posee el don divino de la gracia, ojos de ebonita ó de zafiro, perfil helénico y labios elocuentes, aunque sea insípida, posea ojos desteñidos, nariz sionista y labios pálidos por la anemia.

No es menester mucha psicología para adivinar que esos juicios son anormales y provienen de una lógica enfermiza; la facultad de juzgar está reducida á cero ó poco menos. Por ende no se exagera afirmando que los enamorados son enfermos del espíritu mientras dura su amor.

Otras perturbaciones más graves se observan en ellos, aproximando el amor á la locura: la obsesión y la idea fija, cuyas definiciones incompletas pueden leerse en los tratados de patología mental.

El enamorado tiene la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por su cerebro se asocian con otras que se refieren á la persona amada. Si ve un hermoso jardín, sueña un idilio pastoral; si oye un rumor de alas entre las ramas, supone que los pájaros se aman y desearía aletear como ellos; si un manjar sabe á miel, cree tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si toca un terciopelo, recuerda la mano cuyo contacto frisa sus nervios con inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que de ella emana. Si ve el mar de índigo ó de ultramarino, reconstruye un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, cree descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, supone que en traje agreste de ninfa va á salir de entre las frondas, como en una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja un beso,

toda apretura un abrazo, todo contacto una caricia. El cerebro del amante es un piano en el cual todas las teclas golpean sobre una sola nota. Sus palabras rematan siempre en el mismo tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como á Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado á frasear sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas suenan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.



Junto con la idea fija se organiza la obsesión, ineludible y todopoderosa. El estudiante interrumpe sus estudios; la imagen de la amada le aparece en cada página de libro como una ilustración al agua fuerte; en cada línea lee el nombre del ser amado. En vano vuelve las páginas y salta las líneas: todas tienen la misma ilustración y dicen el mismo nombre. ¿Cambiar el libro? ¿Para qué?

¿Escribir? Inútil pensarlo. Tomar la pluma equivale á escribir una carta de amor, salpicada por lágrimas y entrecortada por suspiros. Una carta que generalmente no se manda, es cierto; pero una carta al fin, es decir, algo que traduce la fuerza irresistible, la idea obsesiva.

¿Trabajar? Un enamorado sólo conserva aptitudes para amar. Si es abogado enredará sus pleitos, si médico olvidará la hora de sus consultas, si barbero degollará á sus clientes, si tabernero servirá petróleo por manzanilla, si prestamista (¡ni ellos se libran de esta enfermedad!) olvidará cobrar su tanto por ciento.

Hay excepciones. Así como ciertas enfermedades suelen beneficiar á los pacientes—la tuberculosis embellece á Margarita Gauthier, la histeria

ilumina á Santa Teresa, la locura inspira á Hamlet—, el amor favorece á algunos enamorados. Este privilegio corresponde á los artistas, y es justo, por ser ellos los más sensibles á la plenitud de las pasiones. Nadie podría convencernos de que Wágner no amaba al escribir *Tristán é Isolda*, Petrarca al rimar los sonetos á Laura, Canova al esculpir su Dafne y Cloe, Leonardo al pintar la sonrisa sin par de la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una divina catástrofe. Los hombres puntuales yerran sus citas y los inteligentes proceden como aturdidos: las niñas coquetas parecen tontas y las risueñas tórnanse mustias. Por una sola y eterna causa: la idea fija, la obsesión.

***

La clínica enseña que no hay enfermedades, sino enfermos. En el mismo sentido puede afirmarse que no hay una enfermedad de amar, sino enfermos de amor. Cada sujeto se enamora de distinto modo, según sus idiosincrasias personales.

La timidez, las ilusiones, la obsesión, difieren en cada caso. Así como la pulmonía reviste caracteres distintos en un viejo y en un niño, en un atleta monstruoso y en una histérica sentimental, el amor presenta aspectos diversos en cada enamorado. En ello intervienen cien factores: la edad, el sexo, la profesión, la raza, la intelectualidad, la posición social, el clima, el temperamento, la oportunidad; ninguna circunstancia carece de significación en el amor.

Además, en un mismo individuo, la enfermedad suele presentar muchas formas; los antecedentes

«clínicos» de cada amante varían al aparecer una nueva crisis. Un éxito precedente no puede influir lo mismo que un fracaso; las condiciones morales de la persona amada tienen que modificar los caracteres de la pasión que ella inspira.

Por eso las variedades son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior á todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; éste mata en su crisis de celos; aquél paga con su vida el precio de un amor absoluto, ó ve triunfante un rival, ó siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Zola y de Wágner, de Barrés y de D'Annunzio. Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el color de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un rayo único de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

El médico de almas observa serenamente la gama compleja de estos casos con simpatía y con piedad, mientras el amor acrisola sus pasiones y alienta sus más secretas esperanzas; parecen los tristes penitentes de un purgatorio dantesco. Y en su lenguaje lapidario los clasifica y rotula: para él sólo son diversas formas clínicas de una misma enfermedad.



El mal cura á menudo: rara vez se vuelve incurable. Hay amores agudos y amores crónicos, lo mismo que nefritis ó delirios.

Cura por tedio ó por hartazgo, gradualmente, «por lisis»; ó bien cura por celos ó por dignidad, repentinamente, «por crisis».

El matrimonio puede ser su antídoto más eficaz;

si los químicos pudieran analizarlo, encontrarían en él todos los elementos constitutivos del tedio y del hartazgo. Armando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que el amor sólo llega á sobrevivir un par de años en el consorcio; se refería, naturalmente, á los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio; ¿medio siglo de amistad completa no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia, la amistad completa no siempre sobreviene con tanta prisa como el amor huye. Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrentosa como un estigma, la desarmonía conyugal, la infelicidad irremediable. Es decir, ordinariamente irremediable, pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirugía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces aparece un peligro de otra clase, la recidiva; pocos infelices escapan á ella. Sólo es difícil la primera culpa.

Otros enfermos curan por crisis; son infinitos. Pueblan el drama y la tragedia, siempre iguales y siempre diferentes.

Esta enfermedad se hace crónica pocas veces, lo mismo que los demás padecimientos humanos. Cualquier hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligrosas; sólo una ó dos se vuelven crónicas y le acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno ó dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda la existencia. En un año hay cien días de viento y sólo uno de ciclón.

***

El trágico fin del amoroso príncipe puede interpretarse como un caso de suicidio por enfermedad incurable. Muchos tísicos y cardíacos se suicidan para escapar á la torturante pesadilla de sus males crónicos; ¿cómo nos extrañará que se suiciden algunos enamorados que los sufren peores?

El desgraciado joven partenopeo comprendió la gravedad de su inconmensurable amor; acaso no tuvo fuerzas para seguir amando á su prometida, vaciló frente al peligro, temió amar por mucho tiempo todavía, en este continuo padecer del que vive atormentado por una idea obsesiva: resolvió ceder él, ya que no cedía la enfermedad. Pocas horas antes de casarse puso punto final á la angustia, buscando en el pesimismo filosófico una justificación para su alma enferma.

Su caso es más sencillo que cualquier filosofía; es un ejemplo de amor verdadero, «como debiera ser» si los hombres supieran mirarse por dentro. Si no se suicidan miles de enamorados, es porque los enfermos del espíritu no saben comprender la gravedad de su propio mal; los alienistas saben que en muchos casos la locura es un infortunio que se ignora.

Y porque los casos de amor crónico son bastante raros.

Las manos de Eleonora Duse [1]

Viena, 1906.

La línea cumple en ellas el prodigio más unánime; la gracia desgrana mil sonrisas en la exquisita virtuosidad de sus movimientos; el ritmo culmina en trepidaciones inagotables; la intensión sutiliza sus matices más persuasivos. Palpita en ellas una elocuente profundidad de vida: ora combustión de pasiones, ora pavor de tragedias, inacabable desmayo de ternuras, ayes estertorosos, languideces supremas, ansias incontentibles, alternativamente. Razonan, embriagan, seducen, conmueven, convencen.

Agita en cada mano la mitad de su alma.

***

Manos que viven y piensan y aman y lloran é impetran: no tienen iguales. Esfúmase en ellas la gama sentimental de más ricos semitonos, exclusiva. En vano peregrina el recuerdo y la imagina-

---

(1) - «Entre todo lo que han dicho de mí, nada me ha sido tan grato como las páginas que Ingegnieros ha consagrado á mis manos.» *Eleonora Duse*, en París, 1907. (Interview de Enrique Gómez Carrillo.)

ción divaga. La belleza, la elegancia y la fuerza conciértanse en ellas con plena armonía: humanas pupilas no vieron jamás dos estuches de emoción labrados por más sabio orfebre. Son obras maestras que aniquilan en germen cualquier parangón, hermanas gemelas de una estirpe que en ellas se inicia y termina.

*
* *

Su físico es de hadas. El brazo parece brotar entre mangas de sedas de Esmirna, cual de una hamadríade que vagara en el sendero de un bosque desierto, donde ni sombras de faunos pudieran perturbar sus meditaciones amorosas. Cuando se mueve conoce el secreto de complicadas actitudes; cuando reposa ostenta la misma desgairada elegancia de Mad. Recamier en el cuadro admirable de David.

De tal brazo ellas nacen como abanicos á medio entreabrir, y decora la punta de cada varilla, coqueta y flexible, una gema rosada, orgullosa en su engarce. Cuando la pasión las empurpura, diríanse esculpidas en ónice rosa de Escocia; cuando las hiela el enojo, torneadas en marfil impoluto; cuando la agonía las invade, talladas en mármol violáceo de Tynos. Cambian á compás del voluble corazón que late. Ya están frías como el desdén y la deshonra, ya tibias como la pechuga de un pajarillo en celo, húmedas como párpados en efusión de congojas, secas como labios mordidos por la fiebre. Cuando entreabre los cinco dedos sobre el seno mórbido ó sobre un albo teclado, como un heliántropo besado por un rayo de sol, no sabría decirse qué es: una aterciopelada estrella de mar arrancada al abismo por una ondina caprichosa ó una vi-

viente blanca flor, cogida por Pan entre el boscaje para ornar las sienes de Syringa perseguida.

La riqueza de sus gestos se esparce en inextinguibles sinfonías de movimientos.

Ora son indecisos, como los labios de un efebo que entrega su amoroso corazón en el temblor del primer beso; ora absolutos como el deseo vehemente de una mujer que adora: inciertos como el abrazo de una infiel; subrepticios como la palabra del que ya no ama y aun engaña. Son gestos innumerables y proteiformes: sonrientes como la esperanza, entrecortados como la ansiedad no satisfecha, melancólicos como el crepúsculo en la pampa, ingenuos como la fe, mustios como una amapola que agoniza sobre un seno hermoso.

Si su alma está risueña, las manos se animan, como juguetes de gnomos enloquecidos de amor y de jarana; si distraída, cascabelean al vibrar, como un aleteo de avecillas entre las espigas de una mies madura; si doliente, ellas recorren todos los matices de una melopea sentimental, intérpretes expresivos de su angustia y pesadumbre.

Cuando su corazón se inquieta, comienzan á revolotear como alas imprevisoras que abanican el aire sin violencia. Después se pliegan sobre sí mismas, cadenciosamente: así el apagarse de un arpegio en las sonatas en tono menor, así la interna murmuración del favonio, que se desliza furtivo entre los pétalos de una eglandina.

***

No ignoran la expresión de ningún sentimiento humano. Son divinas é infernales, castas y voluptuosas, tiernas y violentas: todas las manos del universo están «esenciadas» en las suyas. Extin-

guidas de romanticismo cual las ve Burne Jones, sensuales como las sintió Murillo para sus vírgenes, viciosas como las que pone Anglada á sus mujeres de Montmartre, ensortijadamente aristocráticas las de Ingres, exiguas y frágiles en las damas de Gainsbourough, transparentes de poesía las de John Sargent, tranquilamente desmayadas las que en sus telas insinúa Puvis de Chavannes.

Ora la mano se crispa como garra que se clava y no suelta, rasga como lima que muerde, se aliviana como espuma flotante, se tuerce como espasmo que desespera, se enarbola como enseña que llama, se aprieta como un nudo sofocador, se oculta como estrella que se apaga, avanza como un puñal vengativo, crepita como antorcha incendiaria, se vuelca como lluvia inundante, desborda como aluvión devastador, voltigea como torbellino que arrasa. Es lúgubre y serena en el delito; empuña el arma con donaire, como la mano del Perseo de Benvenuto Cellini; tranquila sobre la espada que decapitara á Medusa. Es también orgullosa y humilde en la ternura; no perdería su garbo si le tocara sostener á un Jesús inmutable, como la Virgen de la Pradera, de Rafael.

Es, empero, suprema en el amor. La mano fué siempre el más elocuente mensajero y el más indisoluble nudo amatorio. Julieta nació á la dicha cuando Romeo tocó su mano ingenua. Siempre el corazón lleva su fuego á las manos, y éstas atraen como al hierro dulce el imán, como á la abeja el polen, como al toro la capa de escarlata. Así esparcieron el amor sobre el mundo las manos transparentes de Cleopatra, tenazas de corazones; las manos de Mimí, que buscaban en la obscuridad, tropezando como dos mariposas ciegas; las manos embriagadoras de Manón y las satánicas de la

Montespán, insaciables pulpos de voluptuosidad, las manos inseguras de Mad. Bovary, traidoras de su ilusión antes que el labio, engañando al propio corazón incomprensible; las soñadoras de mil Ofelias y Eloísas, adelgazadas por el amor que enfiebra su apretón de manos. ¿Recordáis la galante cuarteta de Voltaire á las gárrulas manos de la Pompadour? Tuvo razón Gabriel D'Annunzio—discreto elogiador de manos—al resumir en las de Silvia Settala toda la poesía de la belleza y del amor.

***

Son nidos de caricias. Ora sencillas, para acariciar ángeles vaporosos cual los de Luca della Robbia; ora complejas, insuperables para despertar dormidas sensualidades. Podrían deslizarse sobre un cuello con más suavidad que un filo de guillotina; ó pasear ágilmente por sobre los huesecillos de las vértebras sembrando el calofrío, como una felpa ó contrapelo; ó esparcir sobre un busto efébeo el ajetreo de mil cosquillas interminables, convirtiendo la piel en teclado armonioso bajo la yema de sus dedos.

Manos hechas para prestidigitar corazones, para estrangular dulcemente cuellos anserinos, para animar nivosas cabelleras centenarias ó peinar rulos de poetas soñadores, para hilar el purificador que cubre el cáliz, para domar leones, para tejer coronas, para ofrendar guirnaldas, para impartir bendiciones, para saludar á los hombres, para dar filtros de amor, para desvanecer sombras, aplacar iras, disipar dudas, destruir conjuros.

Manos destinadas á interpretar sentimientos absolutos, cuando la palabra no sabe traducirlos.

Leda, al verlas, pediríalas para acariciar el cuello de Júpiter transfigurado en cisne, como en la tela de Leonardo. El arpa eólica gemiría mejor bajo sus dedos que por la misma filtración del austro. La seda estrujada por tales manos podría estremecerse como el aire en la caña de una flauta ó quebrarse como un rayo de luz sobre un espejo.

Es tan fino el contacto, tan dulce el deslizar de su piel, que ganas dan de trocar la carne mortal por arena eterna, anhelando que esa mano cogiera un puñado y la dejara tamizarse lentamente por entre los dedos, como si éstos fueran una clepsidra animada y sensual.



Manos ejemplares, modelos de artista, merecen inspirar el numen de los trovadores y los músicos, de los coloristas y los modeladores. Mil cuadros, mil mármoles reflejan su línea y su tono en movimientos diversos. Cuando están quedas parecen de cera devota y ferviente, como la en que fundieron manos de vírgenes los primitivos, como las que pintaron Giotto y el Angélico, Filippo Lippi y Boticelli, Verrocchio y el Ghirlandaio. Si una de ellas señala el cielo con su índice, evoca la línea perfecta en que compiten el *Mercurio* de Juan Bolonia y el *Bautista* del sumo Leonardo. Juntas para orar y pedir, no envidiarian á las de *Santa Magdalena* de Timoteo Veti ó á las de la misma Virgen que exorna *La Natividad* de Van der Goes. Volando en el aire, huyendo infidentes tentaciones de amor, son imprevisoras como las de Dafne seguida por Apolo en la obra maestra de Bernini. Resueltas á la acción, tendidas como arco dispuesto á fulgurar su flecha, ampliados los brazos en gesto

absoluto, unánime, igualan el soberbio ademán de la heroína que separa á sabinos y romanos en la clásica tela de David. Firmes y seguras, diríanse las de Judith llevando la cabeza de Holofernes, en el cuadro de Allori. Cuando la alarma las llena y conmueve, supónese que las vió Rubens antes de inmortalizarse en el *Rapto de las hijas de Leucipo*. Otras veces las sacude intermitente emoción y el pulso altera su ritmo, como la diestra de la finísima dama de Fragonnard que graba en un tronco la *Cifra de Amor*. Y más, aun más expresivas, se esparcen y se anudan, minuto tras minuto, como las inenarrables—abiertas las unas, cerradas las otras—eternizadas por Bouguereau en la *Virgen Consoladora*.

Todas parecen fijar en el tiempo un minuto de las suyas instables y eternas. Un solo momento de inquietud perfecta, pues tales como son, vivientes, sonrientes, elocuentes, no están en parte alguna ni se encuentra su molde en las más pristinas obras del arte humano.

***

La *Venus de Milo* ha perdido las suyas.

¿Las recogió algún misterioso Lohengrin fascinado por sus primores, llevándolas á un remoto Monsalvado para infundirles vida y encarnarlas en esta viviente transfiguración que arrastra al éxtasis, al paroxismo?

No pueden ser otras. O la belleza tiene incógnitas cuyo enigma nos será perpetuamente insoluble.

Una hora de emoción

Montecarlo, 1906.

Obsesionado por el vertiginoso rodar del oro sobre el tapete, el jugador fué presa de un vértigo sobrenatural que le ausentó de las miserias mundanas, como si el voltejar intermitente de la ruleta fuese un placer de estetas ó de dioses.

Imaginaos todas las fantasías que pueden atropellarse en un cerebro de artista sobre un tema sinfónico en la gama del amarillo más esplendente; el deslumbrador reflejo de una aurora que se pulveriza sobre un trigal maduro; la visión de una crujiente plancha de acero llevada al rojo blanco en la fragua de un Vulcano implacable; los resplandores de un vasto incendio crepitante bajo la tranquilidad de un mediodía estival; un tupido jardín de mirasoles reverenciando, unánimes, al triunfante sol meridiano; el dorarse de las crestas abruptas por el tímido beso de un amanecer suavísimo; el solemne orecer de un ocaso sin nubes sobre un océano en calma; una copiosa cabellera de Afrodita rubia desplegada sobre el hombro de un amante insaciable. Toda la gama de imágenes que pueden relampaguear en la mente de un artista sobre la ilusión del amarillo más radioso: de la

mies, de la llama, de la aurora, del sol, del oro, todas se sucedieron como un vértigo en la cerebración instable del jugador impresionado.

Fué una avalancha alucinante, una «sinfonía en rubio mayor», como la cantaran Baudelaire ó Mallarmé, como la pintaran Whistler ó Manet.

El gárrulo retintín del oro arrullaba sus oídos con música deliciosa: mágico sonar de campanillas sutiles, ágil murmullo de lluvia risueña sobre una galería de tersos cristales vibrantes en un silencio de media noche, rumor de frágiles olas quebrándose contra una roca de metal sonoro, desgranamientos de frescas risas en una boca juvenil cuyos dientes fuesen minúsculos bronces musicales: acaso la reducción de una sabia fuga de Bach, ejecutada por gnomos alegres en un clavecino de cuerdas tensas hasta lo infinito. El oído complicaba así las alucinaciones de su vista. En su cerebro una imagen sucedía á la otra walkirianamente, como aparecen las visiones en los cuentos de hadas, como se forjan y disipan los acontecimientos en el desbarajuste fantástico de un sueño acicateado por el baschich.

Sus manos entraban y salían del montón de oro que apenas cabía entre sus brazos, cual si estuvieran amasando un mitológico pan áureo, como si se lavaran en una imperial jofaina digna de Domiciano ó de Nerón. Las monedas no tenían valor alguno; el oro no valía como oro, sino como elemento material de emoción y de belleza. Las placas de cien francos y los luises eran simples manchas de color en el «capricho» de un Goya extraordinario, notas en la armonía refinada de un Grieg profundamente frívolo.

La fortuna desbordó como un aluvión. Un luis, cincuenta luises, mil luises, más de tres mil luises.

No había fichas ni billetes sobre los números: oro, todo oro, puñados de oro, pilas de oro, montones de oro. El tapete verde parecía, primero, un hesperidio jardín; después, como por arte de encantamiento, la verde fronda se cuajó de frutos áureos, de tantos frutos que era ya imposible ver el fondo de las hojas, como el friso decorativo que ornara una composición arcaicamente idílica de Puvis de Chavannes. El tapete aluciaba. Un millonario yanqui distraíase en la otra mesa con aparente desgano; tenía entre sus brazos quinientos mil francos en oro. Ante el pagador era un ir y volver de cajas llenas de luises y placas, relumbrantes como espejos feéricos. Los escudos habían desaparecido; hubiera sido vergonzoso jugarlos en tales mesas.

El jugador era novicio, virgen acaso. Compró veinticinco luises, y sin sentarse arrojó uno sobre el número de sus años. La bola pareció simpatizar con su inexperiencia y fué á caer en el número apuntado. El jugador dejó cinco luises en el mismo sitio: el número se repitió. Los cuatro mil francos ganados en menos de medio minuto, estorbaban ya sus manos. Repartió un puñado al azar; salió un número en que había muchos luises. Le entregaron casi diez mil francos antes del segundo minuto.

Ocupó un asiento. Los otros jugadores comenzaron á suspender su juego; los coros callan siempre cuando aparecen las primeras partes. Le rodearon cincuenta curiosos: el yanqui entretenía á más de doscientos. Un amigo experimentado permaneció de pie, detrás de su silla. Fueron entonces las siembras de placas, el flujo de discos relucientes que saltaban como gotas en aquel Iguazú de orfebrería.

El jugador estaba fuera de la realidad. No veía ni oía más que el tropel de sus imágenes mentales.

Conservaba el bello gesto, con la sonriente serenidad que sólo es posible en la subconsciencia de la emoción. Sus ojos parecían estar envenenados por una pródiga dosis de santonina: veía sus manos brillantes y amarillas, las caras amarillas, los trajes amarillos, las luces amarillas, los números amarillos; el rojo y el negro eran amarillos también. Los puñados de oro caían sonoramente de sus manos, como si éstas agitaran sistros de la Hélada antigua. Tanto sembraba, que en todas las puestas recogía puñados de oro, aunque perdiera. ¿Perder? Perder era un verbo sin sentido; jugaba para mover puñados de luises y placas, sin contar las puestas y sin calcular las diferencias del beneficio. El necio y el ingenuo juegan para ganar; un artista sólo juega para gozar.

En una recogida, al pasar su brazo como una hoz sobre el tapete, rodaron al suelo varias placas, dos ó nueve. Un sirviente las recogió; iba á incorporarlas al cauce cuando un gesto le significó que las guardase, sin averiguar cuántas eran.

Antes de media hora tenía más de veinticinco mil francos. Su amigo le tocó el hombro:

—Levántate...

—No. Como dinero, es poco. El placer de la emoción vale mucho más. Con esta suma no puedo comprar mi libertad, no puedo eludir la obligación de trabajar para vivir. No es el millón de duros que necesito...

—Levántate, no seas ingenuo...

—¿Ingenuo? Artista debes decir. Mírame en los ojos; ve en ellos la emoción del que se deleita frente á un paisaje hermoso. Esto no es una industria ni un negocio; esto es una belleza. Ninguna belleza tiene precio; no lo tiene el Partenón, ni un canto de Homero, ni la Venus de Milo, ni el amor

de madre, ni la *Gioconda* de Leonardo, ni el huracán sobre el Monte Blanco, ni un volumen de *Paradojas,* ni un crepúsculo sobre el Foro Romano. Esto es también una emoción, una emoción de belleza, de belleza unánime...

—¡El treinta!—interrumpió una voz.

Había sobre él una placa plena y cuatro «á caballo»: diez mil francos de ganancia.

El amigo, insensible á las razones artísticas, se resignó ante ese argumento irresistible.



Como libélulas vaporosas que tienden sus alas gráciles hacia una luz intensa, abriéndose paso por entre los curiosos, cinco ó diez mujeres elegantes le cercaron, abanicándole con las plumas coquetas de sus sombreros y envolviéndole en su halo doblemente embriagador: esencias floreales y perfumes de carne joven. Las jugadas se sucedían rápidamente; en los brevísimos intervalos las damas le enderezaban felicitaciones, consejos y galanteos. El jugador las miró apenas y volvió los ojos al tapete; no eran la Montespán, la Pompadour, ni siquiera la princesa de Chimay. Quince tontos anotaban las jugadas en sus libretas; eran perdedores profesionales, según lo decían sus caras macilentas, dignas de ornar un purgatorio dantesco. Un judío, prestamista sin duda, se estremecía de envidia. El *croupier* estaba impasible. El amigo palidecía y temblaba. El jugador no comprendía un ápice, profundamente distraído por el exceso de atención.

Durante varios minutos la suerte se mantuvo indecisa, como paloma mensajera que aun no puede orientarse. En seguida volvió á ser favorable

seis ó diez jugadas. Las bellas mujeres se acercaron más, hasta oprimirle con sus curvas temblorosas de juventud y de deseo. El prestamista clavaba en el oro sus ojos desmesuradamente abiertos. La esposa del americano que se distraía con quinientos mil francos dejó su sitio, se aproximó y le dispensó el honor de mirar su juego durante un par de minutos.

—¡El cero!

No había una sola moneda. El empleado recogió treinta ó cuarenta placas de cien francos. El jugador colocó cinco sobre el cero, cinco á los cuatro primeros números y tres pilas de luises «á caballo» con el as, el dos y el tres.

—¡El cero!

El jugador sonrió levemente, como un niño terrible que acierta una ocurrencia. Más de cuarenta curiosos abandonaron al yanqui y acudieron á su mesa: las fragilísimas cortesanas le estrecharon aun más, como ciñen á una gema los dientes del engarce.

Todo el atractivo de su juego eran la rapidez del éxito y la visible irreflexión con que esparcía las puestas. ¿Estaba emocionado? No se veía, pero lo estaba profundamente; el oro—no el dinero—tiene esa virtud. ¿Recordáis la prodigiosa página de D'Annunzio, en la *Ciudad Muerta,* cuando el protagonista refiere el hallazgo de los sarcófagos de oro entre las ruinas de la ciudad helénica? La fantasía del sumo creador de imágenes ha poetizado—sin poderla exagerar—la emoción de los primeros ojos que vieron el hallazgo de Enrique Schliemann en las ruinas de Micenas.

***

Sucediéronse varias jugadas desfavorables. Una mano inquieta le asió del brazo, como una garra, mientras corría la bola.

—Vamos, no seas caprichoso...

La bola dió su respuesta irónica, entrando en un número lleno de oro. El jugador miró á sus amigos sonriendo.

—¡No importa! ¡Vamos!—insistió el otro, sin comprender la absoluta inutilidad de sus palabras.

El imán era demasiado poderoso y el hierro harto dulce. El jugador no se movió; aparte su placer interior, tenía público y no podía defraudar la curiosidad de cien miradas.

Hubo pocas alternativas. En pocos minutos no le quedaban ni cinco mil francos.

—Vamos...

—¿Por qué pretendes interrumpirme este goce de perder?

El jugador se puso de pie, satisfecho y sonriente; repartió su oro en una sola jugada y echó las manos en los bolsillos.

La bola partió, veloz como una flecha disparada por Diana contra un centauro descortés. Rodó levemente, y rodó, y rodó— *¡rien ne va plus!*, gritó una voz—, y entró en la rueda con estridores de juguete infantil; tropezó en un número, ¿cuál?, dió un brinco, pasó al lado opuesto, volvió á saltar, dió otro salto más pequeño, tropezando en varios números antes de caer en el preferido: como cae un chico travieso fatigado por sus correrías.

El espectáculo había terminado. Ya no había placas en la mesa; el público jugaba escudos y luises. Los curiosos habíanse dispersado. Las mujeres galantes no estaban allí; habían huído como las mariposas de una luz que se apaga. El judío mostraba como antes su cara de Harpagón en

acecho. En la otra mesa el yanqui proseguía su distracción abundante y monótona, barajando su medio millón inagotable.

—Eres un caprichoso...

—Soy apenas un artista y me encantan las emociones bellas...

—Perder...

—Es mejor que ganar. Se goza más. Embriaga más, ciega más si quieres, pero es más emocionante, más bello. ¿Qué habría hecho con tres mil luises? ¿Habría podido comprar un minuto de esta bella emoción?

***

Para algunos temperamentos esa es la verdad. El orgullo más grande es saber perder.

El dinero nada vale en sí mismo; vale por los placeres que puede proporcionarnos. Allí está la diferencia entre el criterio de un artista y el criterio de un burgués. Este es incapaz de pagar con puñados de oro un minuto de emoción; antes piensa la cantidad de platos suculentos que puede costearse con ese dinero, el tanto por ciento que podría dar en un banco, los buenos litros de Borgoña y de Barbera que abrevarían sus fauces insaciables: huelga decir que ignora el Falerno de los césares. El artista, en cambio, vive de emoción; la vida sólo merece vivirse á precio de la diversidad continua y de lo inesperado permanente. Sólo es bueno tener dinero para gastarlo con provecho: comprarse una bella emoción es la mejor manera de gastarlo.

El problema queda reducido á esto: perder dinero en el juego, ¿es una bella emoción?

Sin negar que también lo sea ganar—cuestión de temperamento—, perder es magnífico. Modos de

ver, al fin. Ganando goza cualquier espíritu inferior. El rebaño goza cuando crece el pasto, que es su ganancia; goza el labriego cuando sube el precio de la alfalfa; el tabernero cuando sus vecinos beben más alcohol que de costumbre; el propietario advenedizo cuando se elevan los alquileres; el prestamista cuando vence el plazo y no se retira la alhaja empeñada; cualquiera cuando gana la lotería. Todos ellos quieren ganar dinero por el gusto de ganarlo y de tenerlo, asegurándose el pan y el techo para la vejez. Un espíritu amante de la vida intensa ve las cosas de otro modo. El dinero no es un fin, el pan de la vejez no es un problema. La vida es un hecho actual, independientemente del porvenir; es necesario vivirla intensamente, ahora por de pronto, mañana si es posible. El placer actual, realidad indiscutible, no puede sacrificarse al problemático mendrugo futuro; por eso muchos artistas mueren pobres; pero han vivido su vida. El dinero sólo pueden ansiarlo como instrumento para satisfacer la innumerable serie de placeres concebidos por su fantasía.



Los ingenuos objetarán: el juego es un «placer inútil». El adjetivo inútil no puede calificar al substantivo placer; «placer inútil» es una simpleza.

Lo útil es el negocio; el placer no tiene por qué ser útil, y el juego es por definición una cosa inútil. Para el carnero, el labriego, el tabernero, el advenedizo y el prestamista, ¿hay nada más inútil que escribir la *Ilíada*, pintar la *Cena*, modelar el *Moisés* ó edificar el Partenón, si por ello no se gana dinero? Para el criterio burgués, Homero, Leonar-

do, Miguel Angel y los arquitectos de Pericles fueron grandes perdedores de tiempo si no cobraron por su trabajo: ¡cuántos platos de lentejas podrían distribuirse con el precio de una columna del Partenón!

La belleza no puede medirse por su utilidad en metálico; la emoción que nos proporciona vale por sí mismo y no por el provecho material que nos reporta. ¿No pagamos para oir una sinfonía de Beethoven ó una ópera de Wágner? ¿No pagamos para visitar el Foro Romano, la Galería Pitti ó una exposición de arte moderno? ¿No pagamos para llegar hasta el Niágara ó el Iguazú?

Y bien; un jugador se paga su emoción de belleza en la forma que la siente. ¿Goza perdiendo? Pues á perder; para él eso es lo mismo que pintar para Leonardo y esculpir para Miguel Angel.

El juego arruina, se objetará, y es exacto. ¿Cuántos hombres viven y mueren pobres porque aman las bellas artes? ¿Cuántos se arruinan por el amor de una mujer, que es para ellos la más hermosa? ¿Cuántos por ver de cerca el cráter del Vesubio ó por contemplar el mundo desde un aerostato inseguro?

El juego solamente es hermoso y respetable cuando se está dispuesto á perder, cuando sólo se busca en él una bella emoción.

Jugar para ganar es una forma sencilla de la avidez, digna de filisteos y de domésticos; no jugar por no perder, es una impotencia ó una inferioridad, como la del que no asiste á una ejecución de *Los Maestros Cantores* por no pagar el precio de la butaca. Jugar para perder es un bello gesto, como lo es toda satisfacción de un deseo, por caro que sea su precio.

Dicho queda, con esto, que ninguna persona

razonable debe ir á Montecarlo con la ilusión de ganar un solo franco. Jugar es perder, y sólo es bello cuando el perder no importa ni perjudica; en Montecarlo sólo ganan los accionistas, y cada jugador contribuye á amasar los cuarenta millones que ellos se distribuyen anualmente. Las ganancias fabulosas y los afortunados que hacen saltar las bancas, ya no existen. Nadie puede contar eso honestamente; parece que su alteza el príncipe de Mónaco prohibió la entrada á Tartarín de Tarascón. Era el único ganador de millones.

Antes de venir á jugar, los que ignoren la locura que acompaña á esta bella emoción de perder, procederán cuerdamente leyendo *El Jugador*, de Dostoyewsky--cuadro perfecto—y algunas páginas eficaces de Barrés y de Bourget. Ellos enseñan que el juego es vicio, es ruina, es deshonra, es suicidio.

Lo peor es que miente el adagio: «Desgraciado en el juego, afortunado en el amor.» En Montecarlo el amor se compra y cuesta caro; el que pierde se queda sin dinero y sin amor.

La vanidad criminal

Roma, 1905.

Este fenómeno llamó especialmente nuestra atención al visitar algunas cárceles de Italia.

De pronto, rimando el tono de su voz con el matiz grisáceo de la tarde sin sol, un calabrés con cuello de toro y manos como garras, conciudadano de Musolino, nos guiñó el ojo picarescamente. Vivía más satisfecho en la cárcel de Roma que en su montaña abrupta. Mirando su cara simiesca parecía leerse en ella la satisfacción de un hombre que ha realizado su ideal. Mientras recorríamos los corredores cenicientos, cuya penumbra cobija tanta lacra pavorosa y donde cada alma es una pústula, el calabrés nos tocó el hombro á hurtadillas, para que no le vieran los empleados del establecimiento.

—¿Es usted el profesor?—nos preguntó.

—Sí; ¿por qué?

—¿No querría publicar mi retrato en algún diario ó libro suyo, como hicieron con el de Musolino?

—Pero usted no cometió crímenes tan grandes...

—Porque no pude. Mas le juro que cuando vi en un libro el retrato de Pepe, y más tarde en todos los diarios, sentí anhelos de ser un gran hombre como él. Desgraciadamente fallaron mis proyectos. Me tomaron en seguida. Porque si no...

Y junto con la vanidosa amenaza, el celeste sin brillo de sus ojos se iluminó súbitamente, como cuando en la pesadumbre de un cielo nublado se desarticula un rayo.

Pocos pasos más lejos, un gandul de veinte años nos desmenuzó la crónica de su adolescencia. En el prisma de su vida, aun breve, no fulguraba un solo resplandor de honestidad nativa. Ninguna claridad había en su alma, prematuramente empañada por el crimen. Fuera absurdo pedirle transparencias; nació opaca. Nos exageró con inmoderada fanfarronería las páginas más abyectas de su historia. Le preguntamos por cuántos años estaba sentenciado.

—¿Yo? Nada; tres años. Pero advierto á usted que mi padre está condenado á treinta y mi hermano á doce. Y de mi padre hablaron mucho los diarios, ¿comprende?

En Nápoles un *camorrista* nos puso queja contra las inicuas autoridades que no le dejaban estafar y acuchillar en paz.

—Ya hice publicar un lindo suelto en *El Juicio Final*. ¡Ese sí que es un buen periódico! Siempre nos publica algo contra la policía. Pero le juro que cuando salga haré hablar de mí en los demás diarios, porque yo no soy un pillo vulgar ni un acuchillador como cualquier otro.

Manifestaciones semejantes hemos oído ciento en las cárceles de Italia. Un rengo—no lo era menos de alma que de piernas—, autor de siete ú ocho homicidios, nos pidió intercediéramos ante el director para que le permitieran garabatear su autobiografía. «Vale la pena, se lo aseguro; yo soy un hombre que ha trabajado bien.» Un eminente «punguista» pidió permiso para venir á la dirección y lucir sus habilidades en presencia de los visitado-

res: en un santiamén nos dejó limpios de relojes y alfileres, antes que autorizáramos su ensayo. Un homicida, verdadero arquetipo de la degeneración, con una de esas caras que ilustran los atlas de Lombroso ó de Ferri, reclamó con violencia: «Háganme lo que quieran. Aguantaré que me maltraten y asesinen. Pero no me impidan hacer conocer de todo el mundo las principales circunstancias de mi vida y las causas de este crimen.» Otros, por docenas, nos refirieron sus delitos. Ponían todos particular empeño en pavonearse de sus hazañas. Los más foragidos adornaban sus aventuras cargando la pincelada roja; los bribonzuelos de segundo orden, avergonzados por la obscura lenidad de sus crímenes, inventaban de planta imaginarias fechorías. Los avergonzaba la insuficiencia de su propia infamia.

Lombroso menciona muchos casos semejantes. Un tal Rossi, por ejemplo, gritaba frente á sus jueces, como ante una platea: «No imitaré á mis camaradas, que hacen misterio de sus acciones. Lejos de eso, las mías me enorgullecen. He robado, es cierto, pero nunca menos de diez mil francos.» Y una envenenadora célebre, la Busceni, se carteaba con su amante, firmando *Lucrecia Borgia;* así denunció los propios crímenes, por no refrenar su petulante vanidad criminal.

Como estos casos podrían referirse millares. Indudablemente esos rasgos psicológicos no son exclusivos de los delincuentes italianos; en todas las cárceles y en todos los países obsérvanse con mayor ó menor intensidad. Pero en Italia predominan, dando fisonomía á ciertas formas de la criminalidad peninsular y constituyendo una de sus peculiaridades más características.

En suma: hay verdaderos Quijotes y Cyranos

del crimen, como los hay del arte ó de la caballería. Hay una criminalidad que busca el camino de la gloria; hay una vanidad criminal que mira al público y á la posteridad. Son puñales bravíos que hienden las carótidas y punzan los corazones buscando el éxito; son fusiles que resuenan en la montaña esperando la repercusión de su eco en el tiempo y en el espacio.

***

Eróstrato, el obscuro é inmortal ciudadano de Efeso, ¿fué un cobarde, un simple vanidoso, un verdadero megalómano? Callan los historiadores á este respecto; por ese entonces no había alienistas, que ahora escudriñan las almas con inclemencia y rotulan con sutiles diagnósticos cuantos cerebros caen bajo su lente ó su escalpelo. Vivía, sin duda, obsesionado por una atroz pesadilla: su nombre no quedaría en la historia. Necesitaba vincularlo á algún hecho grande, universal. Miró en su interior y se vió impotente para emprender una obra buena. Recordó entonces que los grandes conquistadores se inmortalizan mediante devastaciones y carnicerías en vasta escala. Una obra grande y mala, ¿no valdría lo mismo ante la posteridad? Con gesto de bárbaro y alma de nihilista puso fuego al templo de Diana. Quería solamente la gloria, y la gloria, para él, estaba más allá del bien y del mal. La asió como pudo, cogiéndola por su único garrón vulnerable, como Tetis á Aquiles. Legó su nombre á la posteridad, asociado á una gran obra mala. ¿Acaso Caín es menos célebre que Abel?

Algunos poetas griegos han enmarañado la leyenda de Eróstrato forjando otras versiones; para nuestro objeto basta la enunciada. Sí diremos que

el profesor Lacassagne, con certero espíritu generalizador, ha denominado *erostratismo* á esa hipertrofia de la vanidad, á ese deseo de exhibición y de celebridad que en muchos casos semejantes al de Eróstrato, suele ser el móvil esencial del delito. Otras veces entra como factor preeminente en la psicología del criminal.

Eróstrato es, pues, el precursor ilustre de todos los criminales vanidosos, su «hombre representativo», emersonianamente. Max Stirner ó Nietzsche habrían podido mencionarlo como un modelo de hombre extrasocial, ajeno á la ética y á las conveniencias colectivas, libre del espíritu de grey. Su caso moral fué extraordinariamente sencillo: debía elegir entre su vida y la de una magnífica obra de arte. ¿Para qué le servía el templo cuando él muriese? Se eligió, pues; destruyó la obra de arte y él sobrevivió en la historia. Fué un gesto del individuo contra la sociedad.

***

La noción pleonástica de la personalidad propia se exalta en los ambientes civilizados. El brillo de la gloria sobre las frentes elegidas deslumbra á los mediocres, como el hartazgo del rico encela al miserable. El elogio del mérito es un estímulo para perseguir la loa. Bajo la obsesión del éxito que persiguen en vano, los impotentes adquieren una exagerada noción de los méritos propios; después del fracaso suelen refugiarse en la protesta contra el ambiente social, que no se decide á admirarlos. Todo hombre entra á la vida construyéndose un escenario, grande ó pequeño, bajo ó culminante, sombrío ó luminoso; cada uno vive con la preocupación constante del juicio ajeno so-

bre su persona. Así consumen los hombres las mejores energías de su existencia, sedientos de distinguirse en su órbita, de ocupar á su mundo, de cautivar la atención ajena, por cualquier medio y de cualquier manera. La diferencia, si la hay, es puramente cuantitativa entre el escolar que persigue diez puntos en los exámenes, el político que sueña verse aclamado ministro ó presidente, el novelista que aspira á ediciones de cien mil ejemplares y el asesino que desea ver su retrato en la sección policial de los grandes periódicos.

Tarde ha dicho que el amor propio es el mayor estímulo para la acción: el deseo de brillar en nuestro ambiente inmediato, la preocupación del juicio que sugerimos al pequeño grupo que nos circunda de cerca es la más intensa de sus formas. Los hombres, generalmente, desean que se les pague sus esfuerzos al contado, aunque sea en moneda menor, con los pequeños níqueles del éxito sobre tablas. El rol de estos sentimientos es grande en todos los hombres, desde el más humilde hasta el más encumbrado. La vanidad, el orgullo y la pretendida megalomania de los grandes hombres son las formas intensas de fenómenos perfectamente normales, rara vez mayores que la vanidad y el amor propio de los imbéciles. La diferencia estriba en su cantidad; pero es una diferencia lógica y normal. A un metro y á simple vista nadie ve la pata ó la boca de una hormiga, pero todos perciben la garra de un león y la trompa de un elefante; ambas son normales, guardan justa proporción. Lo propio ocurre con el orgullo ruidoso de los grandes y la desapercibida vanidad de los insignificantes.

Las que podríamos llamar «enfermedades de la vanidad» revisten dos aspectos. En algunos casos la hipertrofia patológica convierte al individuo en

un extrasocial, simplemente; otras veces lo transforma en antisocial. Los primeros se escurren junto á las fronteras de la locura; son millones de megalómanos á medias que fermentan en todos los ambientes sociales, inadaptados por incapacidad, contradiciendo sus flacas aptitudes con el propio juicio de méritos imaginarios y desconocidos, cascabeleando la pompa de su yo enfermizo. Los segundos reaccionan contra el medio; ruedan al manicomio ó á la cárcel, según las circunstancias.

En los criminales la vanidad reviste caracteres mórbidos, netamente antisociales. Se observan todos los grados: desde el simple ratero que se jacta de sus golpes audaces, hasta el anarquista que desea inmortalizarse matando á un rey y cantando la *Carmañola* al subir á la guillotina. Todos, en grande ó en pequeño, buscan la celebridad; todos la persiguen como aquel señor de Gensac, de quien cuentan las crónicas del siglo XVI que quiso batirse contra dos adversarios al mismo tiempo, sin más razón que ésta: «¡Ah, Dios mío; quiero que se ocupen de mí en las crónicas!» Ya había crónicas; luego vinieron las gacetas, los diarios, las revistas ilustradas. Todo un sistema para fomentar la vanidad criminal. El señor de Gensac no es una excepción. De Marat y Robespierre dice Lombroso, en un estudio interesante, que fueron tan criminales por vanidad como por pasión política: la desproporción entre su valor intelectual y su extraordinario egotismo fué una de las causas de su fanatismo sanguinario.

En esa misma encrucijada de la historia convergen y desfilan las grandes histéricas de la Revolución, cuya neurosis es singularmente propicia al deseo de notoriedad y al afán de preocupar al público. Hacia la guillotina pasa Olimpia de Gouges,

amazona de la pluma; sobre los peldaños de la máquina siniestra ella sintetiza en una frase toda su psicología: «Fatal deseo de la celebridad! ¡He querido ser alguien!» Y pasa Théroigne de Méricourt, que los Goncourt nos pintan en su precioso estilo «á caballo, con un penacho rojo, chaqueta roja, fusta en mano, pistolas en la cintura, cabalgando en su triunfo»; desahogaba su fiebre de histeria y de celebridad peleando á la cabeza de multitudes criminales, como la «Goga» pintada por Francisco Sicardi en su novela *Hacia la justicia*. Théroigne guía los puñales plebeyos en las jornadas de Octubre, hostigando á la masa con vociferaciones de manicomio; la pobre murió loca, en efecto. Carlota Corday toma por asalto la inmortalidad vibrando su arma como un rayo sobre Marat, que era la tempestad viviente; Rosa Lacombe, satanisa de la guillotina, y muchas, muchas otras, hasta que la hora trágica de la Comuna sonó sobre París su entrevero de heroísmos y de infamias, volcando del suburbio sobre el bulevar «la histeria revolucionaria», con esas desgraciadas petroleras embriagadas por el olor de la sangre y la chamusquina del incendio. En esos casos y en otros similares que ha reunido en un libro reciente el doctor Villette, el crimen se entrelaza con la locura de la celebridad; cada una de esas histéricas soñaba legar su nombre á la historia, como heroína de la redención humana.

La vanidad mórbida asoma, pues, en todas partes: característica predominante en la psicología criminal, tanto en el delito individualizado como en las multitudes delincuentes.

Cuando la lucha contra el delito se funde sobre una organización racional de los medios preventivos y represivos, á fin de impedir los actos

antisociales de los delincuentes, estas nociones de psicología criminal tendrán utilidad inmediata en las funciones de la policía y de la justicia. La ciencia criminológica comienza á influir sobre la evolución del derecho penal metafísico; en cuanto á la prevención y procedimiento policial, merece admirarse la iniciativa del ilustre Ottolenghi, profesor de medicina legal en Roma, que dicta un curso de «policía científica» á los empleados de esta repartición. ¿Os imagináis las ventajas que resultarían de reemplazar al pesquisante compadrito por un técnico que ganara su empleo en un examen de concurso relativo á nociones de sociología criminal y de técnica policial? Es la vía para que el odiado *sbirro* latino se convierta en el simpático *policeman* sajón. Cualquier discípulo de Ottolenghi encontrará cien ocasiones para explotar la vanidad del delincuente en beneficio de la defensa social. Cuando quiera interrogar á un lunfardo le bastará elogiar sus aptitudes delictuosas, tratándolo para ello como á un maestro en su arte; el delincuente, envanecido por el elogio, tratará de confirmar esa honrosa reputación y referirá con pelos y señales su propia biografía criminal, y acaso la de algunos cómplices ó colegas. Este procedimiento, que también hemos visto usar con éxito por el comisario de Investigaciones de Buenos Aires, confirma un viejo aserto de Lombroso: «La vanidad profesional es mayor en los delincuentes que en los cómicos, los literatos, los médicos y las mujeres elegantes.»

Como índice de la vanidad en los delincuentes italianos, basta mencionar sus dos procesos más ruidosos. El de Tulio Murri, cuyo memorial es un magnífico documento de psicología criminal, y el de José Musolino, cuya celebridad excedió por

mucho á la de cualquier presidente de Gabinete italiano.

***

En ciertos casos la vanidad criminal suele complicarse con un vago barniz de teorías filosóficas. Se prefiere las que están de moda. Así el delito aparece como una misión y su autor como «el heroico brazo que ejecuta los destinos de la historia», para usar del cliché ravacholesco. Muchos regicidas, en todos los tiempos, han sido vulgares criminales ó simples ambiciosos, imitadores de Eróstrato. Otros han entreverado la filosofía con la abyección, la ciencia con el delito. ¿No hemos oído al cobarde asesino de una anciana, Lebiez, pretendiendo justificarse, caricaturando en su beneficio una afortunada fórmula del darwinismo: «Yo había declarado la guerra á la sociedad; ella es más fuerte; yo sucumbiré»? Una evolución semejante se advierte en toda la criminalidad política. El profesor Regis ha demostrado, y lo confirmó plenamente Pierre Villette, que los regicidas de antaño son los anarquistas de hoy. Otros tiempos, otras fórmulas verbales; nada más. Ahora sus discursos reivindicatorios han adoptado un nuevo esquema: desfacer á dinamitazos los entuertos de la sociedad.

Es evidente que estos anárquistas de acción no deben ser confundidos con los sociólogos idealistas á la manera de Reclús y de Kropotkine; los errores del romanticismo político son siempre respetables, mientras sean sinceros. Ni puede confundírseles con los literatos que buscan en la miseria y la rebeldía inspiraciones concordes con su temperamento, ó simples caminos de éxito fácil, como Richepin ó Laurent Tailhade. En ciertos casos, sin

embargo, la simple instigación literaria al delito es más torpe que el delito mismo; hay cobardía en aconsejar como óptimo un crimen que lleva al cadalso, sin tener el valor de realizarlo personalmente.

Los regicidas han adoptado ahora la teoría de la propaganda por el hecho, creando la guerra química, según la frase pintoresca de J. Simón. El profesor Regis encuentra en estos sujetos una hipertrofia enorme de la vanidad que les produce una desarmonía del carácter y de la personalidad, constituyendo una forma del delirio místico. Bajo los reyes, Francia tuvo místicos religiosos; bajo la Revolución y el Imperio, místicos patriotas; bajo la República surge el misticismo rojo, cuya manifestación extrema es el anarquismo. Cuando ese misticismo político ambicioso brota en un temperamento criminal, tenemos al delincuente anarquista. ¿Quién podría impedir á los delincuentes vanidosos creerse regeneradores de la humanidad y obrar en nombre de la filosofía acrática? Muchos de ellos ofrecen el cuadro completo del erostratismo. Lombroso, en un estudio por otros conceptos deficiente, encuentra que suelen ser desequilibrados y muy sugestionables, verdadero «mattoides», presentando «una combinación de insuficiencia mental y megalomanía, con una extraordinaria exageración del orgullo y de la ambición».

En el fondo suelen ser egoístas envidiosos; en su odio al rico hay envidia instintiva por su riqueza. Además, como observa Ganzer (según creo, pues cito de memoria y un océano me separa de mi biblioteca), tienen imperioso deseo de hacer hablar de sí, son víctimas de ese cabotinaje moderno que afana á tantos mediocres, fracasados y anormales, sedientos de publicidad malsana é his-

trionesca. Estos ambiciosos de celebridad, incapaces de alcanzarla á fuerza de talento y de trabajo, se adhieren á una forma violenta de la moderna filosofía política y disfrazan su vanidad criminal con el antifaz anarquista, titulándose desfacedores de entuertos, vengadores de los débiles, castigadores de la sociedad madrastra.

Orsini, su precursor, quiso mostrar que podía acometer, él solo, una empresa equivalente á la revolución de todo un pueblo; tenía, además, «la intención de terminar con una vida que comenzaba á pesarle, mediante un acto que le haría eternamente célebre», como dice Lombroso. De otro, de Fieschi, señala Maxime du Camp «la vanidad constante. Le complacían los extensos relatos de los diarios, repartía autógrafos á sus custodios y firmaba sus cartas: *El regicida Fieschi*. Sus memorias terminaban afirmando que su nombre pasaría á la historia». Y no es menos curioso Hoedel, que atentó á la vida del emperador de Alemania, el cual, antes del atentado, mandó hacer numerosos ejemplares de su fotografía, asegurando á los fotógrafos «que harían un buen negocio, pues en breve su nombre correría por el mundo entero en alas de la fama».

El doctor Villette, en una tesis de Lyón, inspirada por el profesor Lacassagne, reunió datos muy demostrativos acerca del exhibicionismo y la vanidad de varios anarquistas célebres. Recordaremos algunos de los más significativos.

En Ravachol se percibe la más heterogénea combinación de infamia y de anarquismo; los elementos morales propios de la más baja criminalidad se escudan tras el manto de reivindicaciones sociales profesadas con petulancia sin par. Es curioso el proceso psicológico de este ladrón y viola-

dor de sepulturas, contrabandista y asesino, que intenta erigirse un pedestal sustentando sus crímenes con la argamasa de utópicas filosofías. Antes de recurrir á la dinamita ha usado todos los instrumentos vulgares del delito, desde sus simples manos de vagabundo hasta el puñal, el revólver y el martillo: puede envanecerse cínicamente pensando que «cada uno de sus dedos ha matado un hombre». Antes del atentado había dicho á su compañero Chamartín: «¡Si yo quisiera contar lo que he hecho, verías mi retrato en todos los diarios!» Y realizó su deseo. Por ese tiempo vimos en *Le Père Peinard*, que recibía en Buenos Aires un librero de la calle Esmeralda, la siniestra apoteosis del bandido. En un pésimo grabado, la cabeza de Ravachol, encuadrada en el armazón de la guillotina, resaltaba sobre la luz sangrienta de una gran noche simbólica: como un astro. Después, durante años, leímos en Buenos Aires un semanario titulado *Ravachol*: en el mundo se publicaron más de 30 homónimos. ¿Es celebridad? Lo mismo queda un nombre en la historia, ya se lo escriba en letras de luz ó en letras de sangre. La diatriba, cuando es sonora, inmortaliza más que el elogio.

Vaillant, envidioso de tanta gloria, se propuso exceder á Ravachol. Desde las tribunas del Palais Bourbon arrojó su bomba mortífera al hemiciclo de la Cámara de Diputados. Ese «bello gesto», como lo clasificó el literato Laurent Tailhade (cuya megalomanía anarquista vimos derrumbarse en el manicomio de Santa Ana, en París, ¡pobre poeta de los *Vitraux!*), fué teatral en grado sumo. Vaillant dijo orgullosamente que era la sanción final de su lucha contra la sociedad. Había preparado la leyenda del crimen para que su apoteosis fuese rápida y hermosa. Pudo comprobarse que poco

antes del atentado envió su fotografía á Paúl Reclús, á fin de que estuviese lista para la publicidad. Mr. Bertran, estudiando su psicología, señaló «su inmenso orgullo y una inconmensurable adoración del yo».

Un mes después, un pobre diablo falló un atentado contra el rey de Servia en París. Ese infeliz, llamado Leauthier, escribió previamente una carta á Sebastián Faure, director de un diario anarquista, excusándose de no ofrecer á la causa más que ese mínimo holocausto, «careciendo de medios para dar un golpe de efecto, como el sublime compañero Ravachol». Fué excesivamente ingenuo para llegar á célebre.

Emilio Henry es un tipo más interesante. Precoz, inteligente, en la escuela había sido muy buen alumno. Su instabilidad mental le impedía esa labor asidua que conduce al éxito. Ambicioso en extremo, sus fracasos le desesperan al fin. Su anarquismo es una simple revancha de fracasado. Joven, de buen talante y casi poeta, no va á la anarquía como desesperado á quien la miseria hostiga, que ha perdido la cabeza y lo ve todo rojo, no; él busca en el pequeño escenario de la secta el éxito que no le sonríe en el vasto escenario de la sociedad entera. Necesita hartar su vanidad; pronto consigue el elogio de sus compañeros y el aplauso fácil de sus chusmas. El, como todos, prefiere ser primero en su aldea y no segundo en Roma. Durante el proceso, y hasta subir á la guillotina, vive preocupado por el «qué dirán»; es un precavido comediante que desempeña el papel de emancipador de la humanidad oprimida. Es fuerza confesar que lo desempeña bien, con la perseverancia que cabía esperar de su vanidad desmesurada. Al terminar los debates escribió el doctor

Goupil: «Su actitud en la audiencia, su mirada fija, su mueca impasible, su pérdida absoluta del instinto de conservación, todo evidencia que padecía una forma de locura de las grandezas, la locura de la grandeza póstuma, la locura de Eróstrato.»

En el desgraciado Caserio se repite esa historia. A pesar de su ignorancia, pues era casi analfabeto, encontró en las teorías anarquistas un excitante de su vanidad semisalvaje. Comenzó dedicándose á la propaganda verbal y escrita. ¿Os imagináis el envanecimiento de esos ignorantes cuando llegan á creerse periodistas universales y filósofos reformadores de la sociedad? Después se enfermó y tuvo su cama en un hospital, por una enfermedad crónica y vergonzosa. Su filosofía pesimista le indujo al suicidio; pero su yo, hecho pompa de jabón, no aceptó una muerte vulgar y modesta. «Su inconmensurable vanidad no podía resignarse á ello. Resolvió sacrificarse por la causa, vender cara su cabeza y mostrar á sus compañeros que era digno de admiración y de legar su nombre á las generaciones venideras.»

Después siguieron los atentados de Czolgoz, Luccheni, Rubino y otros, hasta Bresci. Podrían mencionarse, junto á esas formas trágicas del erostratismo, otras larvadas é indecisas. Muchos sujetos disparan un arma sin proyectil para llamar la atención sobre su persona. Otros arrojan, á guisa de bomba, inofensivos legajos de folletos ó reclamaciones.

Hay, pues, una escala progresiva, desde los débiles mentales hasta los megalómanos razonadores. La vanidad y la sugestión constituyen sus resortes más violentos, son casos de simple criminalidad política, como los regicidas en otras épo-

cas. Es tan absurdo reivindicarlos para el anarquismo como imputárselos sistemáticamente.

***

Sugestión y vanidad: es el binomio psicológico del erostratismo político moderno. En los demás delincuentes esos términos conservan su papel preponderante, aunque no exclusivo como en ellos.

¿Por qué son sugestionables los delincuentes?

La masa de la población criminal se recluta entre individuos anormales, incapaces de adaptarse á las condiciones de lucha por la vida propias de su ambiente social. En muchos la degeneración es hereditaria; en su ascendencia lucen delincuentes, alienados, neurópatas, alcoholistas, artríticos, etcétera. En otros la degeneración es adquirida, producto de condiciones propias del medio, primando entre sus factores la miseria, el alcoholismo, la mala educación, la falta de higiene, el trabajo excesivo, etc. En todos los degenerados, el órgano más falible es el cerebro; está destinado á funciones biológicas más evolucionadas, y por ende su íntima textura es más sensible, más frágil. El engranaje de un cronómetro se descompone por un grano de arena ó por un golpecillo que no molestan á un reloj de campanario; se gana en precisión lo que se pierde en tosca solidez. Así también el cerebro. La degeneración mental puede ya observarse en sujetos que aun no presentan caracteres físicos degenerativos.

Todos los hombres son más ó menos sugestibles; esa condición aumenta con la inferioridad mental, pues ésta impide oponer resistencias críticas á las ideas sugeridas: la credulidad de Cándido y de Cacaseno. Los anormales, desequilibrados y

degenerados tienen disminuído su poder de control crítico; por eso aceptan fácilmente sugestiones que un normal rechazaría después de analizarlas con serenidad. Por eso los fanáticos de todas las sectas (espiritistas, vegetarianos, católicos, socialistas, salvacionistas, antivacunistas, anarquistas) suelen reclutarse entre sujetos anormales; éstos aceptan la sugestión doctrinaria con caracteres absolutos y la polarizan unilateralmente, por falta de aptitud para la función crítica.

Los delincuentes, por pertenecer en su mayor parte á la familia degenerativa (exceptuados los criminales de ocasión y los criminaloides), son eminentemente sugestionables. No sólo en cantidad, sino en calidad. Su cerebro está orientado por ideas y sentimientos antisociales, fruto del medio en que ellos viven y cuya influencia reciben constantemente; la moral carcelaria es distinta de la moral honesta. Un cerebro así preparado es un receptor propicio para todo lo que al delito se refiera, es una placa sensibilizada, impresionable por sugestiones que no actúan, sobre un cerebro equilibrado. Por eso puede afirmarse esta premisa: los delincuentes suelen ser degenerados, de sugestibilidad anormal, influenciables por toda sugestión armónica con sus tendencias antisociales. Y su lado flaco, el más vulnerable de sus sentimientos, es la vanidad del crimen, el orgullo profesional.

***

Los diarios colaboran eficazmente á esa tarea de sugestión funesta; son laboratorios de apologías criminales. Es un mal casi inevitable; huelgan las frecuentes protestas de los moralistas y los criminólogos. El periodismo contemporáneo, obligado á

completar su información y á complacer al grueso público que lo mantiene, necesita descender á estas transacciones con el mal gusto popular: y no son las únicas.

La prensa es, indudablemente, el más importante vehículo de sugestiones. Cuando se le atribuye una función educadora, se presupone su capacidad sugestiva: educar es sugerir. ¿Qué ocurre con la descripción detallada de los delitos y la glorificación de sus autores?

Los honestos, los que piensan y obran dentro de ciertas normas tendentes á asegurar la existencia y el bienestar de cada uno, al leer esas artimañas de los deshonestos sienten repulsión por el delito y por sus artífices: su conducta es la resultante de una orientación social de su inteligencia. La sugestión del delito cae en terreno infecundo, los gérmenes mueren sin abrir brecha en las conciencias.

Pero esas mismas sugestiones, llevadas por la prensa á la población criminal, producen el efecto contrario; encuentran cerebros dispuestos antisocialmente, inclinados al delito por la herencia ó la educación. Cada crimen es un tema de emulación profesional; cada crónica periodística un honor envidiable; el objetivo fotográfico un sueño, un ideal. Leyendo el relato minucioso de un mismo delito, el tranquilo burgués exclamará: «¡Infamia!» Y el delincuente comentará: «¡Magnífico golpe!» ¿Cómo desconocer que la exposición circunstanciada de esos magníficos golpes debe ejercer una gran influencia sobre el espíritu vanidoso de los delincuentes? Esas apologías—pues los dicterios de los periodistas resultan alabanzas para los criminales—, ¿no estimulan su orgullo profesional?

Si pudiéramos adoptar por un momento el alma de un carcelario habitual, es decir, si enfocáramos nuestro cerebro para percibir y juzgar como él los hechos exteriores, encontraríamos en las crónicas judiciales una cátedra, enseñanzas para colmar las propias lagunas, estímulos eficaces para perfeccionar los procedimientos, hermosos ejemplos que imitar, nuevos peldaños que subir en la escala de la gloria. Siempre un ¡más arriba! en la aristocracia de la infamia. Porque el delincuente, propulsado por su orgullo, quiere adquirir celebridad en su carrera, en virtud del mismo proceso psicológico por el cual la ansían el político y el poeta, el sabio y el artista.

Como el gascón heroico de Rostand, estos cruzados del puñal y de la ganzúa tienen su penacho, dan su estocada para completar un soneto de audaces premeditaciones. Sueñan, acaso, un rojo y siniestro San Graal, como soñaba el suyo el caballero Lohengrin. Vallette refiere que Henriot, el agudo caricaturista parisiense, escribió al pie de una página suya este profundo tratado de psicología criminal: «*Mais, Monsieur le président, la Court d'Assises, la Guillotine, c'est notre Légion d'Honneur á nous.*»

El vagabundo ilustre

París, 1906.

Su obra es vida escrita, miseria hermoseada por el arte, dolor anestesiado por el talento. En cada hora de sus días ha relampagueado un drama terriblemente emocional, como los narra en sus prosas. Contados escritores pueden jactarse de ser tan personales: pocos volcaron en sus cuartillas más realidad vivida y menos convencionalismos falaces.

El está en sus obras; se escribe en cada página.

Pone en los personajes jirones de su propia alma, intensa á toda hora, trágica por momentos. Su pluma, recogida en la ciénaga, tiene al propio tiempo agudas fidelidades de cincel y hondos sadismos de escalpelo: cuadros y escenas como aguas fuertes, pasiones y conciencias dignas de Shakespeare ó Dostoyewsky.

Diríase que admira el mal; con frecuencia se inclina á amarlo. Fíltrase el vicio á través de su ingenio y sale embellecido por el corte sobrio y definitivo de su estilo: toda espina parece flor, toda amargura consuelo, toda pena esperanza.

El dolor ajeno le es familiar; trasunto acaso del propio. Su grito de angustia es un rugido que es-

tremece, pero no apiada: el clamor de los fuertes suena á invectiva, no á lamento. Dilacera con saña el alma de su pueblo, exponiendo vilezas al sol y cobardías á la intemperie. Sus metáforas crujen como barras de acero al rojo blanco, y llevan calor de ascua. El giro de su elocución es incisivo y terso, la frase decidida y brillante, como un filo de sable que se desenvaina.



Le vimos una vez sola, en ocasión inolvidable.

Cielo de plomo nogruzco, sin una estrella, cubriendo con su opacidad los impudores del París nocturno. Luces atenuadas por la niebla y temblorosas por el frío implacable, desplegadas en doble hilera á lo largo del bulevar, clamoroso de jarana y de alcohol. Mujeres escuálidas, como las pinta Anglada, y jóvenes exhaustos, que parecen brotados bajo el lápiz violento de Steinlein. Más mujeres y más jóvenes, en parejas bien estrechadas por la temperatura y por el deseo, chachareando todos en tantas lenguas cuantas fueron las innúmeras de Babel.

Algunas figuras de probables estudiantes y dudosas grisetas; muchos parásitos acechando sus presas, con los gruesos labios desbordantes de besos y los rudos puños listos para el castigo, según sea menester; en pandillas los apaches, con sus gorras ajustadas sobre los cráneos, que meditan pavorosos dramas rocambolescos.

Uno tras otro, llegan carruajes por docenas, provenientes de allende el río, desde los grandes bulevares, cargados de ilusos que acuden á visitar el soñado Barrio Latino, que antes les sedujo en las páginas ingenuamente conmovedoras de Murger.

En esa hora todo romanticismo se hiela en las venas. Entre la turba vese algún falso Rodolfo con melena y sin talento, ó alguna Mimí de contrabando, cuyas siluetas intérlopes se deslizan furtivamente sobre el bulevar Saint-Michel, rumbo á alguno de esos bailes estudiantiles que el bajo París tiende como red á los extranjeros ebrios de voluptuosidades corrosivas, antros cuajados de humo espeso y perfume de Suburra.

Y sigue el cinematógrafo, ora interesante, ora tedioso, risueño y trágico, sonoro y mudo, jovial y triste, pareciendo estar los hombres en un dantesco jirón de condenados en pena y las mujeres en un manicomio de pajarillos frívolos.

Ese es el bulevar actual, donde nunca se ve á un parisién que se respete; en vano se buscaría allí á los herederos de Alfonso Karr, de Glatigny ó de Aureliano Scholl. El París que piensa y estudia no pierde sus noches en el bulevar; el espíritu y la gracia han huído ante la invasión de los rastas extranjeros.



Sentados frente á la plaza de la Sorbona, separados de él por una limonada y su coñac, oíamos los díceres sombríos de un médico polaco cuya amistad hicimos en la Salpêtrière; nos narraba el torturante ajetreo de la vida intelectual en su país, donde el delito de pensar se castiga aun más severamente que en nuestras Repúblicas de alma cartaginesa. Su palabra urdía en mal francés verdaderos poemas de amargura; los músculos de su cara parecían crujir al contraerse en muecas de cruel desesperanza. Los nombres de Stepniak, Scherchesowky, Dostoyewsky, Gorki, Andreieff, traían

aparejadas cien anécdotas de dolor y de ignominia; acudían á la memoria los poetas románticos de Polonia, el trío compuesto por Mickiewics, Slowacki y Krasinsky, cuya verba tuvo inspiración profética y cuyo gesto fué siempre de apóstoles soñadores. Hablamos también de Tolstoi, el tonto sublime, cuyas tres ó cuatro novelas prodigiosas apenas le hacen perdonar los cien panfletos ingenuos que le consagran arquetipo de la banalidad mística.

De pronto, mirando hacia todas partes como temiendo ser espiado, un sujeto de mal talante llegóse hasta nosotros. Á primera vista sólo podía ser un atorrante ó un sablista.

Un amplio gabán de color incierto le cubría hasta los pies, dejando entrever dos botines robustamente macizos; traía levantado hasta las orejas el cuello de terciopelo, calvo y untuoso, al mismo tiempo. Bajo el ala de su sombrero bohemio, relumbraba una melena lacia. Lo poco de su cara que alcanzamos á ver, tenía cierta expresión firme que es privilegio de algunos genios y de muchos bandoleros. Dijo á nuestro amigo pocas palabras, las más indispensables para su objeto. El médico polaco nos pidió permiso para alejarse algunos minutos: su interlocutor contestó á nuestro saludo con una brusca inclinación de cabeza, más parecida á una amenaza que á una galantería, y ambos se alejaron en dirección al Trocadero, de prisa, inseguros, como buhos ahuyentados por las luces indiscretas del *Boul' Mich'*.

***

—¡Pobre amigo!—exclamó al regresar, conteniendo un sollozo que hinchaba de lágrimas sus párpados.

—¿.....?—interrogamos con el ceño.

—¡Pobre Gorki!—añadió en voz baja—. Está acongojado. Ayer supo que uno de sus más caros amigos fué enviado á Siberia; hoy, para que uno sólo de sus días no transcurra sin gota de hiel, hoy murió en París un muchacho de veinte años, un discípulo predilecto, acaso el que más prometía...

—¡Tan joven!

—En Siberia habría muerto antes que en París; la tisis le minaba despiadadamente los pulmones. Allá nadie hubiera protegido su agonía: aquí siempre tuvo la ayuda generosa de Gorki...

—Y éste, ¿era Gorki?

—¡Sí! ¡él! Dentro de esa burda hopalanda y bajo ese gesto severo, vibra un alma tierna é inquieta: hay un romántico detrás del realista, una caricia en su mano tosca, una lágrima bajo cada amenaza.

—Un Musset que parece un Zola...

—Sí, doctor. Su prosa brusca y varonil, su palabra agresiva, su gesto de presidiario, son el antifaz de un corazón simple, lleno de sentimentalismos exquisitos. Por ese motivo sus amigos queremos tanto al hombre como admiramos al escritor.

Tan conmovido nos pareció, que preferimos cambiar de tema para poner término á su amistosa tristura.

* * *

Así conocimos á Gorki. En el desgarbo de su hopalanda adivínanse nostalgias de sus vagancias. Su mirar dulce y penetrante denuncia un corazón fecundo en ternuras, detrás de la fisonomía patibularia y hosca: solamente su melena de león enjaulado puede revelar que anida en su cerebro los

misteriosos resortes que le consagran alquimista de espíritus é intérprete de la realidad.

Después de conocer al más ilustre, todo vagabundo puede inspirar interés. ¿Quién asegura que no lleva un Gorki dentro?

La morfina de España

Madrid, 1905.

«Oro, seda, sangre y sol»: es la corrida de toros. Madrid está de fiesta. Oro en las cabelleras, seda en las mantillas, sangre ardiente en los corazones y sol en todas partes.

El toro es una emoción viviente. Es fuerza desplegada sin frenos; irrupción de catarata, plenitud de marea, desgranamiento de avalancha, violencia de rayo. El cordaje de sus músculos parece rechinar estremecido por el impulso. Vuela hacia la capa roja como sobre un imán: diríase que tiene la bestia entrañas de acero. Nadie obsta su paso. Llena la pista como un señor feudal antiguo, desafiando á todos, con mirada y con desplante que envidiaríale una severa deidad asiria. Por momentos parece encarnación de todas las pasiones, ceguera de todos los ideales, inconsciencia de todos los ensueños, tan seguro está en sí mismo, ajeno á la infidencia de las picas y espadas que le acechan. Heroicamente, como dardo que parte de un arco tendido por invisible mano, el toro irrumpe unánime cuando estallan los obscuros resortes donde conspira su instinto. Así una ola, encrespada por el ciclón, va á romper su aborujada cresta contra la negrura de las peñas.

En pocos instantes la realidad le acoyunda. Los

adversarios son muchos; contrastan su fuerza con la astucia. Ofrecen á su ímpetu gallardo el carmín de las capas, movedizos escudos que defienden la osada fiereza de los bustos resplandecientes de oro y plata, de borlas y colores. Cuando consigue amedrentar á la traílla humana, cuyo poder sólo está en el número y en el engaño, los capeadores desaparecen ágilmente tras la barrera; él, en su ceguera de ilusorios heroísmos, pone el furor de innúmeras cornadas sobre las tablas crujientes de admiración. Así un glorioso manchego—toro del ideal, á su manera—esparció en otra edad sus lanzadas sobre insensibles aspas de molino.

El capeo fatiga al animal; la suerte de pica le empurpura. La ira le enloquece cuando siente manar de su carne la sangre cálida, por heridas copiosas como rojas Castalias. La sangre tiene elocuentes esplendores sobre su antepecho; parece una belígera condecoración. De lejos, cuando el toro corre veloz, el manchón de sangre semeja el tapiz carmesí de una dogaresca veneciana tendido sobre la quilla de un Bucentauro que vuela á todo viento. A ratos se cuaja en pedazos la hemorragia, como si á la sangre le remordiera abandonar las arterias donde solía pulsar robustamente.

A cada paso del animal vuelcan nuevos borbotónes las heridas; cada una parece un ojo por donde llora el coraje en lágrimas sangrientas. Y lloran sin cesar, á cada movimiento, cuando el torero lo instiga con su capa, cuando el público aplaude su valor absurdo ó silba su instintiva prudencia, cuando la música anuncia el cambio de la suerte. Las banderillas le encuentran ya cansado; se desconcierta visiblemente al sentir que la certera mano enemiga le empavesa con la gala trágica de sus pares multicolores.

Después, cuando está ablandado por la fatiga, el espada comienza á ejercitar su esgrima audaz. El toro embiste y muere, admirable Don Quijote del impulso, rey Lear de su raza.

***

El beluario—Bombita, Fuentes, Algabeño ó Machaquito—tiene momentos sublimes. Hay en él gracia de artista y temple de antiguo espartano. Su gesto, cuando es exacto, supera las más hermosas actitudes ciranescas, vale el de cualquier *Discóbolo* griego. Los magníficos emperadores de la antigua Roma hubiéranle proclamado semidiós. Canova habría podido extraer del mármol un «torero que entra á matar» digno de sus intensos «luchadores», que parecen divertir á *Perseo* en el Belvedere. Falta esa obra maestra en la escultura: la piedra ó el bronce de ese gesto soberbio, síntesis del arrojo y apoteosis de la temeridad. En él tendría su icono el «culto del coraje», si llegara á instituir ritos. La pintura ha vertido cien veces en la tela esta silueta del espada señalando al toro; pero es inferior á la escultura tratándose de expresar un bello gesto.

El toro, preparado por el hostigador mariposeo de las capas, afiebrado por la irritante crueldad de picas y banderillas, acude á la muleta que le invita. Mira, husmea, atropella, vuelve sobre sus pasos, cornea á diestra y siniestra, arrastrado por el trapo rojo que cosquillea su retina. De pronto se cuadra, junta las manos, separa las extremidades posteriores y se prepara á embestir. Es el momento propicio.

Frente al toro, como para iniciar un supremo diálogo de vida y de muerte, el beluario tiende su

muleta con la mano izquierda, á la altura de la ingle. Su pie derecho, atrás, asentado transversalmente, sirve de resorte á todo el cuerpo, que va á caer como una flecha sobre la bestia. El pie izquierdo, ligeramente vuelto hacia la derecha, apoya apenas sobre el suelo y juega un papel secundario ó pasivo en la ejecución de esta suerte.

El matador levanta su brazo derecho—que forma una sola pieza con el arma reverberante bajo el sol—hasta la barba, un poco más alto que el hombro: el acero, como una sentencia, apunta á la robusta cerviz. Un alma animosa peligra sobre su empuñadura y un alma irreductible agoniza bajo su punta. El toro acepta el envite, asienta sus extremidades, baja la cabeza y entra.

El matador entra simultáneamente. Su estocada lleva una rapidez de fulguración, su brazo se inmerge entre las astas del toro y el hombro parece estar sobre su testuz. La hoja ha penetrado entre las vértebras, hasta la empuñadura. El torero está á la derecha del animal, incólume, sin que haya tiempo de ver cómo salió de entre las astas terribles. El bruto queda trastabillando, fluye sangre de su boca, flaquean sus patas, da pocos tambaleos y cae. Treinta mil palmas celebran con frenesí el triunfo del beluario, doble tributo á su arte y á su valentía.

Tal es la estocada «á volapié», creación del eminente Costillares. No siempre la acierta el espada; pero cuando el golpe es bueno se siente una profunda emoción de belleza por el gesto y de respeto por la corazonada.

Cabe una observación: existe el peligro de que el profesional mate al artista, lo mismo que en esgrima. El problema no es matar de una estocada, sino matar con arte. Así como el esgrimista no

debe ser un simple tocador, el espada no puede limitarse al puesto subalterno de matador; todo su talento debería encaminarse á la conservación de la bella apostura durante la suerte y al envío de la estocada envuelta en un bello gesto. Ya que no es posible exigirla en un soneto, como si la enviara Cyrano...

Entonces, además de encontrar un Canova para su mármol, surgirá un cantor homérida; y Gabriel D'Annunzio podría señalarle como arquetipo de beluario en sus *Loas de los héroes*. Merecidamente.



Todo hombre extenuado por la anemia ó por el dolor, cuando un morbo roe su entraña dolorosa ó su víscera incurable, cuando la energía desmaya en sus carnes escuálidas, cuando su cerebro pierde el gobierno de la máquina humana, busca dos cosas: acicate para su vitalidad insegura é insensibilidad nebulosa para ahogar su dolor en la inconsciencia.

Sus horas pasan así, entre artificios estimulantes y languideces consecutivas, alternándose los unos y las otras hasta lo infinito.

Todos los agotados poseen su agradable veneno. El poeta gastado reanima su llama, parpadeante ya, con el verde tósigo de su ajenjo. El viejo exhausto busca paraísos artificiales en frágiles excitantes que renuevan estremecimientos fugitivos. El luchador acoquinado pide al alcohol la sensación completa de su yo vacilante, para centuplicar el coraje perdido. El escritor tiene el tabaco para el cerebro cansado; el financista lubrifica con té ó café su engranaje mental enmohecido por los cálculos; el amante compensa con la estrignina su

asiduidad imprevisora. Todos fomentan esa ficción de la propia energía, contentándose con la sombra de un gesto que no existe.

El símil fuerza la idea. Este pueblo que se apiña y se excita en el populoso tendido, bajo el sol meridional, que pone luz y fuego en las graciosas mantillas y hervores de fiebre y de sangre en los corazones, es un pueblo enfermo de inercia. Conserva el labio propicio á la amable sonrisa y á la algazara bulliciosa. No es la risa plena y sonora que llena la boca del hombre sano y fuerte: más bien recuerda la alegría optimista del tísico en vísperas de partir. Pero le falta lo esencial: la voluntad, la aptitud para la acción organizada y persistente.

«Todo, menos trabajar; esta es la teoría española, y sobre todo, la madrileña», dice Eusebio Blasco, escritor ibérico y ultramadrileño. Y en efecto, en Madrid la mayor fatiga es holgar. El sol se llega todos los días á inundar de esplendores meridianos la puerta homónima, para acalorar la eterna cháchara de los matritenses; el sol es gratuito y sale para todos; la conversación es libre y gratuita también. A este pueblo le bastan la risueña sonrisa de su cielo, los ojos de las mujeres, su ingeniosa frivolidad epigramática, alguna aventura de novela picaresca y su propio carácter, amable en grado sumo, para vivir sin preocupaciones seis días de la semana; más bien dicho, con una sola preocupación: la morfina del séptimo día. En la plaza de toros está el veneno que excita el alma de la raza, llena ya de languideces y nostalgias. El valor dormido ha siglos, el de las grandes horas históricas, parece despertar en la bravura aparente de los gritos, los aplausos, los tumultos: diríase que una partícula de Cides y Pelayos permanece toda-

vía en esos corazones enfermos de pereza. El alma popular se reanima en la corrida, como una rama invernalmente triste se enfronda bajo la tibieza de un mediodía estival.

Conociendo al pueblo español, nadie osará suprimir los toros en España. ¿Para qué? Sería cruel, inhumano, condenar á este enfermo á vivir sin su agradable morfina. Los toros le son indispensables, como al francés el ajenjo y al inglés el whisky. Ningún torero traicionará jamás á su pueblo, trocando la calle de Alcalá por el camino de Damasco.

***

Declamar contra los toros, desde lejos y sin conocerlos, es una de tantas ingenuidades propias de hombres que desean demostrar á los demás su espíritu de progreso y su afán de componer los innumerables entuertos humanos. La verdad está en los hechos y no en las doctrinas aprioristas; cada pueblo tiene enfermedades que le son propias y se busca los remedios ó paliativos que mejor le cuadran. Ese es el criterio moral del asunto.

El criterio estético no admite disyuntivas. Quien guste de bellezas y de emociones, quien admire el gesto y el valor, vaya á España y asista á una buena corrida. Diga después su impresión, honestamente, como si no temiera ser oído, con el nihilismo moral indispensable para ser sincero, sin sujetarse á preocupaciones y á sentimentalismos.

Ese hombre libre podrá afirmar que la morfina de España produce una emoción magnífica, en la cual se funden la alta voluptuosidad de la belleza y la vigorosa embriaguez de la energía.

Huelga demostrar que los pueblos jóvenes y fecundos no necesitan morfina.

El impuesto del mar

Sobre el Océano, 1905.

Impelido por la hélice trepanadora, el monstruo surca la salmuera violenta, abanicado por brisas tibias, bajo un sol implacable. Nubes coquetas, de tono ceniciento, obstan sus rayos meridianos. Las más próximas proyectan sombras violáceas sobre el azul vidrioso de las olas: diríase que entre ambos trópicos flotaran errantes islotes de violetas inmarcesibles, esparcidas por mano ignota sobre la mole de agua que atesora tanto misterio de suicidios y naufragios.

Bajo la superficie oleosa contonéanse gravemente las mareas; hay, debajo, un incesante desfilar de olas pesadas, amplias como gestos de antiguos oradores griegos. Así, serenamente majestuoso, con su ritmo pujante disimulado tras la aparente mansedumbre, el Océano parece mostrar en cada comba el golpe de remo de un argonauta legendario; y resulta magnífico, soberbio como el silencio de una multitud amenazadora no encrespada aún por el ciclón de pasiones sin freno, como el rebalsamiento de ígnea lava que ya no contiene el cráter y paso á paso calcina las faldas y los valles.

Sobre esa plenitud de fuerzas en movimiento avanza la nave, se mece á toda hora, inquieta, ya leve y risueña, ya profunda y sombría; ora en gárrulo tiempo de vals, ora en andar pausado de habanera tropical; y por momentos, crujiendo el maderamen, cimbrando los vidriales, rodando las *steamer-chair* sobre la cubierta impermeable, el buque se encabrita y caracolea como un brioso potro de nuestra pampa que siente sobre su lomo por vez primera la audacia del jinete.

Entonces suele gemir una voz gentil:

—Doctor, estoy mareada...

—Paciencia, amiga mía. El mareo es lógico, es necesario; la belleza tiene sus impuestos, y el mareo es uno de los más justificados: el mar cobra para que lo admiren. El ciclón devasta, el champaña embriaga, la cordillera apuna, la hermosa enamora, el genio desequilibra; toda belleza, toda fuerza, todo placer involucra una pena, un dolor, un desgarramiento. El mar conoce la infinitud de sus maravillas y exige un impuesto. El caso es sencillo: ¿su contemplación merece las molestias del mareo?

***

Para muchos el tributo es gravoso; para la mayoría es injusto, porque no es ecuánime ni inflexible: eterna paradoja es la igualdad. Algunos lo pagan usurariamente y otros lo eluden; además, no siempre gozan los que pagan ni existe proporcionalidad entre la mengua y la satisfacción de cada uno.

Estudiar el mareo es un pasatiempo tentador para cualquier médico desocupado. Su causa es desconocida, sus formas carecen de clasificación metódica, su terapéutica está recluída en los incer-

teros tanteos del curanderismo trasatlántico. La observación empírica ilustra poco acerca del mecanismo íntimo que lo determina; apenas si permite señalar algunas diferencias fácilmente perceptibles. Cualquier observador meticuloso comprobará que, en general, el impuesto del mareo no se paga con uniformidad: el inglés no se marea lo mismo que el brasileño, ni las solteras como las casadas, ni el hombre como la mujer, ni el niño como el anciano. También existen diferencias cuyo origen estriba en las peculiaridades del carácter individual; un poeta no puede marearse como un luchador del casino, ni la inflada tendera de suburbio como el ágil piruetista de la arena acrobática, ni el mozalbete ablandabrevas como el viejo lobo encanecido sobre el rolar de las ondas tumultuosas. Cada sujeto concibe el mareo de una manera distinta, y por ende, cada cual se marea según lo concibe, pues, en gran parte, el problema depende de la autosugestión.



Melancólicamente recostada junto á la borda, una soltera asaz romántica pone los ojos en blanco, al compás de las bordadas, con regular intermitencia; sus manos exangües se pierden entre los encajes de su blusa matinal, como si peinaran complicadas cabelleras de seda fina. Mirando á ratos el intranquilo juego de las espumas coronadas por airones de rocío, brillantes como abalorios de ágatas traslúcidas, recibe con indolencia las gotas saturadas de salitre que brincan hasta perderse entre el oro viejo de su cabeza ensortijada. Sufre el mareo con gracia; de cuando en cuando sobreviene un ahilo para complementar el correcto

cuadro. Marearse de esa manera es en gran parte cuestión de coquetería y de tedio, cuando no simple deseo de evocar el recuerdo de lejanas Carlotas que sueñan con Werthers imaginarios.

Más allá, con desvencijada fisonomía de espantabobos, como antigua máscara de tragedia ateniense, la mueca de una suegra amenaza á las olas, al viento, al sol, al buque, á los pasajeros. Cruzadas las manos sobre el abdomen excesivo, los dedos pulgares jugando á perseguirse en una traslación sin fin, vigila al yerno desgraciado: tanto que una viudez prematura le privó de la esposa sin libertarle de la suegra. Esta reniega á media voz, protesta contra la Naturaleza, maldice los elementos, regaña á los que no se marean tanto como ella. Y de pronto, dando más de seis barquinazos para andar menos de un metro, se llega al pasamanos de estribor y allí se esfuerza en vano por desperdiciar los alimentos que no ha ingerido. Esa crisis produce agriación en su carácter, de suyo avinagrado, estableciéndose proporciones entre el mareo y sus acometividades agresivas.

***

Sobre la cubierta esmerilada por el salitre se marea un comerciante neoyorquino. Su mayor problema es la conservación del equilibrio; cree poseer un talismán en el whisky y la cerveza, de que abusa sin reparos. Camina á toda hora separando los pies en busca de una ancha base de implantación que lo reconcilie con el perdido centro de gravedad; el sonoro taconeo de sus zapatos rememora un alegre compás de cakewalk. Huye del camarote, aborrece las sillas de viaje, no se acostumbra á los bancos; tiene, él también, su teoría,

atribuyendo á la inmovilidad todos los males. Por eso está siempre de pie, pasea á trancos y traza más eses que las pronunciadas por los inmigrantes italianos al ensayar por vez primera el estropeo del habla castellana. Sin embargo, nadie podría decir cuánto hay de mareo y cuánto de ebriedad en sus oscilaciones, pues la belleza y el alcohol parecen cobrarle un mismo impuesto.

En cambio, un brusco hacendado italiano vive sumergido en la camilla de su camarote. Entre dos boqueos se recomienda á varias vírgenes de su predilección, y más que á otras á la del Carmen. No come porque lo traiciona el estómago, aunque siente nostalgias de inolvidables ravioles y minis-trones; no duerme por estorbárselo el ruido del vapor; no se levanta para esquivar los tormentos de una equilibración imposible; no fuma; no lee porque es analfabeto; ni siquiera piensa. No piensa, naturalmente; ignora esa difícil tortura en que algunos hombres se deleitan. Así yace, como un bulto á obscuras, sin que nadie comprenda el por qué de su existencia y de su viaje.

***

Ruidosamente se marea una francesa, más frágil de intenciones que de costumbres. Entra y sale del comedor cada vez que lo juzga inoportuno, concentrando todas las miradas, cascabeleando sus mareos. Desde el pasillo grita sus ansias de champaña helado, que prueba y no bebe; ocupa tres mozos y dos sirvientas, emite quejas de opereta y se desmaya á voces cuando sospecha que la olvidan. Entonces arquea su cuerpo de pantera, amenaza morir y adopta visajes que le envidiarían Mimí Pinsón ó Margarita Gauthier para sus literarias

agonías. Su cónyuge es cómplice pasivo de estos mimos y desvíos, pues aunque olvidáramos decirlo, es evidente que una mujer de este corte siempre tiene un marido á la espalda.

Se burla de ella una alemana de curvas superfluas, mofletuda, cuya nariz de rojo múrice parece estar sonriendo ante la incomprensible inmensidad del mar. Tiene, como todos, su teoría; opina que los latinos sufren mareos de estómago y los anglosajones de cabeza. Para ser consecuente bebe por dos, come por tres y digiere por cuatro, pregonando á tontas y á locas que el alimento es lastre ideal contra el mareo. Bien lastrada merodea sobre cubierta, se vuelca voluminosamente sobre los bancos. Allí palidece en silencio cuando la toma el mareo de cabeza, y paga su impuesto con terribles murmuraciones, como todo contribuyente forzoso. Sin embargo, el apetito no la abandona; sufre en silencio, esperando que suene otra campana y le anuncie que es hora de repetir la embestida contra manjares y brebajes.

Un inevitable petimetre aprovecha los intervalos de su mareo para cambiar seis trajes y doce corbatas: las tiene de lazo y de nudo, plastrones y cintillos, rojas y lilas, de seda, de fantasía y hasta de raso floreado. Su flacura gomosa parece ajarse cada vez que le falla la cabeza, como si el mareo destornillase en su cerebro la imaginaria circunvolución de la elegancia.

Un viejo de barba tolstoiana gruñe sus roncos ayes desde un rincón de la popa, contemplando el ir y volver de las cadenas que aprisionan el timón y orientan á la mole sobre el mar. La entera familia de un lechero vasco, nueve personas en todo, dedica las horas hábiles del día á olfatear otros tantos frascos de agua colonia falsificada, que re-

comendó el curandero del barrio antes de embarcarse. Un setentón, veterano de muchos viajes trasoceánicos, tiene su elixir infalible en el humo de su pipa; ello no impide que el mareo le venga con frecuencia, y más de una vez, su boca empalagada por la náusea deja caer la pipa exánime, mientras su cara palidece cubriéndose de frías transpiraciones. Una rubia irlandesa parece desteñirse por los ayunos, como si la brisa marina hurtara los colores de sus mejillas.

Por fin, una morocha deliciosa entretiene su mareo dejándose enamorar por un mediquillo zumbón, de ojos traviesos, más gustoso en devastar corazones que en curarlos, y que absuelve las consultas de la niña vertiendo en su alma galanterías corrosivas.

***

Todos ellos, en formas diversas, pagan este impuesto de la belleza: todos se marean.

Pero ¡ironía de las cosas! ellos no son los que más gozan del espectáculo cuyo importe pagan. Es la eterna desproporción de los impuestos, agravada en este caso por la circunstancia de estar singularmente favorecidos los contrabandistas: la belleza del mar es mayor para los que menos se marean. Imaginaos un concierto donde pagaran entrada los sordos y tuviesen acceso gratuito los oyentes, ó un cinematógrafo sostenido por un impuesto á los ciegos para mayor deleite de los que ven.

El mar es así. Avaro de sus bellezas para con el mayor tributario y generoso hasta lo infinito para con los insolventes. Pero ello tiene su razón en la propia inteligencia que dirige sus excepciones.

Un artista viaja de incógnito, sin más amigos que sus propios pensamientos, sin más interlocutores que el mar y el horizonte. Vive sobre el puente de comando ó junto al astabandera de popa. Durante horas y horas mira el piélago vasto, abarcando las olas amplias y escudriñando las burbujas de espuma fugaz. Se mueve con sus propios movimientos, clama sus íntimos clamores, medita sus hondos enigmas. Luego mira hacia el Norte de la proa, como quien descifra un misterio sobre las olas y bajo las nubes, mientras se tumban á uno y otro lado los mástiles apremiados por el peso de las jarcias. Cuando arrecia el movimiento, el artista parece encelarse súbitamente; habla con el mar, animándolo á encresparse bajo el latigazo de su invectiva ó el estímulo de su loa; le grita locamente su admiración, quiere espolonearlo con el gesto, dirigir sus tumultos á compás de sus íntimos entusiasmos. Por momentos diríase que va á arrojarse en su seno, buscando fundir su alma en el abismo, como si fuese un sublime concertador de ritmos y bellezas, de rumores y energías, en quien se conjuran todas las líricas inspiradas por el mar, desde Virgilio y Byron hasta Hugo y D'Annunzio.

Ese artista ideal no se marea. El mar es inteligente: no cobra impuesto á los que comprenden toda su belleza.

Imperialismo

Berlín, 1906.

Tendidas las alas serenas, el vuelo pujante, severa en su gesto que honrara los frisos de un palacio asirio, el Aguila de Prusia culmina sobre el Continente, afirmando su fuerza magnífica en cada golpe de ala que la remonta hacia la cumbre de la dominación imperialista. Su garra es prudente y robusta; su firme pupila mira alto y lejos. En todas las cosas del mundo europeo se percibe la gravitación de su influencia, como si la hora de la hegemonía hubiera sonado en su cuadrante.

Los grupos germánico y anglosajón llegan ya á su momento. Su rol histórico actual, por la acción intensa y fecunda, vale el de los grandes imperios que han llenado algún capitulo de la crónica humana.

El imperialismo existe. Es inútil manifestar simpatía ó aversión hacia él, rendirle homenaje ó cubrirlo de invectivas. La evolución histórica es sorda á las loas y á las diatribas de los apóstoles; sólo entreabre su secreto á los críticos despreocupados. Con ánimo indiferente conviene investigar el proceso histórico de su formación, determinar sus caracteres generales, observar sus medios de

consolidación en la mentalidad colectiva y ensayar algunas inducciones sobre sus modalidades venideras.

Es preocupación ingenua, puerilidad harto difundida, la de juzgar los fenómenos históricos á través del lente empequeñecedor que nos ofrecen nuestras afinidades ó antipatías; ese criterio suele convenir á los políticos y es útil para arrastrar á las muchedumbres fácilmente alucinables. Los sociólogos saben que el criterio científico es otro. La actividad universal constituye un proceso de formación continua, de integración progresiva; uno de sus modos particulares es la historia humana, cuya mayor complejidad debe atribuirse á que el hombre representa una manera superior de la evolución de la materia viva. Los hechos sociales y las transformaciones políticas no son buenas ni malas en sí mismas; resultan necesaria é inevitablemente de las fuerzas que concurren á determinarlas, fuerzas propias de las condiciones físicas del ambiente en que los hombres viven y de la acumulación de tendencias que éstos heredan, debidas á la acción del medio sobre sus antecesores. Los fenómenos políticos nunca son el resultado de una libre elección de medios y de fines por parte de los pueblos ó de los gobiernos.



La ley de la lucha por la vida, y la consiguiente selección de los mejor adaptados á sus condiciones, domina ampliamente en la evolución del orden biológico. En el mundo social, las condiciones de esa lucha son modificadas por el incremento de un factor propio de la especie humana: la capacidad de producir artificialmente sus medios de subsis-

tencia. Ese hecho engendra otro principio general: la asociación de los hombres para la lucha por la vida. Su exponente psicológico es el sentimiento de solidaridad social.

La asociación de los hombres en grandes colectividades, no es un hecho improvisado. De la familia á la tribu, de ésta á la raza, de ésta á la nacionalidad, se observa un proceso de expansión y unificación progresivas. Cada agregado social tiene que luchar por la vida con los que coexisten en el tiempo y lo limitan en el espacio. Los más fuertes vencen á los débiles, los asimilan como provincias ó los explotan como colonias. La potencia de un imperio se cimenta en su riqueza y se apuntala en su fuerza; la riqueza depende de la población y de la cantidad de territorio explotable, la fuerza sirve para defender la riqueza y acrecentarla.

Los pueblos más fuertes, en cada momento histórico, ejercitan la política imperialista y la encarnan en un hombre representativo: Grecia, en Alejandro; Roma, en César; Francia, en Napoleón. Después del apogeo viene la decadencia, el imperio se desorganiza, y otros grupos sociales más jóvenes reemplazan al caído. La hegemonía de la civilización no es patrimonio eterno de ningún pueblo.

Uno de los hechos más significativos de la vida política contemporánea, es el predominio de los grupos étnicos germánico y anglosajón; las «virtudes latinas», que emocionan á tantos retóricos de la sociología sentimental, pesan menos en la balanza política que la «capacidad de energía» de sus actuales concurrentes. Adviértase que la superioridad no es antropológica, sino histórico-político-económica. Esa formación de vigorosos organismos políticos amengua ó anula el rol social de los pe-

queños Estados, cuya actividad queda enteramente subordinada á la que desenvuelven las grandes potencias.

Las condiciones presentes de la vida económica tienden á intensificar esa absorción ó subordinación de los Estados pequeños; la producción y el cambio han creado condiciones favorables á ese fenómeno, de acuerdo con el proceso de centralización propio del régimen económico capitalista.

Esa situación de hecho, ajena á las intenciones y deseos de pueblos y gobiernos, engendra en ellos sentimientos colectivos que le corresponden rigurosamente, como la sombra al cuerpo que la proyecta. Por eso la grandeza material de un pueblo lleva en sí los factores que orientan su conducta hacia la política expansiva, su inteligencia hacia la elaboración de la doctrina imperialista y su afectividad hacia el sentimiento colectivo del imperialismo.

***

El régimen imperialista—que tiene por exponentes una doctrina, una política y un sentimiento—se personifica en grandes tipos representativos: los hombres emersonianos de sus pueblos. Guillermo, Chamberlain y Roosevelt hablan en nombre de su raza; por eso su voz semeja un fragor de ciclón y resuena á la distancia. Cada uno de ellos interpreta el pensar de muchos millones que están á su espalda.

A pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es de guerra, sino de paz. Los pueblos fuertes se creen encargados de tutear á los otros, extendiendo á ellos los beneficios de su civilización más evolucionada. Los débiles suelen protestar, oponiendo la palabra «derecho» á la fuerza del

«hecho»; por eso los medios necesarios para ejercer la tutela pueden asumir caracteres violentos y parecer injustos. La historia ignora la palabra justicia; se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho; quien quiera reivindicar un derecho—sea un individuo, una nación ó una raza—, debe descartar el sentimiento de justicia y trabajar para ser el más fuerte. Eso basta.

El proceso de formación del imperialismo alemán ha sido claro. Prusia comenzó por extender su zona de influencia y de conquista sobre los Estados alemanes, tendiendo á confederarlos bajo el imperio. Grande ya, es decir, rica y numerosa, impuso toda la gravitación de su masa á los Estados vecinos del Continente; para ello necesitó acogotar á Francia, tomándole cientos de banderas, unciendo á su carro de triunfo dos provincias y coronando á su emperador en la más histórica sala de Versalles. Después fué la hora del inolvidable Bismarck, la energía en forma de hombre, iniciándose la política de expansión que ha dado á Alemania una influencia exterior y un poder colonial equivalente al de Inglaterra. Ahora tiene el kaiser las riendas del carro político europeo, las más importantes por lo menos.

Este proceso, que observamos hoy en Alemania, ha sido ayer el de Inglaterra y se prepara á ser mañana el de los Estados Unidos. Esas condiciones de hecho se acompañan necesariamente por una orientación paralela del sentimiento nacional, imprimiendo caracteres bien definidos á la mentalidad de los componentes de esos grupos sociales.

***

El tipo medio del hombre alemán, inglés ó yanqui posee rasgos psicológicos comunes, propios del sentimiento imperialista colectivo. Ante todo cree en la superioridad étnica de su raza y en la inevitable preponderancia política de su país; sabe que tal grandeza presente y futura se funda en condiciones de prosperidad económica por todos reconocidas; supone que la nación á que pertenece marcha á la cabeza de la civilización y del progreso; deduce que su pueblo tiene actualmente una misión directiva y tutelar sobre la humanidad entera, misión que debe ejercer por todos los medios concurrentes á la realización del objetivo providencial.

Semejante estado de espíritu es común á sujetos de diversa clase social, religión, intelectualidad, credo político, etc. Es la zona de concordancia entre mentalidades individuales infinitamente heterogéneas, que se agitan en el agregado social: es un verdadero fenómeno de psicología colectiva. Por eso el imperialismo, antes que la expresión de un principio político abstracto, es el exponente de un sentimiento nacional. La doctrina se formula después y se encarna en los hombres representativos; Guillermo, Chamberlain y Roosevelt son los voceros del imperialismo en acción, sus ejecutores políticos.

Alemania puede enorgullecerse del suyo. Tiene talento; despliega una actividad asombrosa y reune personalmente las virtudes que constituyen la fuerza de su pueblo. Es un fuerte; por eso no supo tolerar á Bismarck, que también lo era; dos energías no caben sobre un mismo escenario. Es recto en su justicia, ecuánime en su severidad, prudente en su osadía.

Y lo que vale aun más: sabe «hacer la parada».

La hace con gallarda apostura y oportunamente, como todo el que tiene con qué sostenerla. Vive siempre en su papel de dux de un gran pueblo y firma *Imperator-rex,* en su doble carácter de emperador de Alemania y rey de Prusia. Sus enemigos le llaman *poseur,* sin advertir que en su caso el vocablo es laudatorio: un hombre representativo debe vivir en su rol. Guillermo es, en suma, un emperador de verdad: el único monarca de Europa.



Las causas que concurren á la formación histórica del imperialismo son múltiples. Un escritor italiano, F. Amadori Virgili, sostuvo recientemente en un hermoso libro que la esencia del fenómeno imperialista está en el sentimiento colectivo de todo un grupo, pueblo ó raza; ese criterio le lleva á buscar su interpretación en la psicología social. Nosotros creemos, en cambio, que la formación del sentimiento imperialista es secundario y que sus factores genéticos y evolutivos deben buscarse en la economía. Un estado psicológico colectivo es siempre una resultante compleja; sus raíces descienden hasta los últimos factores que propulsan el agregado social convergiendo todos ellos á orientarlo y estableciendo entre sí relaciones de recíproca dependencia y subordinación.

Pero así como el esqueleto da la forma al cuerpo, así como la frondosidad de una selva depende de los materiales nutritivos que los árboles pueden recoger del suelo en que viven y de las condiciones climatéricas de la atmósfera que respiran, los modos de pensar y de sentir de un pueblo son, en primer término, el resultado de sus modos de vivir, es decir, de las condiciones de su desenvolvimiento

económico. Los pueblos, lo mismo que los individuos, piensan y sienten según comen.

Las tres naciones imperialistas son ricas, trabajan más que las otras y se enriquecen más; las cifras de sus presupuestos, el monto de su producción y la cuantía de sus cambios comerciales dan la medida de su potencia y la razón de su primado. Son los países en que se trabaja con mayor tesón. Los empleados de un ministerio en Berlín están ocupados diez horas por día; para cualquier inglés el tiempo es dinero; el yanqui cree en «la vida intensa», predicada por su presidente, como en una Biblia. Las más grandes empresas del mundo manejan capitales ingleses, alemanes y yanquis; la política financiera y colonial de esos pueblos es la más gigantesca. Y para custodiar tan valiosos intereses, encontramos la pletórica organización del militarismo, sólo apreciable en su verdadero valor después de ver una gran revista del ejército alemán y otra de la escuadra inglesa. En cuanto al militarismo yanqui, sabemos que la política imperialista ha coincidido con la organización de una flota poderosísima.

En el proceso constitutivo del régimen imperialista contemporáneo pueden, pues, distinguirse tres fases. El crecimiento de la potencialidad económica corre parejo con el aumento de la población y la expansión territorial, determinando un estado de espíritu que es su reflejo; ese estado psicológico se concreta en una doctrina, encuentra sus hombres representativos y orienta una política; la organización poderosa del militarismo sirve para guardar la espalda á todo el sistema.

*
* *

A medida que se agiganta la grandeza material de un pueblo, se opera en el pensamiento de sus intelectuales una polarización favorable al imperialismo. Dejemos de lado á Walt Withman y á Rudyar Kipling: miremos hacia el Rhin.

Los poetas de la joven Alemania, celebrando la gloria de los antepasados y saludando el magnífico esplendor de una aurora nueva, iluminaron y preludiaron el sueño «en que la Walkyria llamaba á su Sigfrido». Las letras fueron el espejo fiel en que se retrató el alma del resurgimiento alemán; cuando Prusia comenzó á trabajar y organizarse, después de Jena, sus primeras revanchas fueron visibles en el campo literario, poético y filosófico. Antes que Bismarck, Moltke y Roon, los Arndt y los Koerner trabajaron y combatieron por salvar la libertad y la nacionalidad alemanas. Sería absurdo negar que esa larga sugestión de ideales mantenida por los Léssing, los Hérder, los Kant, los Schiller, los Humboldt, ha concurrido eficazmente á formar en la mentalidad colectiva el sentimiento imperialista, dándole expresión tangible. Cuando la mentalidad está formada llega un Bismarck, comprende que las circunstancias son propias para el gran designio nacional y distiende las velas: ese es el secreto del éxito, saber aprovechar oportunamente el buen viento y la marejada vigorosa. Los Hégel y los Delbrück fueron los clarines de batalla; los Moltke y los Roon colaboraron con eficacia de artillería.

Los pensadores evocan la visión de esos claros de las selvas germánicas donde un cazador—tan repetido en los lieds y las baladas de los poetas locales—encontraba algún mago encantador ó escuchaba el eco misterioso de un coro invisible. El rudo caballero se detenía á escuchar las voces ó las

canciones; á su frente el camino obscuro se iluminaba con un resplandor ideal; el cazador suspendía la persecución de su presa, obedecía á la influencia ignota de un sortilegio más fuerte que su voluntad y marchaba ciegamente hacia el fin que le señalara el destino, cuyo intérprete se perdía en la bruma y la distancia, entre los perfumes embriagadores de la selva infinita.

La leyenda simbólica del cazador se realiza con el viejo Guillermo y remata en la consagración de Versalles. Después sigue Bismarck y ahora el nuevo Guillermo.



El imperialismo requiere una educación especialmente adaptada á sus fines.

La vida en Berlín es una incesante acumulación de sugestiones concurrentes á fomentar el sentimiento imperialista, cuya constitución gira sobre cuatro elementos principales: el culto de la gloria nacional, la noción de la jerarquía, el hábito de la disciplina y la intensificación del esfuerzo individual.

El culto de la gloria está en todas las cosas, en todas partes, en todos los momentos. La escuela enseña á idolatrar los grandes factores del nacionalismo alemán. El ejército es una segunda escuela de nacionalismo. La vida civil es la tercera escuela, más eficaz porque es permanente. El alemán vive en un medio favorable al arraigo de los caracteres que son las bases de su mentalidad. Las plazas, las avenidas, los parques, llevan nombres evocadores; por todas partes se ven monumentos triunfales y estatuas conmemorativas; en el ornato de los edificios públicos priman águilas, leones, co-

ronas, bustos de guerreros, trofeos de armas: todas las insignias de la combatividad y de la gloria. Para completar esta sugestión de las cosas sobre los espíritus, el kaiser ha dispuesto que la más hermosa avenida del *Tiergarten* sea flanqueada por una doble fila de estatuas de todos los reyes de la casa de Hoenzollern, cuyas blancas hileras evocan la consabida escena de *Don Juan Tenorio*.

La noción de la jerarquía no es menos intensa en el alma alemana. Toda relación entre los individuos está protocolizada y nadie osa violar el respeto del riguroso escalafón. El kaiser está en la cumbre, naturalmente. Es para todos un semidiós: para todos sin excepción; el mismo Bebel, que suele tronar en el Reichstag (sus truenos oratorios, escandalosos en Berlín, serían infantiles en boca de un Ferri, de un Jaurés ó de un Palacios), tiene íntima admiración por el emperador, si hemos de creer las confidencias oídas de sus propios labios. Descendiendo la escala, todo alemán posee una psicología de funcionario y tiene profundo respeto por la estratificación social. En un ministerio, en un banco, en un hotel, en un taller, en un ateneo, en la vía pública, la jerarquía es sagrada: todos saben cuál es su propio sitio y respetan el sitio ajeno. El «arrivismo» es allí imposible; todos marchan al mismo paso, sin atropellarse. Los mejores llegan más lejos, pero no más pronto.

Contribuye á ello el servicio de los ciudadanos en el ejército, que educa otro sentimiento general: la disciplina. Un joven alemán espera con ansiedad el momento de la conscripción y se enorgullece bajo el uniforme; ser soldado es casi un título, como en otras partes poseer la Legión de Honor ó la cruz de los santos Mauricio y Lázaro. El regimiento da uniformidad á los espíritus, descoyunta

los caracteres originales y vierte en cada soldado la gota de tósigo que paraliza hasta los gérmenes de todo sentimiento de rebeldía; los ciudadanos son conformados bajo el torniquete y salen en las filas como plomo de un molde. El sentimiento antimilitarista, que mina á la Francia, no existe en Alemania, á pesar de los discursos semielocuentes de los diputados democráticos y de los millones de votos que reune el partido socialista. Esos mismos electores rojos llevan dentro, y á pesar suyo, el sentimiento irresistible del imperialismo: sus protestas verbales parecen quejas de amante celosa: gritan más fuerte cuando aman más. La disciplina está en todo. Una gran fábrica funciona como un gran regimiento; los clubs jacobinos se agitan con precisión, orden y automatismo, como un cuerpo de ejército en campo de maniobras. En el gobierno ó en la oposición, en la cátedra ó en la tribuna, católico ó judío, militar ó anarquista, el «hombre alemán» en su tipo medio es, ante todo, un ser disciplinado.

El sentimiento imperialista colectivo imprime al individuo un carácter sumamente útil para el conjunto, y del cual depende la acción eficaz de todo el agregado: el esfuerzo individual. Para la grandeza del conjunto es indispensable la cooperación de las partes con su máxima intensidad. Todo alemán trabaja mucho y con pertinacia, creyendo cumplir así deberes de solidaridad colectiva y coadyuvar á la obra de toda la nación; la magnitud de un gran pueblo es proporcional á la suma de esfuerzos acumulados por el trabajo. Este paralelismo es más perceptible en la época de formación; basta mirar la fiebre de actividad que enloquece á los yanquis y la hipertrofia de su nacionalismo político.

Una estadía en Berlín nos ha valido más, para interpretar la mentalidad de Nietzsche, que la lectura de treinta volúmenes de crítica sobre su personalidad y su obra. Los elementos constitutivos de su espíritu son los mismos que componen el alma nacional de su pueblo en nuestro momento histórico: sólo cambian las proporciones, por la doble influencia del genio ó de la enfermedad, según los casos. El emperador Guillermo es el exponente normal del estado psicológico imperialista en su forma colectiva; Max Stirner es el exponente del imperialismo en su forma individualista; el gran enfermo de Wéimar es el exponente del mismo estado de espíritu, pero en forma patológica, asociando la idea de la superraza con la idea del suserhombre. Nietzsche es la copa que rebalsa; es e pentimiento imperialista que rompe su propio molde: ritmo de ola encrespada por violento aquilón. El «sentimiento de potencia» es una concreción patológica del común «sentimiento imperialista». Es la exaltación mórbida de la raza y del individuo por el culto de los héroes y del esfuerzo personal, es la aspiración al «más alto y más lejos» en favor de la selección y de la jerarquía, remachando la disciplina para los débiles y los siervos, al par que instituyendo una moral de fuerza para los pueblos y los hombres dominadores.

***

El problema de la política imperialista afecta, y muy de cerca, los destinos inmediatos de los países sudamericanos. Su actual independencia es cuestión de forma antes que de hecho; han salido de la dominación ibérica para convertirse en colonias económicas de las naciones europeas y estar

amenazados por la inminente tutela yanqui. Las repúblicas de la América latina sólo existen para las grandes potencias en el mismo concepto de buenos clientes que los territorios coloniales de Asia, Africa y Oceanía.

Sin embargo, el porvenir podría plantear problemas que modificaran esa situación.

La política de los grandes Estados, que hoy asienta sus focos imperialistas en Alemania é Inglaterra, se ha dislocado ya hacia los Estados Unidos y parece que llegará á tener un nuevo centro de energía en el Japón. Si la Argentina y la Australia continúan su rapidísimo desarrollo material, cuya doble condición está en el aumento populativo y en la intensidad de su trabajo, podrán llegar á pesar en la balanza política mundial. En este caso les corresponderá de hecho la tutela sobre los otros países sudamericanos y oceánicos, evolución que las convertirá en nuevos núcleos de actividad imperialista.

No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará eternamente el primer puesto en la civilización humana; se ha desplazado muchas veces en la historia. Acaso, en algún remoto porvenir, las grandes potencias del mundo no sean la Inglaterra que envejece ni la Alemania que vemos en plena virilidad. Después de los Estados Unidos joven y del Japón adolescente, ¿no serán la Argentina y la Australia los pueblos que despierten al imperialismo y adquieran una influencia decisiva en la política del mundo entero?

Los estudios médicos en Berlín

Berlín, 1906.

Hay dos modos de estudiar la enseñanza universitaria de un país.

El uno es fácil, cómodo y trascendental. Se pide el estatuto de las universidades, los planes de estudios de cada Facultad y una colección completa de programas. Sobre tal base puede elaborarse una crítica comparativa con otras universidades, llena de consideraciones tan profundas como fantásticas, asombrosas por su erudita erroneidad. Huelga decir que para ello es absolutamente innecesario visitar el país en cuestión, conocer su ambiente científico, su población estudiantil y los procedimientos de trabajo.

Puede seguirse otra línea de conducta, menos solemne, pero más verídica: ver con los propios ojos los diversos elementos de que se dispone para la enseñanza, frecuentar á los profesores en la cátedra y fuera de ella, visitar los institutos prácticos y experimentales, trabar amistad con los estudiantes mismos. El juicio que se forma de este modo suele ser distinto del anterior. Muchas veces se advierte que en una pobre y mala clínica se llevan á cabo trabajos de primer orden, mientras se pierde lamentablemente el tiempo en otras muy

bien instaladas; una celebridad ruidosa resulta un tonto de capirote, á la vez que un profesorcillo incógnito se revela culto y preclaro; algunas cátedras que tienen magníficos programas son desempeñadas con enternecedora insuficiencia, siendo otras verdaderos focos de irradiación científica, magüer se dicten siguiendo programas imposibles.

En todo—hombres, hechos y cosas—ocurre lo mismo. La distancia deforma, amengua ó agiganta la visión de la realidad; cuando se está frente á ella el defecto óptico se corrige por grados y todo vuelve á sus proporciones normales. Aquí se desvanece un espejismo ilusorio, allá se enmienda una censura injusta.

De algún tiempo á esta parte, los médicos de Ultramar han decidido convencerse de que para aprender medicina es indispensable ir á Berlín, como antes lo era peregrinar á París. Los más ingenuos y entusiastas llegan á creer malo todo lo que no es alemán y magnífico todo lo que allí se hace. No diremos que esa afirmación es completamente inexacta, pero hay que reducirla á límites de relatividad. No es ecuánime asegurar que sólo hay buena enseñanza médica en Alemania ni que todo lo enseñado allende el Rhin merece admiración incondicional, dicho sea con perdón de los médicos que han pasado allí una semana ó un año, para poder contarlo á sus amigos y clientes.

Allí, como en todas partes, hay lados luminosos y puntos obscuros, luz y sombra. Para equilibrar sus cualidades y sus defectos, conviene observar los institutos de cultura profesional, la mentalidad de sus maestros y los hábitos estudiantiles. Es decir, el medio en que se enseña, los hombres que lo hacen y los alumnos cuya mente se cultiva.

Una gran parte de los servicios médicos desti-

nados á la enseñanza está agrupada en el hospital Charité. Es un establecimiento vasto: su conjunto es magnífico. Tiene el defecto común á muchos hospitales de Europa. Fué edificado por secciones sucesivas; junto á pabellones nuevos y confortables coexisten otros viejos y deficientes, cuya inferioridad se acentúa por el contraste.

El mejor instituto científico de Berlín es, sin duda, el de anatomía patológica, cuya cátedra dicta el profesor Orth. Su museo es único. Hay series casi completas de todas las lesiones que pueden afectar los órganos del cuerpo humano; la instalación es cómoda; el criterio de la clasificación muy razonable y el arreglo de las piezas no carece de cierto gusto artístico, hasta donde cabe en un cerebro de sabio alemán. La magnitud de este museo débese, en parte, á la cooperación de muchos profesores de diversas especialidades, los cuales prefieren concurrir á la formación de un gran museo central antes que tener en sus clínicas un pequeño museo particular, á menudo insuficiente.

El instituto de anatomía normal, dirigido por el eminente Waldeyer, tiene un cuerpo de edificio propio; consta de dos pisos y se le está sobreponiendo un tercero. Los museos de embriología, anatomía descriptiva y topográfica prestan excelentes servicios; los anfiteatros están muy bien dispuestos. En cambio, las salas de disección son increíblemente incómodas y desaseadas; hemos visto á los estudiantes trabajando en condiciones molestas y antihigiénicas.

La instalación de algunas clínicas es ejemplar, pero hay varias que deslucen el buen conjunto. El anfiteatro de operaciones del servicio de cirugía está edificado á muchos metros sobre el nivel del

suelo; la parte que corresponde al diámetro del hemiciclo tiene, á guisa de pared, un vidrial transparente. Su altura lo hace visible desde lejos; parece un teatro grecorromano visto desde el escenario. Es casi lujoso. Los operadores se desempeñan bien.

Los servicios de clínica médica tienen anexados buenos laboratorios, algunos museos especiales y un personal de médicos numeroso y disciplinado. No se les regatea recursos. Todos tienen consultorios externos; funcionan puntualmente y se atiende á los enfermos con prolijidad.

Entre las clínicas del Charité llama la atención la dedicada á las enfermedades nerviosas y mentales. Ha sido inaugurada en 1905 y reune todas las condiciones exigidas por la ciencia moderna. Recibe allí, con amabilidad exquisita, nuestro colega Ziehen, neurólogo y psiquiatra de nota, que desempeña la cátedra y dirige el servicio clínico; tiene capacidad para 150 alienados y 60 enfermos nerviosos. Es un solo cuerpo de edificio y está dividido en dos secciones simétricas, la una para hombres y la otra para mujeres; dirigen la primera Henneberg y Forster, la segunda Seiffert. Esta clínica tiene para las lecciones un anfiteatro propio, en el cual no se sabe qué admirar más, si el lujo ó la comodidad; también tiene un laboratorio de anatomía patológica y un museo más que mediocre, dirigidos por Koeppen. En ninguna universidad hemos visto un servicio mejor organizado para esa especialidad médica; al retirarnos felicitamos á Ziehen, y nos respondió en muy mal francés: «Da gusto enseñar en un ambiente como éste.» La observación nos pareció justa en su caso, pero incompleta como regla general. ¿De qué servirían clínicas admirablemente instaladas si en ellas no trabajaran hombres de talento?

Los laboratorios de ciencias físicas y experimentales están perfectamente organizados; Alemania derrocha en su militarismo, pero no regatea en su enseñanza universitaria. Los gabinetes de química, física, fisiología é histología podrían figurar entre los mejores de su género; nada tienen que envidiar á los de Viena, París y Londres. Ya veremos cómo se trabaja en ellos.

El laboratorio de psicología experimental es común á los cursos regulares de la escuela de filosofía y letras y á un curso facultativo de la escuela de medicina. Está instalado en la Doroteenstrasse, á poca distancia de la Universidad. Es bastante mediocre, casi malo, no obstante estar dirigido por Stumpf, profesor de fama y respeto. Consta de cinco salones ocupados por instrumentos de fisiología del sistema nervioso, uno para cada sentido. No es un laboratorio de psicología, sino de fisiología de los sentidos; no responde al concepto amplio y moderno de los estudios psicológicos. Su punto de vista es más atrasado y estrecho que el de los escasos laboratorios similares organizados en los Estados Unidos, Francia, Italia é Inglaterra.

En resumen, el ambiente de los estudios médicos es muy bueno, no obstante algunas deficiencias en pocos servicios clínicos y en ciertos laboratorios.

*
* *

Pero lo dicho: no basta una buena vidriera para juzgar la calidad de un artículo.

El valor científico del personal docente es muy alto si lo medimos por sus astros de primera magnitud. La escuela de Berlín puede estar orgullosa de contar á Waldeyer y Hertwig como profesores de anatomía, de tener á Fischer en la cátedra de

química, á Schwenderer en la de botánica, á Schultze en la de zoología, á Engelmann en fisiología, á Orth en anatomía patológica, á Bumm y Olshausen en obstetricia, á Ziehen en nerviosas y mentales, á Hildebrant y Bergmonu en cirugía, etcétera. Son notabilidades universales.

Esas estrellas de primera magnitud no constituyen la Vía Láctea; la condición primordial de su valor científico es la mediocridad paciente y disciplinada del personal secundario. Si éste fuera inteligente, ó creyera serlo, incomodaría á los maestros, como ocurre en muchas universidades latinas. Los jefes de clínicas, médicos agregados, jefes de laboratorios, etc., tienen una mentalidad inferior y un concepto estrecho de sus funciones; esas cualidades negativas, asociadas á una prodigiosa laboriosidad, hacen de ellos perfectas máquinas de trabajar, cuya utilidad es inmensa para el sabio de talento que los dirige. Esa es la clave del progreso científico en Alemania; los mediocres se creen honrados obedeciendo y sirviendo á los superiores.

En ningún otro país hemos visto análogos prodigios de resignación satisfecha. Allí se encuentra un médico que desde hace treinta años y durante diez horas diarias efectúa análisis de la sangre; otro ha practicado un millón de cortes microscópicos del hígado ó de la médula; vimos un médico agregado que desde hace medio siglo afila los instrumentos de cirugía. No saben absolutamente nada más, y lo que es más singular, no conocen el objeto de los trabajos que realizan. El analizador de sangre no ha visto jamás á los enfermos correspondientes; el que corta médulas é hígados no sabe á quién pertenecieron y sólo se propone multiplicar las colecciones del profesor á quien obe-

dece; el que afila instrumentos no ha operado jamás, ni siquiera le permiten dar cloroformo. Este sistema de regimentación es conforme al estado contemporáneo del espíritu nacional.

Las observaciones precedentes acerca del personal científico de la primera escuela médica alemana, autorizan á hacer una inducción de índole general.

Todos los que llegan á ser profesores notables han pasado por el rudo cedazo de la carrera; pero adviértase que sólo llegan cincuenta hombres de talento sobre mil aspirantes que no lo tienen. Ninguno de los ilustres sabios que hemos nombrado, absolutamente ninguno, pierde ahora su tiempo en trabajos de laboratorio ó experimentales. Cada uno de ellos tiene á sus órdenes una cohorte de colegas subalternos, especializados en trabajos que requieren mucho tiempo y paciencia, los cuales aceptan de buen grado su posición obscura, lejos de la gloria y aun de la simple notoriedad. Son estos mártires ignorados los que viven veinte ó cincuenta años sobre un microscopio ó entre los tubos de cultura, ganando entre 100 y 200 marcos, trabajando para un profesor de talento y sin el estímulo de realizar obra propia ó de llegar por sí mismos al más modesto descubrimiento.

En eso, que para los latinos es un defecto, reside la fuerza de los maestros de la escuela médica alemana: sentimiento de la jerarquía y división del trabajo. Es un caso particular de la mentalidad imperialista.

Los latinos suelen interpretar erróneamente esos hechos, inclinándose á creer que la vida de laboratorio basta para hacer de un tonto un hombre de talento y de un mediocre un sabio. No es así; el régimen alemán de trabajo sólo sirve para

que el tonto y el mediocre se conviertan en obreros útiles al servicio de los hombres superiores. El edificio científico es el producto de una labor común, para la cual ningún esfuerzo es despreciable; los hombres de talento son los arquitectos que dirigen, los demás son hábiles peones que apilan un ladrillo sobre otro para concurrir á una obra cuyo concepto y finalidad ignoran.

Los latinos escollan contra una dificultad seria; todos se creen arquitectos y menosprecian la situación del peón. Sin embargo, como todos no tienen capacidad para arquitectar, algunos acaban por creer que basta trabajar de peones para ser arquitectos; entonces proclaman la excelsitud del trabajo minucioso y pertinaz—el único que está á su alcance—, olvidando que ningún sabio ilustre de Alemania agota su talento en esa humilde faena. Los maestros han sido siempre espíritus generalizadores y sintéticos.

No obstante ese error de concepto, creemos que la importación de hombres de trabajo alemanes sería muy benéfica para nuestra enseñanza superior; ellos darían el buen ejemplo de laboriosidad y disciplina que tanto necesita la gran masa de los hombres de estudio. Mientras no exista ese elemento subalterno, los hombres de espíritu superior no podrán realizar una enseñanza brillante y fecunda.

Al fin y al cabo el mérito del que nace con talento no es mayor del que nace sin él. Lo único provechoso para todos es que cada cual acepte con dignidad el puesto que le señalan sus aptitudes y trabaje con la mayor intensidad por el adelanto de la ciencia. Sin arquitectos no se hacen edificios; pero tampoco es posible hacerlos sin peones.

***

Lo dicho sobre institutos de enseñanza y personal docente permite algunas conclusiones.

La impresión general acerca del ambiente de estudio es óptima; las instalaciones y los materiales de trabajo no desmerecen de los de otras universidades tenidas por las mejores. Hay maestros de talento que honran á la escuela; detrás de ellos se mueve una multitud infatigable que les sirve de pedestal. El sentimiento de jerarquía y de disciplina permite el trabajo en común, sin que nadie incomode á los demás.

¿Un médico argentino debe ir á Berlín?

Sí; debe ir, lo mismo que á París, á Roma y á Tokío.

Pero no irá á aprender medicina. Si no la sabe puede quedarse en Buenos Aires, donde tiene iguales elementos de estudio é infinitamente más facilidades. El alumno que regresa de la Escuela de Medicina de Berlín, París ó Viena, tiene una cultura médica general inferior á la del que estudia en Buenos Aires; esta observación puede extenderse á todas las escuelas médicas europeas, sin excepción.

El médico debe ir sabiendo ya medicina, y si es posible, con una especialidad hecha; en esas condiciones podrá discernir lo bueno y lo malo que hay en cada escuela, aprender muchas cosas y enseñar otras tantas.

En Berlín aprenderá á trabajar muchas horas por día y á ser una rueda de un vasto engranaje científico, donde muchos fatigan y pocos brillan. En cuanto á creer que basta ir á Alemania para ser sabio y tener talento, nos parece tan eficaz como los candiales y los caldos de gallina.

La Escuela de la Felicidad

París, 1905.

Existe. Hemos conocido sus profesores y asistido á sus cursos. Reina en ella un ambiente de verdadera felicidad. Gente sana, activa, optimista y alegre; es decir, gente feliz. Paulina Lombroso publicó hace algunos años un libro sobre *La Psicología de la Felicidad;* nosotros, en un juicio crítico publicado en Buenos Aires, llegábamos á esta conclusión consoladora: la felicidad es una autosugestión, lo mismo que la infelicidad. Creerse feliz equivale á serlo.

Los filósofos y los reformadores sociales suelen buscar las bases de la felicidad en la moral ó en la economía política. Los vegetarianos la buscan en la supresión de la carne, los politiqueros en el látigo de un caudillo providencial, los militares en una guerra bastante mortífera, los agricultores en la extinción de la langosta, los anarquistas en la supresión de la autoridad, los caballos de tiro en la difusión del automóvil. ¿Dónde está la felicidad? ¿Qué es la felicidad?

La respuesta es sencillísima. No hay «una» felicidad, hay felicidades. Cada hombre aspira á una felicidad distinta, por la muy simple razón de ser

cada hombre diferente de los demás. La desigualdad humana es la clave de los más interesantes problemas de psicología individual y social. Cada hombre tiene antepasados diferentes, ha vivido bajo climas diversos, recibió una educación especial, tiene amigos y afectos distintos, desempeña tal empleo ó ejerce cuál profesión, es casado ó viudo, joven ó viejo, rico ó pobre, inteligente ó idiota, ilustrado ó ignorante, sano ó enfermo, rubio ó mulato, gallardo ó cojo, etc. Por eso la preocupación de los filósofos y los utopistas se ha estrellado siempre contra la realidad: han buscado *la* felicidad de *el* hombre, sin reparar en que hay tantos ideales de felicidad como hombres existen en la superficie de la tierra. Los inventores de religiones han sido más sensatos que los filósofos y los utopistas; comprendiendo que no era posible resolver la cuestión, la han desviado. Ofrecer á todos los fieles una misma felicidad determinada, era exponerse á la protesta de los inevitables descontentos. De ahí que la mejor solución les pareciera suprimir de hecho la felicidad, ó lo que es lo mismo, relegarla al otro mundo.

La ciencia es más modesta. Sabe que la felicidad es relativa; estudia las condiciones mas propicias para que cada hombre pueda creerse feliz é indica los medios para ponerle en esas condiciones. ¿Puede ser más claro y sencillo el objeto de una escuela de la felicidad?



El doctor Paúl Valentín, director de *La Vida Normal,* se ha propuesto establecer esa ardua enseñanza. Cree que la psicología es muy buena en los libros y en los laboratorios, pero considera que

será mejor si aplicamos sus conocimientos á embellecer é intensificar la vida. Su iniciativa es novedosa y responde á una de las necesidades más evidentes de nuestra época: la necesidad de equilibrio y de salud. Ese es el problema. Sin salud y sin equilibrio no hay felicidad. Es necesario ser sano y normal para ser feliz; debe curarse el organismo para orientar la mente hacia la dicha. Después de todo, no haremos sino volver al clásico *mens sana in corpore sano.*

En la Escuela de la Felicidad se ha agrupado una falange de apóstoles decididos á luchar, cada uno en su esfera, contra los errores evitables que nos hacen flojos, cobardes, tristes y desalentados. Se inspiran en los principios de la psicología positiva y fundan la realización práctica de la felicidad sobre el conocimiento integral del hombre. Creen que la perseverante demostración de ciertas verdades elementales conseguirá sembrar en los individuos algunas ideas justas; una educación racional y una sabia utilización de las energías individuales deben traer por resultado una rarefacción de los dolores humanos, de las causas de infelicidad.

El doctor Valentín plantea el siguiente dilema: Si la conquista de la felicidad no está sometida á ninguna condición, poco importan los medios para alcanzarla; si ella está sometida á condiciones tangibles y concretas, debemos investigarlas, conocer sus posibles desviaciones y estudiar la manera de normalizarlas.

Esas condiciones existen: el psicólogo las conoce. Por haberlas desdeñado, los teóricos de la moral se limitaron siempre á promulgar doctrinas y preceptos demasiado sublimes para ser eficaces. Juzgando á los demás según ellos mismos, no veían

que desde su torre de marfil elaboraban un código abstracto de conducta, adaptado á un estado social perfecto.

El hombre real no cabe en los ficticios esquemas de las teorías metafísicas; posee instintos poderosos que se burlan de las quimeras más respetables cuando supone ó intuye que son demasiado elevadas para referirse á él. Solamente le interesan los móviles de actividad libres de ficción y de ilusiones; cada día es más imperiosa la necedad de fortificarse en el ejercicio de «virtudes útiles». El hombre no debe aceptar máximas hermosamente irrealizables ni doctrinas en que las palabras reemplazan á los hechos; debe exigir prescripciones aplicables á la vida real, que reflejen para su uso las leyes de la Naturaleza y le aseguren los goces efectivos de una existencia digna de ser vivida, aquí mismo y ahora, sobre el planeta.

Corresponde á los psicólogos formular ese nuevo objetivo moral: el arte de vivir bien debe conciliar progresivamente las más legítimas satisfacciones individuales con el interés común del agregado social. El psicólogo, familiarizado con los datos de la biología—ciencia de la vida, en todas sus fases y condiciones—, no puede separar la conciencia de sus condiciones orgánicas: él la ve nacer en todas las funciones del cuerpo, sintetizarse en ciertas actividades superiores del cerebro, desarrollarse, expandirse, desagregarse, siempre de acuerdo con los órganos mismos que la determinan. Según la estructura hereditaria y las aptitudes evolutivas de nuestro cerebro, nosotros estamos predispuestos á sentir determinadas influencias, á beneficiar de ciertas ventajas, á sufrir especiales perturbaciones.

La vida es ya un terreno conquistado por la

ciencia: la actividad del espíritu es una función propia de la materia viviente. Vivir bien implica pensar bien; pensar bien es adquirir la conciencia de la propia felicidad. Enseñar á vivir bien significa enseñar á ser feliz.

***

De ahí surge una concepción positiva de la vida: la felicidad depende del funcionamiento fácil, vigoroso y regular de un buen mecanismo cerebral, subordinado á la actividad equilibrada de todo el organismo. Desde el punto de vista fisiológico, los hombres somos transformadores de fuerza, más ó menos bien adaptados al trabajo que ejecutamos; pero somos transformadores infinitamente delicados, sensibles en extremo á las imperfecciones de nuestros engranajes y á la fatiga de nuestros órganos.

La especie humana sufre por el desequilibrio íntimo y complejo de las relaciones que deberían existir entre los placeres y las actividades provechosas, entre los dolores y las actividades nocivas. Si los hombres fuesen normales—es decir, si todas sus funciones se ejercieran en absoluta concordancia con las exigencias combinadas del organismo y de su medio—, todos ellos gozarían de un excedente de sensaciones agradables y el problema de la felicidad estaría resuelto para ellos.

Nuestros vicios corresponden á una tara biológica, conocida ó ignorada, que nos impide la expansión completa y regular de nuestra personalidad. Nuestras fallas provienen de estados afectivos é intelectuales más ó menos mórbidos, subordinados á trastornos nerviosos congénitos ó á una perturbación nutritiva de los centros cerebrales. Los

impulsos irresistibles, las pasiones desenfrenadas, las obsesiones peligrosas, la pereza, la falta de voluntad, la tristeza, la pérdida de la atención, la decadencia de la memoria, las alternativas propias de la instabilidad mental, son exponentes psicológicos de transformaciones materiales que afectan á las funciones del organismo. Esos factores de desequilibrio son otras tantas causas de infidelidad y dependen de un cerebro sin organización, ineducado ó exhausto por un trabajo impropio ó excesivo.

La psicología clínica ha demostrado fácilmente estas verdades; de ellas se desprende un nuevo criterio para el tratamiento de las enfermedades del espíritu, de los «dolores del alma», si se nos permite hablar en términos extracientíficos. Prescindir de las nociones positivas en la solución de los problemas morales es un absurdo. Metchnikoff ha dicho eso mismo en una fórmula feliz: «Cuanto más exacta y precisa deviene una noción, tanto menos tenemos la libertad de prescindir de ella.» El mecanismo de las funciones psíquicas es ya bastante conocido—en la salud y en la enfermedad—para permitir un bosquejo aproximado de lo que debe ser la vida normal, es decir, una vida activa, inteligente y sana, conforme á las necesidades de la evolución individual y á las exigencias del medio en que el hombre vive.

* * *

La psicología positiva, enseñándonos á ver claro dentro y fuera de nosotros, dándonos la noción del esfuerzo útil, definiendo las condiciones biológicas de la felicidad humana, nos mejora, nos fortalece, nos suaviza, nos instruye. Gracias á ella

podemos justipreciar el valor de nuestras propias ideas y sentimientos, discerniendo los frutos sanos de la salud mental y los frutos enfermizos del desequilibrio ó la perversión. Bajo la mentira de las palabras y la máscara de las actitudes, aprendemos á despistar las formas infinitas de la inquietud mental y de las neurosis.

La psicología nos enseña á evitar los caminos tortuosos, nos aleja de la maraña en que cae todo cerebro desequilibrado. Gracias á ella podemos distinguir los verdaderos trabajadores del pensamiento de los utopistas, metafísicos y grafómanos, que cada día estorban más en el campo de las letras, las ciencias y la política. En su órbita caben el estudio y la profilaxis del individuo y de muchas taras sociales. Ella nos da también una explicación, un alivio ó un remedio para muchos estados depresivos: la cólera, los celos, la pereza, la timidez, las malas inclinaciones, el delito, el suicidio, ¿no son otras tantas causas de infelicidad?

Entrando al terreno clínico, la psicología estudia fenómenos más graves, aunque menos frecuentes: la obsesión, la alucinación, el sonambulismo, los desdoblamientos de la conciencia, todas las formas de la degeneración mental, la locura moral, las excentricidades, los fenómenos llamados espiríticos y extranormales, etc.

¿Cabe dudar que todos esos factores de desequilibrio mental impiden al individuo llegar á la autosugestión de la felicidad? Un hombre que sienta cualquiera de esos trastornos ó enfermedades de su personalidad, no puede creerse feliz; y mientras no cree serlo, no lo es.

Estudiando esos trastornos, la psicología contribuye á orientar la sensibilidad, á moderar la imaginación, á reposar el juicio, á educar la voluntad.

Dándonos una idea más justa y más coherente de nuestras legítimas ambiciones terrenales, ella nos arranca á la duda y al pesimismo, templa nuestro ánimo, nos da un sentido ecuánime de la vida y esa confianza en nosotros mismos sin la cual no serviríamos para nada.

Por eso cabe esperar de ella nuevos y fecundos principios de educación integral, de ortopedia del espíritu y de estética de las pasiones. Ella podría darnos las bases para una moral verdaderamente práctica, ajena á toda estrechez ó intolerancia. Para la psicología el mal es una violación de las leyes fisiológicas que rigen la vida humana en su propio funcionamiento y en sus relaciones con el medio; ello busca sus causas y puede sugerir algunos remedios. Aspira á sustituir los hábitos cerebrales por otros mejores, orientando la evolución del individuo en el sentido más favorable al cumplimiento de todas sus funciones.

***

El papel de la psicología aplicada es muy sencillo ó muy complicado, según el talento, la ilustración y la experiencia del psicólogo. Es evidente que para devolver la felicidad á los espíritus que la han perdido se necesita algo más que el mentalista á la antigua, simple «médico de locos» ó escrupuloso administrador de manicomios; entre ese y el psicólogo científico media un abismo, como entre el alquimista y el químico.

El tratamiento de la infelicidad—es decir, de sus causas orgánicas y psicológicas—reviste dos fases. La una es curativa y la otra profiláctica.

La parte curativa tiende á llenar dos indicaciones. La primera consiste en devolver al organismo

en general, y particularmente al cerebro, todas las fuerzas vivas que necesita para su completa actividad funcional; esta es la fase médica de la cura. La segunda se propone regularizar el gasto de esa fuerza viva para mayor provecho del sujeto, buscando la sinergía funcional de los diversos centros cerebrales indispensables á la afirmación de una voluntad firme y serena.

La parte profiláctica entra en el dominio de la moral positiva. El conocimiento de las funciones psíquicas normales y anormales autoriza á trazar las líneas de una vida «activa, inteligente y sana», según la fórmula favorita del doctor Valentín. Todo ser humano tiene derecho á la felicidad; para alcanzarla debemos aconsejarle que siga la conducta que le permita realizar el máximum posible de vida, sin vulnerar el derecho análogo de sus semejantes. La profilaxis de la felicidad consiste, pues, en la vida intensa.

¿Cómo obtener ese resultado?

Es necesario denunciar todas las mentiras convencionales y las falsas fórmulas de moral que esclavizan el espíritu del hombre y le entregan sin defensa á los más astutos y audaces; las concepciones místicas y novelescas de la vida terrenal deben reemplazarse por nociones positivas, fundadas en la observación sistemática de la realidad; conviene perseguir el equilibrio necesario de las actividades orgánicas y psíquicas bajo el contralor de un cerebro dueño de sí mismo; nunca debe buscarse fuera de la Naturaleza el remedio para los males que sufrimos y para conquistar las ventajas que nos está permitido anhelar:

***

La Escuela de la Felicidad—según confesión de su fundador en el discurso inaugural—no pretende resolver, con una palabra ó una plumada, todas las cuestiones que implica el problema así planteado. Sólo quiere ser el primer núcleo de acción en la propaganda activa de la psicología aplicada.

Sus conferenciantes se colocan en el cuádruple punto de vista científico, literario, musical y pedagógico. En casa del director, que nos brindó una recepción magnífica, hemos visto reunidos á más de cincuenta médicos, literatos, músicos, artistas y críticos de ambos sexos. Es imposible asegurar que todos ellos fueran felices; pero lo parecían. Lo único indudable es que el ambiente no podía ser más intelectual ni amistoso.

Allí cada uno enseña lo que sabe: todos discuten, todos aprenden. Un tema de arte empalma con uno de filosofía, en seguida se habla de estética ó de ciencia, se ejecuta buena música de Beethoven ó de Wágner, se comenta á Spencer ó á Ribot, salen á danzar Brunetière y Tolstoi, el último drama de Richepin, la reciente novela de Gorki, la ópera de Massenet, el volumen de Flammarión, todo, hasta los últimos versos de Rubén Darío. Ignoramos si esto es eficaz como Escuela de Felicidad; pero es hermoso, agradable, y la gente allí reunida se cree feliz.

¿Esta Escuela de la Felicidad es, acaso, una asociación de gente feliz que se distrae filosofando sobre la infelicidad ajena? Pedimos anticipadas disculpas á su eximio director. Nos asaltan dudas; la cosa en teoría está muy bien, pero nos parece que con tan hermosa escuela no disminuirá la proporción de infelices. Conocer psicología y saber aplicarla á la vida, será siempre un privilegio de pocos elegidos.

Una conferencia en la Sorbona

París, 1906.

Defiriendo á una invitación del profesor Jorge Dumas, presidente de la Sociedad de Psicología de París, el viernes 6 de Julio, un médico argentino tuvo la honra de disertar en el anfiteatro Michelet, en la Sorbona, ante los más distinguidos neurologistas y psicólogos de París. El hecho, bastante significativo como índice de la estima que por la ciencia argentina comienza á tenerse en el viejo mundo, merecería comentarios que preferimos no hacer.

El tema de esa disertación médica puede interesar á profanos y profesionales; lo resumiremos suprimiendo las consideraciones técnicas y limitándonos á referir algunos hechos singulares; más parecen fruto de fantasía abundosa que tristes consecuencias de la enajenación mental.

La imaginación poética, en esto como en otras cosas, ha sido precursora de la ciencia. El monumento magnífico que nos legó Ovidio en sus *Metamorfosis* será, en todo tiempo, la fuente más copiosa de invenciones respecto de la transformación de los hombres en animales ó en seres inanimados. Quien guste de frecuentar á los clásicos latinos,

recordará las sorprendentes aventuras mitológicas que dieron por resultado la metamorfosis de Lycaón en lobo, de Dafnis en laurel, de Yo en ternera, de Siringa en rosal, de Pilomena en ruiseñor, de Calixto en osa, de Acteón en ciervo, de Marsias en río, de Narciso en flor.

La lectura del propio Ovidio ofrece á los alienistas la clave del vocablo licantropía con que suelen designar la transformación del hombre en lobo, y por extensión, en cualquier animal. En su libro primero cuenta que Júpiter, alarmado por los crímenes de los mortales, reunió á los dioses en el Empíreo, á fin de resolver sobre los castigos á que los hombres se hacían acreedores. Para mostrar á sus colegas en divinidad los excesos de la perversión terrenal, narró la infamia y el castigo de Lycaón. Deseando ver de cerca las felonías humanas, Júpiter descendió del Olimpo, ocultando su divinidad bajo humildes formas. Franqueó el Ménalo, espantoso refugio de fieras, después el Cileno y por fin el fresco Liceo coronado de pinos. Caía el crepúsculo cuando penetró en el palacio inhospitalario del rey de Arcadia. El pueblo rindióle homenajes, pero de éstos burlóse Lycaón. A fin de probar si era dios ó mortal, durante la noche, mientras Júpiter dormía, se preparó á asesinarlo; mientras tanto, para no perder tiempo, degolló á un emisario de los molosos, hizo hervir un parte de sus miembros palpitantes y asó la otra sobre un brasero. En cuanto hubo servido ese abominable desayuno, el rayo del dios derribó su palacio y sus penates.

Lycaón huyó espantado; en el silencio de las campiñas lanzó sus aullidos y en vano intentó hablar. Llevado por su ira y su ansiedad carnívora, diezmó los rebaños, gustando de embriagarse

en sangre. Sus vestidos se trocaron en pelos hirsutos y sus brazos en piernas. Metamorfoseado en lobo, conservó vestigios de su forma primitiva: el mismo color de pelo, la misma violencia de líneas fisionómicas, el mismo relampagueo vivaz de la mirada, la misma expresión de ferocidad insaciable.

***

Los alienistas pueden, pues, remontar al discípulo de Propercio la paternidad de la palabra licantropía, con que designan ciertos hechos clínicos harto extraños.

Esa concepción poética de las metamorfosis, repetida por otros artistas, arraiga en creencias universalmente difundidas entre los pueblos primitivos. Cualquier folklorista podrá contar cien leyendas de personajes malignos transformados en fieras errantes que vagan por los bosques y los caminos acechando al viajero apacible. La Edad Media, con su enfermizo recrudecimiento de misticismo, creó centenares de leyendas análogas. La ingenua población rural suele creer en ellas todavía; cualquier abuela de Bretaña, Galicia ó Calabria, sabe contar diez historias de esa índole para asustar á sus nietos traviesos.

Esas mismas leyendas suelen ser explotadas por los pícaros contra los tontos, motivando episodios de resonancia puramente policial. El hombre-chancho, el hombre-perro, el hombre-burro, la viuda, etc., son nuestros conocidos de la infancia; los suburbios de Buenos Aires conocieron á esos falsos licántropos, que de ordinario acabaron sus días en un calabozo ó por el castigo de una bala certera.

Tales creencias absurdas tienen, sin embargo, un reflejo inconsciente en el espíritu humano. Por eso, cuando la enfermedad desorganiza los sentimientos y las ideas del hombre, aquéllas salen á flote é invaden la conciencia, creando ese trastorno mental que constituye el delirio de licantropía y los demás delirios de metamorfosis.

El médico argentino no se ocupó de esas cuestiones, más interesantes para el arte y la etnografía que para la medicina mental. Trató, simplemente, de fijar el sitio que corresponde al delirio de metamorfosis en la psicología clínica, señaló sus diversas formas y analizó el mecanismo psicológico de su constitución en el espíritu de algunos alienados.

***

¿Puede un hombre dudar de que es él mismo? ¿Puede suponer que se ha cambiado en otro? ¿Puede creer que es un animal ó una planta?

Suele llamarse delirio á cualquier estado de confusión é incoordinación de la actividad mental, generalmente acompañado de inconsciencia ó subconsciencia, sin que exista un núcleo de ideas que prevalezcan de una manera constante sobre las demás: en este sentido se habla del delirio que acompaña á la fiebre ó á la embriaguez. Pero los psiquiatras tienden á dar al vocable una acepción más restringida. Llaman delirios á ciertos sistemas más ó menos complejos de ideas falsas que se refieren al yo en sus relaciones con el medio; los ejemplos más notorios son el delirio de las grandezas y el delirio de las persecuciones. El carácter del delirio no depende tanto de lo erróneo de las ideas en sí mismas como de su contraste con la personalidad anterior del sujeto ó con las relacio-

nes reales entre éste y su medio. Las ideas de exaltación personal, que nos parecen normales en Roosevelt, Hugo ó Wágner, serían delirios en un barrendero, un payador de club electoral ó un tocador de organillo callejero.

Algunos delirios afectan las relaciones entre el yo y las condiciones del medio social en que el sujeto vive; otros afectan la conciencia de la personalidad, del yo, independientemente de esas relaciones. El delirio de la metamorfosis pertenece á estos últimos.

Esos cambios de la personalidad pueden afectar el sentimiento ó la idea de sí mismo.

El sentimiento puede estar elevado; se forman ideas secundarias fundadas sobre una falsa conciencia del propio vigor, de capacidad, de actividad ó de aumento de energía; los médicos llaman á eso «euforia» y alguien, más atrevidamente, lo llamó «delirio de salud». Puede estar disminuído y acompañarse de ideas de incapacidad, pereza ó debilidad, produciendo un empequeñecimiento y decadencia del yo. Puede, por fin, estar alterado; entonces hay sensación de fastidio, malestar ó modificación indefinible del organismo, una de cuyas formas vulgares es la nosomanía ó «manía de enfermedad».

El delirio de metamorfosis no consiste, sin embargo, en un trastorno del sentimiento de la personalidad; se refiere á la representación del yo, al conocimiento de sí mismo. Las perturbaciones de ese conocimiento pueden ser totales ó parciales.

En el primer caso fórmase un nuevo concepto de la personalidad. Con relación al estado anterior del sujeto pueden ocurrir tres fenómenos distintos: 1.° El nuevo yo reemplaza al antiguo y el sujeto se cree transformado en otra persona; en nuestro

Hospicio hay un sastre que se ha vuelto emperador y un pelapapas que se considera duque de Orleans y de Angulema. 2.° El nuevo yo se altera por temporadas con el antiguo, produciendo diferencias periódicas en la inteligencia y en el carácter del sujeto; una histérica solía creerse niña durante ocho días por mes, procediendo como si realmente lo fuera. 3.° Los dos yo coexisten, teniendo el sujeto dos ó más personalidades discordantes ó contradictorias al mismo tiempo; así ocurre en muchos casos de locura de la duda, en que el sujeto siente que un yo quiere una cosa y el otro quiere la contraria, viviendo en pena como el asno de Buridán.

En el segundo caso los trastornos del conocimiento de sí mismo son parciales. En algunos enfermos se modifica la conciencia de la unidad é integridad del yo físico; el sujeto cree que le han cambiado el hígado, que su corazón se ha petrificado, que en su cuerpo se alojan animales raros ó seres sobrenaturales. Otras veces el sujeto, sin perder la noción de su propia identidad, cree haber sufrido algún cambio importante respecto de la especie, el sexo, la composición ó el volumen de su cuerpo; un alienado se cree convertido en animal ó en árbol, otro cree que se ha vuelto mujer, alguno certifica que su cuerpo es de vidrio y no se mueve por temor de quebrarse, y por fin, los hay que creen tan agrandado su cuerpo, que se desnudan temiendo ser ahogados por la estrechez del traje.

Estos últimos casos corresponden al delirio de metamorfosis. El sujeto cree que sigue siendo el mismo, pero supone que se ha transformado como si pesara sobre él una venganza de dioses paganos.

***

Esa forma de locura no es nueva. En todo tiempo hubo desgraciados que se creyeron convertidos en animales. En la Edad Media el hecho era frecuente, revistiendo algunas veces todos los caracteres de verdaderas epidemias psíquicas. La sugestión, actuando sobre espíritus predispuestos, explica el fenómeno.

Los desequilibrados y débiles mentales tienen un cerebro que funciona mal y se dejan influenciar por el desequilibrio ajeno. Cada época y cada ambiente están preparados para determinadas sugestiones, que sirven de levadura para la fermentación de tal ó cual fanatismo; las crisis religiosas, las sectas políticas y sociales, el espiritismo, el ejército de salvación, el vegetarianismo, son castillos de quimera elaborados por cerebros incapaces de espíritu científico, sobre alguna idea que flota en el ambiente y que suele contener cierta partícula de verdad. El estado mental de los sectarios es uniforme; sólo cambia la dirección del viento que los arrastra y las formas exteriores de la fe sectaria. Tanto significa el crucifijo en manos de Juana de Arco como el puñal en las de Carlota Corday y la bomba explosiva en las de Luisa Michel.

En la Edad Media, durante una crisis de fanatismo religioso que llenaba los espíritus de preocupaciones diabólicas, floreció la licantropía junto con la magia, la posesión, el sucubismo, etc. El doctor Ramos Mejía, entre otros, se ha ocupado de estos fenómenos y de su rol en la historia.

Ahora la licantropía es menos frecuente; sin embargo, no es excepcional, especialmente en los histéricos. El conferenciante lo aseguró así: en las clínicas de enfermedades nerviosas y mentales de Buenos Aires, Italia, Francia, Alemania, Londres

y Viena, ha podido observar treinta y cuatro casos de delirio de metamorfosis, entre los cuales figuran veintidós de licantropía propiamente dicha.

Algunos de los casos referidos en la Sorbona son curiosos; si no mediara la circunstancia de ese gran dolor humano que es la locura, diríamos que son divertidos.

*
* *

Narró de una histérica, hermosa joven prusiana que vió en la clínica del profesor Ziehen, en Berlín, que por su carácter irreductible hacíase acreedora á severos tratamientos de parte de su familia. La idea de que «la trataban como á perro» invadió poco á poco su cerebro instable; bastaron pocas semanas para que llegara á esta conclusión: «Me tratan así, luego soy un perro.» En breve tiempo adaptó su conducta á esa idea; vivía tirada en un rincón, andaba en cuatro pies, comía directamente en el plato sin usar de las manos, rehuía toda indicación higiénica, y cuando le hablaban contestaba ladrando. Fué menester recluirla; gracias al aislamiento y á sugestiones hábilmente efectuadas, curó de su delirio, volviendo á creerse mujer en vez de perro.

Parecido al anterior es el caso de una joven argentina, histérica también. Su salud endeble inducía á su familia á prestarle toda clase de cuidados y atenciones, á punto de cohibir su libertad personal. La enferma comenzó á preocuparse de esa tutela; razonando acerca de su situación, infirió que la trataban así porque se había transformado en una niñita, constituyéndose en su espíritu entidades silogísticas particulares. En torno de éstas se asociaron otras ideas semejantes, hasta constituir

el sindroma complejo que los mentalistas llaman «delirio de infantilismo».

En los casos mencionados el delirio de metamorfosis es inicial. Otras veces sobreviene como complicación ó transformación de otro delirio preexistente. Un individuo con ideas de persecución llega á inferir que se le persigue á causa de su temibilidad y se le ocurre que se está transformando en una fiera. Cada uno de sus semejantes le parece un cazador; basta un año para que el delirio de metamorfosis reemplace al delirio de las persecuciones. Este caso, observado en el Asilo de Santa Ana, en París, es sumamente raro, aun para los especialistas. Existe una clase de perseguidos que suelen transformarse en megalómanos, para caer después en un estado de demencia final; en este enfermo la licantropía reemplaza al delirio de las grandezas, pues la situación de fiera temible equivale para el enfermo á la de genio, emperador ó profeta.

En esas observaciones la transformación de la personalidad es el producto de una lógica enfermiza; las tres metamorfosis son de origen razonante y pertenecen al grupo de los delirios por inferencia.



Otras veces el falso raciocinio es secundario; el delirio es el resultado de una interpretación errónea de ciertas percepciones inmediatas. La idea delirante nace de ilusiones y alucinaciones que invaden la conciencia, perturban la integración de las imágenes en ideas, descomponen las asociaciones ideativas preexistentes y acaban por constituir un sistema de representaciones que no corresponde á la realidad.

Uno de los casos más típicos es el de un degenerado mental que sufre ilusiones y alucinaciones olfativas, creyendo percibir olores imaginarios y reconocer todas las personas y objetos por su olor. Después de algún tiempo comienza á interpretar esos fenómenos como el producto de su transformación en perro de caza. En ese estado lo vió el conferenciante en el manicomio de Villejuif, donde tiene su laboratorio de psicología experimental el doctor Toulousse; el enfermo pasaba el día ocupado en oler todo lo que estaba á su alcance, ladrando, saltando en cuatro pies y asumiendo actitudes de galgo acechando la presa.

Otro enfermo, cliente forzoso de la Sala de observación de alienados, en Buenos Aires, era también degenerado mental y alcoholista crónico. Sufría alucinaciones del oído y de la sensibilidad orgánica general. Al principio oía voces que le decían que era un burro; el enfermo conservaba la noción de su personalidad primitiva, limitándose á creer que tenía un burro dentro de su cuerpo, alojado en el estómago. Bien pronto las alucinaciones cambiaron de carácter. Las voces ya no eran externas, síno internas: el mismo burro le hablaba desde el estómago. La convicción era completa: cuando el asistente de la clínica, don José Fariña, le ofrecía de comer, el enfermo iniciaba un diálogo con su huésped y tomaba sus resoluciones de acuerdo con él. En un período siguiente el burro le advirtió que no era su huésped, sino él mismo: «Yo soy tú»; esto creaba al enfermo una situación por demás incómoda, pues no sabía á ciencia cierta si era burro ó no lo era. Esa fase de duda no fué larga: alucinaciones de otro orden complicaron su estado y el enfermo creía que su piel se llenaba de pelos, que se le estiraban las orejas, que su voz era

un rebuzno y que estaba á punto de crecerle un oprobioso rabo. Felizmente para él, las alucinaciones duraron pocos días, por ser de origen alcohólico.

En último caso habría podido consolarse leyendo el libro XI de Ovidio, donde se cuenta el castigo que Apolo infligió al rey Midas por haberse mostrado indigno de oir los sones magníficos que el bello dios arrancaba de su lira.



El conferenciante reunió en un tercer grupo aquellos delirios de metamorfosis que se fundan en simples asociaciones falsas entre ciertas palabras, á las cuales el enfermo suele atribuir una significación especial. Una sola palabra llega á ser el centro de un delirio completo, gracias á la agregación sucesiva de otros vocablos simbólicos, hasta formar una trama, lógicamente absurda, de imágenes verbales que no corresponden á ninguna condición de hecho. Esta forma de locura debiera amonestar á muchos oradores copiosos y á no pocos poetas modernistas, en quienes parece más profundo el culto de las palabras que el de las ideas.

Ocurrió el caso á un desequilibrado. Tenía aficiones poéticas y se clasificaba á sí mismo como vate decadente, según consta en los libros clínicos del manicomio de Roma.

Este joven servía de hazmerreir á sus amigos. Publicó una poesía titulada «El centauro», en la cual hablaba el autor por boca del mitológico animal. Tan mala era, que sus camaradas dieron en llamarle así á él mismo, designación que él aceptó con muestras de visible complacencia. Andando el

tiempo, la palabra centauro adquirió para él extraordinario valor simbólico, relacionándola con una serie de nombres abstractos que se le asociaban por simple consonancia fonética ó, como suele decirse, por la fuerza de la rima. Poco después se operó una metamorfosis de su personalidad, constituyéndose un delirio de zoantropía bien definido. Creía que su cuerpo era mitad humano y mitad equino; en vez de caminar trotaba como un potro brioso, entreverando las palabras como relinchos sonoros y sacudiendo su espalda como si quisiera esparcir al viento su crin imaginaria. No fueron más bruscos los corcovos del centauro Neso cuando en la orilla del Evenio lo mató una flecha de Hércules, indignado por el rapto de su esposa.



En esa forma la ciencia corrobora la vieja intuición del poeta que nos legó las páginas deliciosas de las *Heroidas, Los amores* y el *Arte de amar*. Pero los hechos que para el vate latino fueron una gesta de dioses, digna de su insuperable fantasía, para el conferenciante de la Sorbona son simples creencias de cerebros afectados por la locura, susceptibles de ser estudiados con el frío criterio de la clínica y del laboratorio.

Amigos y maestros

Cuatro psicólogos franceses

París, 1906.

Todo el mundo se cree psicólogo. Cualquier amable conversador de salón improvisa en menos que canta un gallo la «psicología» de un suceso de actualidad, ya sea un accidente de automóvil ó la renuncia de un ministro, un motín militar ó un adulterio aristocrático. El más zurdo periodista se atreve á escribir la psicología de cualquier cosa: del chisme, de la educación, de la bicicleta, de una época histórica, de una intriga de bastidores. Surgen psicólogos doquiera y todas las cuestiones acaban por tener una psicología.

Conviene, empero, distinguir psicólogos de psicólogos y psicologías de psicologías. En las clínicas y en los laboratorios, por ejemplo, se cultiva un género que no es precisamente el que repunta en las charlas de sobremesa mundana.

Las funciones del espíritu, atribuídas otrora al alma, principio inmaterial é intangible, han entrado en el dominio de la fisiología. El sistema nervioso, especializado para sintetizar las sensaciones y dirigir los movimientos de todo el orga-

nismo animal, es el complicado engranaje de los fenómenos que antes constituían las tres facultades autónomas del alma: inteligencia, sentimiento y voluntad.

El principio biológico de la división del trabajo ha producido en el sistema nervioso diversas diferenciaciones funcionales. La médula se encarga de las reacciones simples y directas; la corteza cerebral de las reacciones más complejas é indirectas. Entre la médula y la corteza cerebral existen centros nerviosos encargados de las reacciones intermedias, cuya coordinación no puede hacer la médula ni requiere la intervención de la corteza.

Las funciones psíquicas son las más complicadas del animal viviente. Para estudiarlas se necesitan nociones generales de biología y conocimientos especiales de fisiología cerebral. Su estudio—objeto de la psicología—entra en el dominio de los fisiólogos y requiere el concurso de sus métodos experimentales y de observación.

Pero eso no es todo. Ha podido advertirse que las diversas enfermedades cerebrales producen alteraciones, disociaciones é involuciones de la actividad mental, destruyéndola ó desviándola, total ó parcialmente. El estudio de esos trastornos permite inferir datos preciosos acerca de las funciones normales; de ahí que para estudiar psicología, además de ser fisiólogo conviene ser médico. Los estudios del laboratorio deben complementarse con los de la clínica. El resultado convergente de esa labor bilateral constituye la psicología biológica, única digna del nombre de ciencia; su campo de investigaciones no se limita á la «inteligencia» humana, pues abarca las funciones psíquicas de todos los seres vivos.

Existe otra labor cuyo mérito filosófico ó lite-

rario es indiscutible y cuyas conclusiones no desprecia la ciencia: es la practicada por los hombres geniales ó de talento que se dedican á la observación empírica del alma humana, á la introspección psicológica ó á la síntesis metafísica de los conocimientos adquiridos fuera del laboratorio y de la clínica. Shakespeare fué el más genial de los psicólogos empíricos. Exceptuados esos grandes observadores de caracteres humanos, queda una legión de aficionados inofensivos cuyas opiniones pasan inadvertidas para la psicología científica, aunque pueden ser interesantes para la crítica filosófica y literaria.

La psicología tiende, pues, á ser el patrimonio de los sabios especializados en el estudio de las funciones del sistema nervioso: el psicólogo debe ser, á la vez, un experimentador y un clínico. Estas dos condiciones pueden estar reunidas en ciertos médicos: por eso, en todas las universidades modernas, la enseñanza de la psicología suele ser confiada á médicos y se lleva á cabo según los criterios comunes á la enseñanza fisiológica y clínica.

En Francia es cultivada con interés. Hemos presentado á algunos de sus más distinguidos investigadores: trazaremos aquí las siluetas de otros colegas eminentes.

***

El curso oficial de psicología se dicta en el Colegio de Francia. Hasta hace algunos años dictaba esa cátedra Ribot, amigo gentilísimo y bastante paternal. No es del todo solemne; si lo fuera tendría bien ganada su solemnidad, pues fué sembrador proficuo y maestro fecundo. Cuando pidió su

jubilación planteóse un verdadero conflicto. Los candidatos para sucederle fueron Pierre Janet y Alfredo Binet.

Janet tiene mayor preparación clínica, su cultura médica es grande, ha descollado en el estudio de las enfermedades nerviosas y mentales, posee excelentes condiciones de expositor y cuenta varios libros en su haber intelectual. Binet es más hombre de laboratorio, su erudición es vasta, prefiere las investigaciones de psicología pedagógica, es de una dedicación ejemplar y ha escrito libros muy estimados. Janet es más clínico y mejor conferenciante; Binet es un experimentador más diestro. La ventaja de este último para suceder á Ribot consistía en que vive consagrado á sus tareas experimentales, mientras que Janet se reparte entre la ciencia y el ejercicio de la medicina sobre una vastísima clientela.

La elección era indecisa: cada uno de los postulantes tenían su grupo de amigos y adversarios. Se optó por aplazar la provisión de la cátedra. Pero Janet quedó provisionalmente á cargo de ella, lo cual significaba estar ya con un pie en tierra firme. Uno ó dos años más tarde, cuando llegó la ocasión del nombramiento definitivo, Janet fué designado sucesor de Ribot, obteniendo un voto más que Binet, el cual ha quedado como director del laboratorio de psicología experimental. Cada uno en su sitio.

Nuestro amigo Th. Ribot, que nos ha referido estos entretelones mientras corregíamos pruebas en la librería de Alcan, no tomó partido por ninguno de ellos. Ambos le parecían dignos de sucederle, aunque desde puntos de vista diferentes. La competencia clínica de Janet se equilibraba por la competencia experimental de Binet; las dotes

de expositor brillante del primero se compensaban por la dedicación exclusiva del segundo á la ciencia.

***

Janet es un hombre entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, de buena presencia, humor risueño, conversación agradable y exquisita amabilidad.

Sus estudios clínicos sobre la histeria, las obsesiones y las ideas fijas, son de primerísimo orden. Ha complementado el cuadro de las neurosis creando el tipo clínico de la «psicastenia», enfermedad que participa de algunos caracteres de la neurastenia clásica, de la histeria y de las locuras parciales, aunque sin confundirse con ninguna de ellas. Su concepción es original é interesante; puede aceptarse ó no, pero es digna de la mayor atención y señala una etapa considerable en el desenvolvimiento de la psicología clínica.

Como profesor posee en alto grado las cualidades brillantes que caracterizan á los maestros de la escuela francesa; su elocuencia es nítida y fácil, siempre agradable, á menudo convincente. Prefiere tratar temas de psicología clínica, en los cuales desarrolla vistas originales y demuestra una cultura no común. La experimentación normal, la psicología introspectiva, sus relaciones con la filosofía y la sociología, las aplicaciones prácticas de su ciencia á la pedagogía, la criminología y otras ramas afines, no tienen en sus cursos toda la amplitud que merecen. Verdad es que una sola cátedra no puede abarcar todo. Podría enseñarse cada año una parte distinta, pero sería en perjuicio de la especialización que constituye la indiscutible superioridad de este profesor.

Para complementar su enseñanza, Janet tiene un consultorio extremo en la Salpêtrière, anexo al servicio de Raymond, el sucesor de Charcot. Por allí desfilan docenas de enfermos interesantes: voluntades rotas en la lucha por la vida, pasiones obsesivas hasta el suicidio, preocupaciones que engendran ideas fijas, pérdidas de la memoria y de la atención, toda la gama de espíritus atormentados por la herencia, por las intoxicaciones, por las fatigas del vivir. Ese extraño kaleidoscopio del desequilibrio mental, aunque sus formas son menos trágicas que la locura misma, posee mayor interés para el observador y el analista.

Digamos, al pasar, que Francia aplica este principio: para tener buenos profesores hay que pagarles bien. La cátedra debe dar para vivir; de otra manera los profesores no se dedican á ella, á menos de creer que la ciencia debe ser un privilegio de los rentistas, un sport de gente rica, lo mismo que el tennis ó el automóvil. En la Argentina el profesorado universitario es un adorno ó una ayuda de costas, pero no una carrera. Janet gana 1.500 francos mensuales; en relación al costo de la vida equivalen á 1.500 pesos en Buenos Aires, donde los profesores de esa misma cátedra tienen la flaca perspectiva de ganar 300 ó dedicarse á otras cosas.

***

Georges Dumas enseña psicología experimental en la Sorbona, donde esta cátedra es suplementaria. Es de la misma generación que Janet, y también médico especialista de enfermedades nerviosas y mentales.

Diserta con una corrección y claridad sorprendentes; realiza el tipo mental del orador universi-

tario. En las discusiones posee una rápida comprensión del asunto: en las sociedades científicas brilla por su ingenio y su disciplina intelectual. Para completar su tipo, agréguese una ilustración vastísima, una gentileza efusiva y una infatigable laboriosidad.

Sus estudios sobre los estados intelectuales en la melancolía, la mentalidad de Augusto Comte y de Saint-Simón, la tristeza y la alegría, etc., revelan un talento superior. Cultiva con igual éxito los trabajos clínicos y los experimentales, trabajando en el asilo de Santa Ana, donde tiene su clínica nuestro colega Magnan.

Su último libro, aparecido este año, estudia la psicología, fisiología y patología de la sonrisa, tema que desarrolla en 160 páginas llenas de interés. Al leerlo acudieron á nuestra memoria algunas observaciones de Eduardo Wilde sobre la risa, expuestas en su ingeniosa monografía sobre el hipo, y la tesis no menos interesante presentada por Enrique Prins á nuestra Facultad de Medicina.

Junto con Janet, Dumas dirige la mejor revista de psicología normal y patológica, complementaria de la revista filosófica dirigida por Ribot. Hacia ella converge el trabajo de los maestros de ambos mundos, y su circulación es tan respetable, que sus colaboradores habituales ganamos cinco francos por página, escrupulosamente pagados por el editor Alcan. Es una práctica que deberían adoptar las revistas científicas argentinas; les aseguraría excelente colaboración, y por ende mayor clientela.

Henri Pieron

En el Congreso Internacional de Psicología celebrado en Roma en 1905, llamó nuestra atención un joven de aspecto nada vulgar. Alto, robusto, ojos de místico, gran melena, barba copiosa, una fisonomía oscilante entre la de un Cristo clásico y la de un conspirador nihilista. En París lo encontramos en varias sociedades científicas, y pronto trabamos amistad muy cordial.

El doctor Henri Piêron es uno de los jóvenes mejor conocidos en el mundo científico, aunque sólo pesa sobre sus hombros una treintena de años. Su actividad intelectual es continua, considerable y eficaz.

Entre sus mejores cualidades señalaremos la amplitud de su horizonte mental y la claridad de sus vistas sintéticas. Le interesan por igual todas las ciencias fisiconaturales, biológicas y sociales; está al día en todo orden de conocimientos. Tiene ideas generales bien definidas, orientadas según el criterio del determinismo evolucionista, las que le permiten intervenir en cualquier debate y lucir aptitudes dignas de encomio.

Bajo su aspecto apacible, casi nazareno, palpita con vigor una juventud entusiasta. Cuando toma parte en alguna discusión parece caldearse, acelera el curso de su dicción, la acompaña con gestos expresivos, se apasiona por el tema y por la gimnasia de la argumentación. Aun no padece del im-

placable escepticismo en que suelen rematar muchos hombres de ciencia.

Trabaja en el laboratorio de Psicología Experimental instalado en el manicomio de Villejuif; como investigador es, á un tiempo mismo, hombre de ciencia y hombre de conciencia.

Conoce el español y dedica atención preferente á los trabajos científicos hispanoamericanos. Nos ha complacido oirle repetir que en la Argentina se produce más y mejor que en todos juntos los demás países de habla castellana.

Max Nordau

Si el escritor subyuga, el hombre no le va en zaga. Posee la fuerza y la gracia, la densidad y el brillo. Si fuera loco podría escribir poemas filosóficos dignos de Schopenhauer y de Nietzsche; si poeta, odas de Carducci; circunstancias especiales habrían hecho de él un *Silvestre Bonnard,* miembro del Instituto; si fuera superficial, escribiría libros dignos de Tarde. Pero es otra cosa.

Las canas rodean completamente su fisonomía, como un halo: es una característica astral. Podría deducirse que tener talento equivale á ser un astro. Las canas parecen una revancha del tiempo contra su organismo que no envejece; Nordau está joven como sus ideas, sonriente como sus ironías, vigoroso como sus paradojas. En su amabilidad exquisita, la afectuosa bondad de un primogénito y la supe-

rioridad cortés de un maestro se combinan con la amistosa confianza del camarada. Frecuentar á este hombre es uno de los mayores atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París; cada visita es un regodeo y una lección. Este juicio, ¿es un simple exponente de afinidad intelectual? ¿Es un homenaje de discípulo? Ambas cosas pudieran ser, sin que la afinidad implique una pretensión de equivalencia y sin que el discipulado involucre modestias de glosista ó imitador. La afinidad resulta de la orientación científica y del procedimiento intelectivo; discípulo es todo el que ha venido después de un maestro, aprovechando lo que éste aprendió por sí mismo. Un imitador no es un discípulo; el que imita no es nada ni es nadie: es un hombre que no existe.

***

En la rue Leonie, detrás de la estación Saint-Lazare, en un barrio que no es precisamente el frecuentado por los monarcas extranjeros, este monarca de la fama internacional habita una casa de aspecto modesto, más bien pobre que rica, si hemos de respetar la clasificación consuetudinaria. La primera vez que le visitamos, los breves minutos de espera fueron de curiosidad femenina, casi infantil. Una sala como las más, escasamente iluminada; los rincones de penumbra y algunas fruslerías inesperadas hacían pensar en cosas de antaño, como si esa vivienda fuera la de un gran señor feudal arruinado. En las paredes algunos cuadros, difíciles de ver; la media luz nos dejó leer en uno de ellos la firma de Raffaelli: nos pareció comprometedora en casa del autor de *Degeneración*. Muebles suficientes, aunque fuera de moda; diríase que

se extiende hasta el mobiliario su horror por el *art nouveau* intelectual. Varios objetos de arte, esparcidos al desgaire, parecen fatigados por una monótona exhibición de muchos años y esperan pacientemente la caricia afectuosa de algún anticuario. Sobre una mesa de tres pies, muy apropiada para entretenimientos espiritistas, descansa un puñal filoso, un puñal de verdad; podría tener historia, ser el de Junio Bruto ó el de Carlota Corday, pero lo ignoramos. En un ángulo, frente á dos ventanas, se pavonea un piano de cola, cuyo aspecto no presagia sonoridades muy efusivas; parece estar diciendo: «Mírame y no me toques», como las bellas formas de las elegantes parisienses. Ese es el preámbulo para ver á Nordau, el hombre admirado por muchos, injuriado por tantos, discutido por los demás. Muy discutido, sobre todo, como hombre que tiene talento original y cultura vastísima. Esto es lo mejor de su espíritu: la erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida, comparable con la que Carlyle atribuía á su «señor Teufelsdrockh», que era un tesoro acaso irregular, pero inagotable como el del rey Nibelungo, que no podían llevar doce vagones en doce días, al paso de tres jornadas por cada uno.

Antes que nosotros habían llegado un par de hombres, al parecer judíos. La raza les desbordaba por todos los ángulos y curvas de la fisonomía; no emanaba ningún olor étnico, no obstante la especie difundida por Drumont. Sobre el uno habían corrido ya veinte años; sobre el otro treinta y seis y algunas semanas.

El más joven lucía uno de esos perfiles que ilustran los libros idiotas de Mad. Gyp, muy leídos por los analfabetos durante la crisis de judíofobia que complicó la cuestión Dreyfus. Gastaba guantes

averiados, cabe suponer que por el uso. Merecía llamarse Moisés ó Salomón. Si no profesor de «esperanto», su fisonomía denunciaba que era copista á máquina, sin empleo; ello no impedía ser estudiante—pues todos lo son—y acaso propagandista de alguna liga contra el alcohol, el tabaco, las malas costumbres ó la tuberculosis.

El otro se nos figuró ornitólogo ó presidente de algún lejano comité sionista, venido á París á fin de consultar al sabio sobre un milésimocuarto proyecto de reorganizar la nacionalidad. Pues, dicho sea de paso, Nordau, como todos los hombres, tiene su laguna mental: cree en el sionismo, es decir, en un «ismo» de tantos.

Estábamos fantaseando estas y otras inducciones cuando vimos cruzar en el interior de la casa una delicadísima figura, que igual podría tener diez y ocho ó veinte años, la edad de amar y de soñar. Fisonomía de inteligencia inequívoca, gracia natural y discreta, ojos llenos de intención, capaces de hacer abjurar de su fe al católico más convencido.

La primera tarde no vimos más. Sonó una campanilla; la maritornes políglota nos acompañó hasta el bufete del sabio. Subimos una breve escalera y nos encontramos frente al hombre.



Entre la blancura homogénea de las canas tiene su guarida el más amable sonreir. Nordau ha sido un hombre dichoso, verosímilmente. La expresión fisionómica suele ser determinada por los músculos que funcionan con más frecuencia. Todo hombre en quien predomina el hábito de reir y de sonreir ha sido sano, y por consiguiente bueno, laborioso y feliz. La mueca jovial y la mueca trágica son los

exponentes de la salud y del padecimiento, de la bondad y de la envidia, de la fecundidad y de la impotencia, de la dicha y de la felicidad. Cada mueca es una biografía.

Sobre su mesa de labor estaban esparcidos papeles y libros que el trabajo y el talento convertirán en páginas apetecidas por cien mil lectores.

Nordau, contra lo que de él podría creerse, encarna el tipo psicológico del hombre equilibrado. Es ante todo un trabajador, un estudioso infatigable. Antes de terminar una obra pone manos á la siguiente y piensa ya las sucesivas. Vive retirado «del mundo, de la carne y del demonio», eludiendo todas las cosas que hacen perder tiempo: la vida social, el café y la política. Su sionismo es una simple actitud. Podría ser también una coquetería antiburguesa, una manera de no ser jacobino ó conservador, republicano ó monárquico, radical ó anarquista: matices diversos de la vulgaridad.

No trabaja por impulsos, como hacen muchos «idiotas geniales». Su pensamiento es progresivo, metódico, se integra equitativamente. La disciplina mental es una de sus características; por eso conversa como escribe y su amistad resulta útil además de atrayente. Siempre está de buen humor, discretamente dispuesto á la chanza; la ciencia no ha conseguido matar el espíritu dionisíaco que retoza en la intimidad.

Algunas veces se crispa como un gesto de amenaza para lanzar uno de sus juicios decisivos, catapultantes; por momentos su palabra ase un apellido como una tenaza coge un clavo, su ingenio lo muerde como un ácido violento al metal falso, lo estruja, lo agita sabiamente, y después del análisis lo filtra hasta dejar un leve residuo de lo que antes era una reputación. Esta aparente maldad es, sin

embargo, bondadosa; es la maldad del médico severo que ha resuelto curar al enfermo y no transa con los caprichos del paciente y de su familia. ¿Ese médico odia, acaso, á su enfermo?

Nordau conversa mediante un mecanismo cerebral propio; la asociación de sus ideas es original y su estilo de expositor le pertenece de manera exclusiva. Su lógica es rigurosa. Pero es una lógica suya, distinta de la escolástica vulgar, de esa lógica admirada por las ocas y al alcance de los papagayos, donde los términos del discurso se suceden como los números de un almanaque de pared, donde cada idea viene agarrándose de los faldones de la precedente, como los niños que juegan al «Martín Pescador».

Sus razonamientos no son, en ningún caso, paradojales. Clasificar de paradoja toda idea que contrasta abiertamente con los errores aceptados por rutina ó por pereza, es una represalia del vulgo. Todos los hombres que enunciaron verdades nuevas fueron paradojales para sus contemporáneos; ello en el mejor de los casos, pues muchos recibieron del rebaño el honroso título de locos, de acuerdo con aquella definición que dió un lanudo Rambouillet, á despecho de los alienistas: «Loco es todo el que no es carnero.» Nordau está libre de este epíteto; pero nadie lo exime ya del anterior. Todo hombre que va contra las rutinas del rebaño que le rodea—todo hombre «inactual», en el mejor sentido de la jerigonza nietzschista—acaba por gustar de esos calificativos: Nordau ha fomentado el propio, titulando «paradojas» dos de sus libros más leídos.

Cuando publicó *Degeneración*, una multitud de malos poetas decadentes difundió la noticia de que Nordau era un «periodista», á lo sumo «el más

grande periodista». Habría sido más fácil demostrar que su libro era exagerado y lleno de injusticias; pero prefirieron esparcir el epíteto injurioso, pues sabido es el desprecio que tienen por el periodismo ciertos poetas que se consideran refinados estilistas y no consiguen un puesto de repórter. Inútil es agregar que muchos ingenuos siguen repitiendo que Nordau sólo es un periodista, sin haber leído uno solo de sus libros científicos ó leyéndolos sin comprenderlos.

Acaba de publicar un volumen sobre *El arte y los artistas*, en alemán; nada podemos decir á su respecto, pues el idioma de Guillermo II no figura en el modesto «haber» de nuestro balance filológico. En cambio, gracias á la comunicativa gentileza del ilustre escritor, adelantaremos que su obra futura nos parece destinada á acrecentar sobremanera su celebridad.

Se titulará *El sentido de la Historia* y constará de dos tomos, escritos ya en gran parte. Aparecerá dentro de un año. Nordau cree que la historia se encuentra en un período semejante al de la alquimia ó la astrología. Este juicio, más exagerado que inexacto, es susceptible de atenuaciones y creemos que ellas no le pasarán inobservadas en el curso de su trabajo.

El público inteligente puede ponerse en acecho desde ahora y aguzar todos los recursos de su ingenio para cuando la obra asome en los escaparates. Pues al final de cuentas, los escritores sólo servimos para blanco de su esgrima y al trabajar un libro no contamos con sus aplausos, sino con su malignidad.

Tenemos, sí, un gran consuelo: solamente muerde y rasguña la mujer que ama.

Richet

El ilustre fisiólogo Charles Richet está irremediablemente enfermo de misticismo senil; á no tratarse de un hombre por tantos conceptos respetable, diríamos sin reparo que está zonzo. Da tristeza conversarle acerca de espiritismo, mediumnidad y fantasmas; habla como una vieja de tierra adentro, y por milagro no se persigna al nombrar el objeto de sus actuales preocupaciones. Al contarlas habla como un iluminado vergonzante, como un hombre de fe que lee la incredulidad en el rostro de su interlocutor. Ensayamos en vano algunas objeciones: las eludió con enternecedora ingenuidad. Hizo bien: la fe no se discute.

En Argelia, en «Villa Carmen», perteneciente al general Noel, hiciéronle ver y tocar un fantasma viviente. La aparición se produjo en un gabinete bien alfombrado, en que había mesas, sofás, muebles, una bañadera y la inevitable cortina; los fantasmas son caprichosos, gustan de aparecer entre cortinas. Además de Richet y los esposos Noel, asistían el espiritista profesional Gabriel Delanne y seis mujeres, todos muy diestros en el juego de las mesas parlantes y en las evocaciones de ultratumba. Una de las mujeres (la médium) fué novia del difunto, tres son menores de edad y dos sirvientas de la casa. Richet no se preocupó de averiguar cuántas de ellas padecen de histerismo, ni

siquiera puso en duda su buena fe y la posibilidad de una sofisticación inconsciente.

La médium sentóse ante la cortina, en una obscuridad casi completa; pocos momentos después apareció sobre ella el espectro de su novio, envuelto en una sábana, es decir, en traje de fantasma. Richet lo fotografió al magnesio, tocó su mano y lo invitó á soplar en un tubo de agua de borita, que se enturbió por la reacción del ácido carbónico respiratorio. ¿Cómo dudar de que el fantasma existía y vivía?

Richet no lo duda; nosotros tampoco. Pero hay una leve diferencia entre ambos juicios. Para el ilustre profesor el fantasma era el espíritu errante del difunto novio, materializado por la influencia de la médium. Para nosotros la médium misma pudo levantar un maniquí que le alcanzó la sirvienta desde atrás de la cortina; la mano que tocó Richet (debajo de la sábana) pudo ser de la propia sirvienta, una negra llamada Aischa, que no se atrevió á mostrarla para evitar que el fantasma de un blanco ostentase una mano de color; ella misma pudo soplar en el tubo de borita cuando el fantasma fué invitado á hacerlo. Las condiciones en que se produjo la sofisticación nos parecen infantiles; un distinguido psicólogo de París publicó un sesudo artículo demostrando el fraude sobre las propias fotografías de Richet.

Triste lección. Haber sido un sabio de verdad, un experimentador de primera fila, para dejarse coger como un chiquillo en redes más leves que telarañas.

Esta opinión sobre el caso de Richet no implica negar la actitud de ciertas histéricas-médiums para desarrollar á distancia fenómenos de sensibilidad y movimiento; pero esas energías que irradian del

organismo de la médium permiten excluir la intervención de espíritus en tales experimentos, antes que autorizar tan primitiva suposición.

Richet tenía que acabar así: presencia estas cosas como creyente y no como sabio. Su fe permite que otros abusen de su buena fe.

«No creo que me hayan engañado, y por eso creo en la existencia de los fantasmas.» Eso es todo. Richet, el místico, ha dicho «creo»... Richet, el hombre de ciencia, no se atreve á decir y demostrar que «sabe». Al fin y al cabo esta honradez vale una disculpa. Y la merece.

¡Está tan viejo!

Rodin

Entramos devotamente en su taller, como en un templo. Es sencillo y bondadoso, ameno conversador. Su hermosa cabeza blanca diríase elocuente; es de estatura mediana, más bien bajo; mira dulcemente y vaga en sus ojos un secreto prodigio, el mismo que le permite precisar las suntuosas líneas del mármol después que las ha visto en su cerebro creador. Su abolengo es de genios. Scopas y Praxiteles podrían estrechar su mano, magüer la diferencia de su arte; son hermanos en el genio antes que en la obra. En su familia hay otros ilustres: Miguel Angel es la fuerza, Canova la gracia, Rodin la idea.

En compañía de madame Geneviève Lanzy, distinguida escritora y bella mujer, llegamos á su

estudio en una hora crepuscular. Ardía y crepitaba mucha leña en la estufa, mientras un reflejo de oro y púrpura iluminaba desde lo bajo aquella complicada teoría de maravillas: parecía un desfile de walkyrias entre un campo de mies y de amapolas. Después plantó una vela en un pedazo de barro, la encendió y la puso junto á uno de esos mármoles que reciben diariamente su animador soplo genial.

En esa hora y con esa luz habríase dicho que el taller era un sabbat vehemente. Por todas partes mujeres deliciosamente desnudas, curvas perfectas estremeciéndose por las caricias de olas sonoras, ninfas oscilando su gracia sobre fuentes silenciosas, senos procaces surgiendo del infidente bloque en actitudes de hermosura violenta, besos prolongados é intensos como combustiones de labios febriles, mejillas insaciables, pecaminosas orquídeas de voluptuosidad, toda la gama infinita de Eros. El viejo derrocha en su obra fantasía y amor sin freno.

Junto al arte está la profesión, el tosco pan esparcido entre la gloria, en forma de retratos expresivos, magníficos, de señoras burguesas, más ricas de dinero que de hermosura. Rodin se esfuerza por hermosearlas en proporción á lo que pagan: para algunas es vana labor.

Nos dijo que le tienta la idea de trabajar una *Salambó* inspirándose en Flaubert; á este propósito recordó el hermoso cuadro homónino del pintor argentino Rodríguez Etchart. Ignoraba la muerte de Miguel Cané y pareció lamentarla: «era un espíritu muy culto, encantadoramente superficial».

Demostró simpatía por Irurtia, recordó á Pellegrini, habló de Schiaffino y de sus artículos en *La Nación;* alegó plena ignorancia respecto de su crí-

tico Groussac. Sin embargo esquivó conversar del *Sarmiento:* «Sí, el *Sarmiento...*», pero se mostró satisfecho del *Apolo* que magnifica el pedestal: «Me gusta, salió muy bien.»

Admira á Mennier, sin incurrir en la tontería de creerse inferior á él; gusta de Bistolfi, aunque el género funerario le parece muy banal. Se queja abiertamente de sus compatriotas, máxime de la gente oficiosa; cree ser más estimado en el extranjero. Y repitió el eterno refrán de todos los grandes hombres: nadie es profeta en su tierra. Sin embargo, desde hace dos años le aplicaron una encomienda de la Legión de Honor. Y él la aguanta.

El abate Peillaube

Todo hombre que haya alcanzado la dicha de tener ideas en vez de opiniones, de matar la pasión con la sonrisa, huyendo desde la política hacia la filosofía, comprenderá que un abate ilustrado y risueño es preferible á un ateo ignorante y aburrido. Nuestro amigo Vaschide, psicólogo y experimentador de nota, creyó conveniente presentárnoslo en un almuerzo. Ocurrencia feliz, digna del eminentísimo don Francisco de Quevedo y Villegas, el cual sentenció que á un abate sólo es posible conocerlo bien comiendo en su propia casa. No lo diremos por simple gratitud, pero la mesa fué digna y absolutamente abacial: pierna de cordero magnífica, postres minuciosos, botellas envainadas en copiosas telarañas, apetito luculiano. Con todo,

no fué una cena de Trimalción; faltaba el plato clásico: no había damas. En cambio abundaban los filósofos; en este sentido parecía una mesa griega.

Sonrisa fresca y estilete certero, mucho de Juvenal, bastante de Renán y de Brunetière, y hasta un poco de Voltaire: tal es el abate Peillaube. Cree ser católico y procede como si realmente lo fuese. Es profesor de psicología en la Universidad Católica y dirige la *Revue de Philosophie;* en ella se profundiza estudios de psicología científica, muchas veces experimentales, sin que el dogma trabe en manera alguna á la ciencia. Su tolerancia es completa; él cree porque debe creer, pero ello no le impide concebir que los demás no crean.

¿El estudio de la psicología positiva y experimental es conciliable con la fe religiosa?

Aunque Peillaube lo asegura, nos cuesta creerlo. La fina dialéctica y la ilustración vasta permiten conciliar, aparentemente, cosas mucho más contradictorias. Pero la realidad se filtra por entre la dialéctica, como el agua marina por entre las tablas de un barco desvencijado: y resulta que la concordancia naufraga en un absurdo de relatividades, pues está hecha á expensas de jirones de fe y de ciencia. Sin embargo, un Peillaube es preferible á un Combes, por más ilustrado y ático; por lo menos no desayuna ateos ni cena librepensadores. como el otro frailes y monjas.

Metchnicoff

A los cincuenta años era apenas conocido; á los sesenta goza de celebridad mundial. Es un simpático viejo lleno de mugre y de talento: parece que la una no estorba al otro; pero ello no significa que baste ser mugriento para ser talentoso. Las sucias canas de su barba parecen un borujo de lana vieja extraído de un colchón infantil. En el Instituto Pasteur enseña ciencia de la vida, esa alta ciencia que no sospecha el común de los galenos, inclinado á curar enfermedades cuya naturaleza ignora mediante drogas de problemática eficacia. Los médicos franceses se esfuerzan por no admirarlo: Metchnikoff los compadece, sin que ello les impida concurrir por docenas á sus lecciones. Es inútil la protesta del hierro dulce: el imán puede más; y el imán de hombres no está en el estómago, sino en el cerebro. Los insectos acuden al foco luminoso; cuando son muchos pretenden opacar su luz, pero mueren por millares. Y el foco sigue resplandeciendo.

Su juicio es de filósofo á la vez que de ironista. «Para ser médico la ciencia huelga; un médico no está obligado á ser hombre de ciencia, ni pensador, ni estudioso, ni escritor, ni nada; basta ser curandero legal y diplomado. Mis «estudios sobre la naturaleza humana» hacen sonreir á los médicos prácticos; me reprochan que yo no lo soy y que mis libros son de especulación filosófica ó literaria.

Algunos me compadecen. Yo sé que prefieren un abundante recetario de jalapas y calomelanos, pero no soy capaz de escribir un libro de tanto vuelo; me resigno á ser hombre de ciencia, mientras ellos remontan el pináculo del curanderismo.» Entra en clase como un proyèctil, habla desde la puerta y gesticula activamente. El tiempo le es breve para decir lo mucho que sabe. Carece de preámbulos. Enuncia ideas, expone datos, refiere hechos, siempre con talento y originalidad. Para probar que el microbio del cólera es impotente si llega á un organismo sano, tragó una vez un cultivo del terrible huésped; aun está vivo y sonríe cuando refiere el caso para corroborar esta alta enseñanza: el microbio es inofensivo si no hay predisposición, si no están debilitadas las defensas naturales del organismo. Sus investigaciones sobre cierto mal de origen amoroso dieron lugar á comentarios más risueños que los clásicos de Molière. En un escenario de París aparecía Metchnikoff seguido por dos monos que no habian amado jamás, inoculados con propósito experimental. Decían enormidades; en Paris los monos de los teatros hablan hasta por los codos. Y lo que es peor, dicen chistes.

Los estudios de Metchnikoff sobre las causas que abrevian la vida humana y los medios de evitarlas, fueron acogidos con escepticismo. El se burla de los incrédulos; nos decía con envidiable gracia: «Tengo ya sesenta años y espero vivir otros sesenta para demostrar que podemos alargar la vida.» Salvo error ú omisión.

Fraya

En los tés vespertinos ofrecidos por Emilio Buloz, hijo del fundador de la *Revue de Deux Mondes*, conocimos é intimamos con una joven señora, bien parecida, perspicaz en grado sumo y viuda. Su boca es sonriente, su nariz afilada, los ojos picarescos; mirándola de perfil nos hacía recordar el *Apolo Arcaico* del museo de Atenas. Tiene afición por los estudios psicológicos y los aborda con tanto empirismo como buena intención. Tras pocos minutos de cháchara semicientífica hizo nuestro retrato psicológico, bastante acertado y completo. Su exactitud fué su propia condena.

—Ya ve usted, Mad. Fraya, que no es necesario leer las manos para conocer el carácter de las personas.

Se turbó un poco, mas se rehizo rápidamente. Pero, en rigor, se confesó vencida. Esta inteligentísima señora practica la quiromancia. Recuerda haber leído en la mano de un argentino «muy alto, sin barba, parecía un hombre de gobierno; tenía la muñeca muy grande». Ignora su nombre; ¿podría llamarse Pellegrini?

La celebridad de Fraya promete superar á la de Mad. de Thébes, famosa universalmente. ¿Lee en la mano? Vamos por partes.

Es indudable que difieren la mano de la cortesana y la del luchador, la del viejo y la del niño, la del tipógrafo y la del curtidor, la del orfebre

que cincela y la del boticario que hace píldoras, la de un sano almacenero de suburbio y la de un tuberculoso que agoniza en un sanatorio.

En este sentido la quiromancia parte de premisas verosímiles; de ellas pueden inferirse presunciones perfectamente lógicas, variables con la agudeza individual del observador. Ya conocemos los prodigios de este orden que Conan Doyle hace realizar á su interesante Sherlock Holmes.

Sin embargo, todo eso nos parece superfluo para el ejercicio corriente de la quiromancia. Para conocer á los postulantes vale mucho más una rápida perspicacia; podríamos citar á muchos «conocedores de hombres» que no leen las líneas de la mano. Esa aptitud nativa se perfecciona por el ejercicio consuetudinario; en Mad. Fraya, y en otras quirománticas, debe estar desarrollada en grado sumo. A los cinco minutos de estar con una persona adivinan su temperamento, sus inclinaciones, sus gestos y aun sus pasiones del momento. Tienen ojo clínico para conocer el carácter humano, como otros lo tienen para diagnosticar una enfermedad ó para justipreciar la fecundidad de un campo.

Algunas veces Fraya se equivoca, como cualquier perito de otra clase. Todo médico honesto puede referir por docenas sus errores de diagnóstico.

Los fanáticos del ateísmo

París, 1905.

Montmartre... ¿Para qué repetir su elogio panorámico, las dulces historias de su bohemia romántica, el reir musical de sus Mimíes y sus Musetas con bocas sonoras como sistros, los derroches inadvertidos por manos imprevisoras, la travesura inquieta del cabaret, el eco de voces femeninas que ruedan por las calles como un coro de aulétridas embriagadas en una fiesta dionisíaca?... Llegamos á Montmartre con la fatiga encantadora del que trepa una altura. Fué en una tarde febriciente, democrática; sentíase doquiera un calor de pasiones y de estío, fundiéndose el oro violento del sol con el rojo descabellado de las almas.

Llevamos un tomo de Renán y otro de Stirner debajo del brazo, como salvavidas seguros, antes de sumergirnos en la ola sectaria, rebaño de mil cabezas; bullían en cada una mil sugestiones envenenadoras, como serpientes innumerables de una medusa carmesí. En los gestos altivos se traducían desplantes y amenazas; en cada pupila brillaba una chispa de incendios ignotos; en cada labio pirueteaba una mueca, terrible ó ridícula. Caras pálidas, caras demacradas, caras mudas, por el

odio, por la miseria, por la imbecilidad; en pocas fisonomías proyectaba su resplandor el talento: los caudillos. En la masa torva alterna la blusa mugrienta del resignado á proletario con la chaqueta dominguera del aspirante á burgués. Bajo las blusas la rebelión se estremece: es ira; bajo las chaquetas se arrastra: es envidia.

En Montmartre la tarde es de «revancha»: el 3 de Septiembre. Los rojos han vencido á los negros y les ponen el pie sobre la nuca, tal como antes sintieron el pie enemigo. El vejamen es igualmente desagradable; tanto da inferirlo en nombre de lo Inquisición como del libre pensamiento. Toda la odiosidad del rebaño sectario converge esta vez hacia el Sacré Cœur, fortaleza de la grey enemiga.

¿Es justa esa actitud? En sí mismo nada es justo, nada es lógico. Toda actitud humana es relativa: es la manifestación de un temperamento más ó menos desbastado por una cultura. Cualquier gesto de odio, soplo de rencor, animosidad enemiga, ambición de venganza, es baja, es propia de almas inferiores: es la coz refleja, el arañazo, el mordisco, pues en los sujetos poco evolutivos persisten atavismos del asno, del perro y de la fiera: la bestia conspira dentro del hombre.

Los librepensadores de hogaño no pueden resistir á la tentación de ser anticlericales; olvidan que siendo anti cualquier cosa dejan de ser libres. El ultramontano y el anticlerical son dos manifestaciones homólogas del temperamento sectario. Es necesario mirarlos como enfermedades del alma colectiva, como casos clínicos del «espíritu gregario» entrevisto por Nietzsche y analizado por Palante. Un amigo de metáforas audaces definiría las sectas como inflamaciones que se producen en el organismo del rebaño.

París enfermó, antes, de clericalismo reaccionario. El Sacré Cœur se irguió rumbosamente sobre Montmartre, como una Bastilla. Desde allí se levantó el vendaval que hizo peligrar las instituciones de la República, en horas tristes, cuando Dreyfus marchitaba su dudosa culpa en la isla del Diablo; se desencadenó la traílla de periodistas y literatos que perseguían la «revancha» de sus fracasos, como si el régimen político fuera culpable de su falta de talento ó su incapacidad para el trabajo. Desde que el presupuesto de la república liberal no bastaba para todos, lógico era que hubiese hervor de protestas. Porque entonces y aquí, como siempre y en todas partes, muchos creían aplaudir ó silbar con manos ó labios, aunque solamente lo hacían con el estómago. Cuando apretaron demasiado el torniquete, el mecanismo se desvencijó. Soplaron otros vientos y se trocaron los papeles. Los cabecillas anticlericales han asido el manubrio y manejan el mismísimo torniquete: tienen la sartén por el mango. La masa popular es la misma. Ayer marchaba contra la Casa del Pueblo cantando el «Corazón santo, tú reinarás»; hoy marcha contra el Sacré Cœur cantando *La Carmañola*.

Ciertos cambios de la política menuda son como los motines de cuartel. Los oficiales suplantan á los jefes, los sargentos á los oficiales: la tropa obedece automáticamente á los más atrevidos ó afortunados. Todo apóstol que predica contra los caudillos, aspira simplemente á suplantarlos, como todo hombre que desprestigia á un marido ante su esposa, anhela ser amante de ésta. El mismo ácrata militante, el anarquista literato ó dinamitero que se dedica á predicar entre las masas—este ejemplo, por extremoso, es el más demostrativo—, presenta, con ello, la propia candidatura para apóstol

ó caudillo, persigue su aplauso ó su admiración con tanto empeño como otros su limosna ó su balota electoral. El verdadero hombre libre no se complica en ninguna logia ó partido, no busca el aplauso de ningún cenáculo ó multitùd.

***

Abreviemos el comentario. La secta vencedora no sabe de generosidades. Para demostrar su horror por los viejos procedimientos, se ha apresurado á copiarlos. Su primer gesto no es de olvido, sino de desquite.

El Consejo municipal de París ha votado una injuria, una agresión histérica; frente á la puerta del Sacré Cœur, sobre el cordón de la acera, en la misma calle Lamack, se erigirá una estatua á la memoria del caballero De la Barre, «mártir del libre pensamiento». ¡Magnífico respeto por la libertad de pensar!

La Federación internacional de los librepensadores, que actualmente celebra en París un Congreso, preludió sus reuniones con un desfile anticlerical frente á la «maquette» del monumento futuro, colocada provisionalmente en el sitio mismo que ocupará el año próximo. La reunión general fué en el puente Caillaincourt, junto al bulevar Clichy, para subir la colina de Montmartre hasta el Sacré Cœur.

Los manifestantes llegaban por grupos. Una escarapela distinguía á los congresistas, obreros en su casi totalidad. Los prospectos contenían nombres ilustres: Hæckel y Sergi, ausentes; ni siquiera estaban allí los políticos socialistas más notorios: Jaurés, Ferri y Anatole France, anunciados también como atractivos del mitin. De Bélgica vinieron

centenares de congresistas. Entre ellos descubrimos á dos estudiantes porteños domiciliados en Bruselas. No son anticlericales: el uno es violinista y el otro bachiller. Pero se adhirieron al congreso para aprovechar la rebaja de precio en los pasajes: «Por seis francos de Bruselas á París, ¡ida y vuelta!» La misma rebaja que para las peregrinaciones á Lourdes.

Desfilan por las calles sociedades pintorescas. Una mujer lleva un estandarte en cuyo centro lucen, como emblema, dos manos cruzadas estrechando un manojo de pasto; una inscripción dice: «Fecundidad: grupo de mujeres emancipadas.» Detrás de esa bandera se alinea docena y media de hombres, cuyo sexo masculino sería indiscutible si no mediara la inscripción del estandarte. Otro grupo, «Caballeros de la Humanidad», nostálgicos de cualquier título caballeresco; sabiendo que no conseguirán ser caballeros de la Legión de Honor, como cualquier Humbert, Joluzot ó Cronier, se consuelan otorgándose modestamente el título mencionado. La humanidad y el honor son hojarascas equivalentes en el escalafón de la vanidad humana.

De pronto, desde la plaza Clichy, asoma un grupo de treinta mujeres: éstas lo son de verdad. Sobre sus bustos ajados, indecisos, resaltan bandas y cintas celestes. Sentimos un calofrío. ¿Aun existen en París mujeres heroicas? ¿Hay católicas que se atreven á desafiar las iras de los anticlericales, que vienen con sus escapularios sobre el pecho á disputarles el camino del Sacré Cœur, tendiendo sus cuerpos osadamente á través de la calzada, barreras de carne viva opuestas por el viejo contra el nuevo fanatismo? Decepción. Los manifestantes las recibieron tranquilamente, cediéndoles un lu-

garcillo en la columna. Nos acercamos á despejar la incógnita: los escapularios eran bandas masónicas y la que presumíamos presidenta de una Congregación del Huerto, resultó hermana venerable de la logia Amigas de Lucifer. Este hecho no sorprende á un parisiense, pues la masonería francesa es andrógina. ¡Bonita página para la pluma deliciosamente desvergonzada de Leo Taxil!

El psicólogo mira y pasa. Una fe vale otra; dos fanatismos se equivalen. Si el histerismo de Juana de Arco fué heroico, también lo fué el de Théroigne de Méricourt.

En la manifestación hay muchos anarquistas; son la remolacha de esta ensalada rusa. En Italia, para evitar la represión gubernativa, se titulan «socialistas revolucionarios», resignándose á votar y aun á hacerse elegir diputados. En Francia agrúpanse en calidad de «librepensadores»; al respecto nos decía Juan Grave, hace pocos días, que les parece muy perjudicial confundirse con los socialistas, pues éstos son politiqueros oportunistas y cómplices del gobierno. Desde su absurdo punto de vista, Juan Grave no exageraba. Los grupos ácratas lucen letreros heroicos, que les habrían envidiado Cyrano ó Tartarín para sus más famosas empresas: «Los redentores del Universo», «Grupo de regeneración de la humanidad», «Los trompeteros del nuevo Apocalipsis». Por lo general, cada grupo consta de un cabecilla, bien mechado de oratorias frondosas, y de seis ó doce compañeros que lo admiran; el objeto de estos grupos no es preparar atentados dinamiteros, sino proporcionar al cabecilla frecuentes ocasiones de pronunciar el mismo discurso contra la «infame burguesía», la «inquisición clerical» y la «tiranía del sable». En el faubourg Saint-Antoine los hay por docenas;

sus reuniones son más entretenidas que los espectáculos del Moulin Rouge y del Varietés.

En la columna hay muchas mujeres. Son feas todas, no obstante ser parisienses; casadas las más, algunas gordas, y por excepción, una que otra menor de cuarenta años.

Es la época del recrudecimiento místico, la edad de las beatas en todas las religiones; en el caso presente, el misticismo se complica con la política. Las mujeres de París, cuando son jóvenes y bonitas, gastan pasiones más agradables. Las Luisas Michel, en todas partes, cuando no son temperamentos desequilibrados, son mujeres inútiles para la galantería é inaceptables en los salones de etiqueta, resignadas á hacer vida social en los clubs demagógicos. Un consuelo ó un desquite.

Después de los triples abrazos fraternales, á las 2 p. m., la columna comenzó á desfilar hacia el Sacré Cœur. *La Croix,* órgano católico, dice que eran mil; *Le Temps,* prudentísimo, concede tres mil; *La Petite République,* socialista, repunta hasta los diez mil; *L'Action,* anticlerical, transige discretamente en más de cincuenta mil... ¡Y hay quien niegue las ventajas de la libertad de imprenta!

Todos tenían una eglantina en el ojal de la solapa; un militar usaba distintivos y bandas masónicas, contándose por docenas los que lucían sobre el pecho medallas, compases y escuadras, triángulos, cuadriláteros, pentágonos y otras chafalonías de oro y plata. Durante el trayecto numerosos vocingleros vendían eglantinas artificiales y cantos revolucionarios: *La Internacional, La Carmañola* (¡con letra pornográfica! agrega en voz baja el vendedor), *La Anticlerical, Dinamitémoslos,* etc.

Las eglantinas valían un sueldo. Más baratas que los escapulários.

***

Puesto que los manifestantes iban á inaugurar un monumento al caballero De la Barre, digamos cuatro palabras sobre su trágica aventura anticlerical.

Carlos Dickens ha escrito el siguiente párrafo en una de sus encantadoras novelas: «La Francia, menos favorecida en materia de espiritualismo, se desliza con quietud por una pendiente de infinita dulzura. Fabricaba papel-moneda, que se apresuraba á malgastar, y bajo la dirección de sus pastores cristianos, se divertía en realizar actos sobremanera humanitarios: por ejemplo, quemando vivo á un joven después de haberle cortado las manos y arrancado la lengua, por no haberse puesto de hinojos, un día de lluvia, en honor de una procesión que pasaba á cincuenta metros de distancia.» Queriéndolo ó sin quererlo, Dickens cuenta en esas líneas la historia del caballero De la Barre.

Era la época en que Voltaire, D'Alembert, Diderot, Helvetius, Holbach y los otros enciclopedistas, con un talento sólo comparable á su pertinacia, batallaban contra la superstición religiosa, la decadencia política y la degeneración de las costumbres. Lefevre de la Barre, como otros nobles de su tiempo, seguía la nueva corriente y frecuentaba el círculo de aristócratas intelectuales que rodeaba á Deuville de Maillefeu, el mecenas que adelantaba fondos para los trabajos de la *Enciclopedia*. De la Barre tenía solamente diez y ocho años, detalle que aumenta su mérito según

sus biógrafos anticlericales, y que en nuestra opinión lo amengua. A esa edad el ultramontano es tan inconsciente como el ateo: pocos sabios ó filósofos han cargado á los cincuenta años con la responsabilidad de opiniones vertidas á los diez y ocho. En suma, De la Barre fué un chico á quien gustaba asumir actitudes originales, un aristócrata de cepa posando á demagogo.

Se buscó una ocasión para procesarlo, y hemos leído la curiosa sentencia en la Biblioteca Nacional.

«Visto que se le ha declarado debidamente convicto: De haber, deliberadamente y por impiedad, pasado el día de pascua á veinticinco pasos del Santísimo Sacramento, que se llevaba en procesión, sin quitarse el sombrero y sin ponerse de rodillas... De haber proferido blasfemias enormes y execrables contra Dios, la Santa Eucaristía, la Santa Virgen y los mandamientos de Dios y de la Iglesia... De haber mostrado respeto por libros infames, llamados filosóficos, entre los cuales se encuentra el *Diccionario Filosófico Portátil* del señor Arouet de Voltaire, que tenía sobre una mesa de su habitación, y ante los cuales se prosternaba, diciendo que se les debía más respeto que al Santísimo Tabernáculo... De haber profanado el Signo de la Cruz, haciéndolo por chacota y acompañándolo de palabras impías... De haber profanado el misterio de la consagración, diciendo en voz baja términos impuros sobre un vaso de vino que tenía en la mano y bebiendo en seguida... De haber profanado las bendiciones usadas en la Iglesia, haciendo la cruz y diciendo bendiciones jocosas sobre un pollo asado, en una hostería, con la circunstancia agravante de cometer esta abominable profanación en día viernes... De haber propuesto á un

tal Perignot que le ayudase á decir misa, por titeo...»

Por tanto... se le condena á hacer enmienda honorable... «allí de rodillas, con la cabeza y los pies desnudos, con una cuerda al cuello, llevando letreros en el pecho y la espalda que digan: «Por impío, blasfemador y sacrílego abominable y execrable», y teniendo entre sus manos un cirio ardiente del peso de dos libras, dirá y declarará en voz alta que se arrepiente de sus crímenes y pide perdón de ellos á Dios, al rey y á la justicia... Y en dicho sitio se le cortará en seguida la cabeza, la cual será arrojada á la hoguera junto con su cuerpo, para ser quemado con el ejemplar del *Diccionario Filosófico*, y sus cenizas arrojadas al viento.»

Todo se cumplió al pie de la letra; pero antes se le sometió á la «cuestión ordinaria y extraordinaria», es decir, le intercalaron cinco cuñas entre las rodillas, previamente encajonadas, suspendiendo el acto cuando los huesos estaban ya triturados y las carnes hechas jirones.

El proceso provocó protestas enormes. Se inició una campaña para rehabilitar la memoria del niño atrevido, á quien ya se proclamaba mártir del libre pensamiento. Voltaire fué de los más eficaces y contribuyó á la anulación del juicio, que se pronunció por decreto del 25 brumario del año II.

Para confirmar la regla de que nada hay más parecido que dos pasiones contrarias, la rehabilitación de De la Barre preludió las atrocidades cometidas por los adoradores de la Diosa Razón. El Terror reemplazó á la Inquisición: la eglantina remontó á la altura del escapulario.

***

La ola de manifestantes se hinchaba, crecía, rodando á compás de coros más entusiastas que afinados, principalmente *La Internacional*. En torno de una banderola roja, aislados, una veintena de españoles, en su mayor parte mal vestidos, manifestaban estrepitosamente su furia anticlerical. Más que gritar vociferaban, acompañando las diatribas con gestos excesivos, demasiado meridionales. A poco andar comprendimos que eran barceloneses, pues por cada centenar de palabras proferían treinta y cuatro blasfemias, haciendo «en Dios» y «en la Virgen Santísima» cosas que no se hubiera atrevido á mencionar el propio Voltaire en su *Diccionario Filosófico*. Conseguían llamar la atención, y al parecer no pretendían otra cosa; en ciertos momentos cabía pensar que desahogaban entusiasmos crónicos, aprovechando la circunstancia de hablar español, idioma tan conocido en París como el araucano y el kákano.

De pronto, en un intervalo entre dos estrofas de *La Internacional,* se produjo un relativo silencio en la columna: fué el apogeo de la pandilla catalana, y sus alaridos tronaron sobre cien metros á la redonda. Los franceses los miraban con desprecio no disimulado. Uno de los orfeonistas improvisados se apresuró á comentar con otro internacionalista de Montmartre:

—¡Son extranjeros!

El otro subrayó el injurioso comentario con una risa de suburbio y completó su pensamiento:

—¡Son bailadores españoles! ¡anarquistas toreros!

Y ambos, satisfechos y risueños, entonaron la estrofa siguiente de *La Internacional.*

Los anarquistas no se libran de esa característica mental del pueblo francés, y especialmente del

parisiense: el menosprecio absoluto por el «extranjero». No ser parisiense es una grosería; no ser francés es una circunstancia ridícula, una inferioridad, una deficiencia imperdonable. Los más sonados internacionalistas y antipatriotas son, en este punto, iguales á los demás franceses; por lo menos, y como transacción honorable, se limitan á creer que los antipatriotas franceses son los mejores antipatriotas del mundo. Hervé coincide perfectamente con Déroulède en creer que el universo entero es una colonia intelectual y moral de Francia; ambos certifican que todo extranjero llegado á París es un salvaje que viene á encantarse con las maravillas de su civilización. Para el pueblo francés vale menos Spencer que un apache y Carmen Sylva infinitamente menos que una trotacalles de á tres francos.

Agreguemos un solo episodio á los mencionados, eligiéndolo entre cien que suprimimos. Se aproxima un grupo con un cartel: «Librepensadores del primer distrito»; debajo del título está inscrita una joya poética que procuramos traducir, conservándole sus características literarias y filosóficas:

El que ha inventado á Dios es un farsante.
Toda divinidad es una gran mentira.
De crucifijos arda una gran pira.
Pueblo, adelante;
Dios es mentira,
y su inventor ha sido un gran farsante.

Nos aproximamos, buscando la firma de algún Bibolini ó Carrasco anticlerical. El autor del fragmento poético guardaba el anónimo, por modestia sin duda. Interpelamos al badulaque portador del cartel.

—¿Usted entiende lo que ha escrito?

—Yo no lo he escrito, señor...

—Pero lo habrá leído...

—Desgraciadamente, no sé leer. Lo llevo porque ese caballero me paga un franco por toda la tarde...

Nos volvimos y un hombre regordete nos saludó servilmente. Era nuestro peluquero, á quien todos los domingos por la mañana vemos pasar, con su esposa é hijas, rumbo á la Magdalena, á la misa de ocho. En su peluquería afeita á muchos clericales distinguidos y es suscriptor de *Le Gaulois*. Pero ello no le impide ser venerable de una logia del Rito de Mizraim; no contento con los treinta y tres grados del rito escocés, se permite el lujo de poseer el grado ¡noventa! Le faltan diez para entrar en ebullición.

***

Entre un par de sonrisas y algunas muecas de náusea llegamos hasta la *maquette* del caballero De la Barre. Un amplio tablado, cubierto de coco rojo, chilla su color de ascua ante la puerta del Sacré Cœur; desde lejos parece una mancha de sangre, una cálida herida abierta en la frente de una poseída medioeval. A juzgar por el boceto, la estatua de Armando Bloch no será fea. El joven está de pie, atado al palo de la hoguera, con el busto ceñido por una doble vuelta de cadena. Acaba de sufrir la tortura y están junto á sus pies los instrumentos del suplicio. Sostiene su mano izquierda con la derecha; ese gesto no carece de simbolismo, pues la mano derecha es la del pensamiento y la izquierda la del corazón. El conjunto es eficaz, sugerente; en los detalles hay fuerza y armonía.

Algunos liberales lloraban viendo las cadenas

del infortunado joven; muchos besaban sus pies, con unción y respeto, místicamente, como besan los católicos el pie de San Pedro en Roma.

Al bajar de Montmartre encontramos algunos católicos sectarios que distribuían manifiestos firmados por «Un grupo de obreros de la Unión de los trabajadores libres» y por «Un grupo de estudiantes amigos de la verdad histórica». Pretendían demostrar que De la Barre no había sido víctima de la intolerancia religiosa, sino de la justicia civil; vana rectificación, pues el texto de la sentencia define claramente el caso.

De sobre una pared pudimos copiar un cartel manuscrito contra la «manifestación provocativa y ridícula de De la Barre». El texto es breve: «Sólo cabe decir una palabra respecto de esta manifestación, más absurda que injusta, en cuanto á los móviles del proceso. Y es que el primer verdugo de ese pobre chico, el verdugo moral de ese triste muchacho, de ese triple idiota corrompido que se dejó embaucar por un bribón astuto, es el más cínico mentiroso que haya habitado sobre el planeta: es Voltaire.» Firmado: «Una pedagoga francesa, llevada al estudio serio de las altas cuestiones religiosas y á la fe cristiana por esos pretendidos filósofos antirreligiosos cuyo corifeo es el desvergonzado farsante de Voltaire.»

Cambiando la palabra Voltaire por la palabra Dios, se diría que esta «pedagoga francesa» es la autora de los versos ateos del peluquero. O viceversa.

***

¿Enseñanzas?

Las ideas científicas y los teoremas filosóficos no están al alcance de las multitudes. Hay que te-

ner la honestidad intelectual de formular estas verdades antipáticas; quien lo haga no encontrará electores para su candidatura, clientes para su profesión, admiradores para sus escritos, aplausos para sus discursos. La multitud atea es análoga á la multitud mística. Ambas creen, ambas ignoran; ni la una ni la otra saben. Lo esencial es saber, no creer. En la boca de un ignorante igual valen la afirmación ó la negación de Dios; el creyente y el incrédulo son dos sofisticados. Los unos dan la limosna de su dinero á los sacerdotes; los otros dan la limosna de su voto á los diputados anticlericales. Nada más.

No concebimos un fisiólogo que conozca las funciones del cerebro y sea espiritualista. No comprendemos á un naturalista embriólogo que niegue el transformismo y el evolucionismo biológico. No consideramos psicólogo científico al que admita el libre albedrío y niegue el determinismo. Una interpretación filosófica del universo, considerado como conjunto de materia que se manifiesta por fenómenos, conduce al axioma del orden natural uniforme y constante, fundado en principios experimentales ya indiscutidos, como la indestructibilidad de la materia y la conservación de la energía. Esas opiniones son lógicas en Luciani ó Le Dantec, en Darwin ó Hæckel, en Flechsig ó Sergi, en Spencer. En determinadas etapas de la cultura intelectual se llega á «saber» ciertas nociones. Pero los grandes filósofos, los señaladores de rumbos, los investigadores de laboratorio, no forman tropillas ni rebaños. En toda época han sido astros solitarios, verdaderos estilitas del pensamiento.

El problema para las masas consiste en «creer». A los intereses políticos ó pecuniarios de las diversas sectas que pugnan por predominar en la socie-

dad podrá convenir que las multitudes crean una cosa antes que otra; pero objetivamente, como unidad psicológica y como valor social, un creyente vale otro. El sectario está enfermo de una idea fija y su exaltación es proporcional á su temperamento. Cuando se congrega forma rebaños, cuya alma gregaria sigue á uno ú otro pastor con igual ingenuidad. Hoy es negro, mañana rojo; hoy canta el *Himno á María,* mañana el *Himno de los trabajadores;* hoy se adorna con escapularios, mañana con eglantinas. El hombre de pensamiento no cabe en ninguna parte: compadece al anticlerical lo mismo que al ultramontano. Y si pudiera adelantarse en los siglos, si pudiera vivir según su moral futura, á quien le preguntara si se debe estar con Dios ó contra Dios, podría contestarle prescindiendo de la pregunta:

—El hombre libre debe estar consigo mismo y contra todos los rebaños.

Las fatigas de un huelguista

París, 1906.

«Huelga, espacio de tiempo en que uno está sin trabajar», según define el diccionario de la Academia. El valor ético de la huelga sería muy fácil de fijar si los términos del problema fueran sencillos. Si el trabajo es un mal, la huelga es un bien: si el trabajo es un bien, la huelga es un mal. La cuestión no es, empero, tan sencilla.

El trabajo es una necesidad fisiológica y todo ser viviente goza trabajando, según lo ha demostrado Carlos Féré en un docto volumen sobre «el trabajo y el placer». Pero esa verdad fisiológica no es exacta en la vida real. Hay dos clases de trabajo. El que se efectúa cuando se tiene disposición, de acuerdo con las inclinaciones individuales, resulta delicioso: el que se ejecuta por necesidad y sin vocación, bajo una férula cualquiera, es horrible. En la vida económica moderna, al hablar de trabajo y de trabajadores se alude siempre al desagradable, al trabajo obligatorio.

No está probado que Dios sentenciara al hombre: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente»; más exacto parece el refrán profundísimo: «El vivo vive del tonto, y el tonto de su trabajo.» Era sin

duda un hombre vivo el señor Paúl Lafargue cuando escribió su hermoso panfleto «El derecho á la pereza», demostrando que el trabajo es un mal necesario, una desventura que el hombre debe soportar, aunque procurando reducirla á su mínima expresión. El panfleto ha cundido entre los trabajadores, según lo demuestran las numerosas huelgas que ocurren en todas partes; por el momento reclaman las ya clásicas ocho horas, reservándose el derecho de pedir después siete, cinco y si fuera posible dos. El ideal sería no trabajar ninguna.

Como todos los ideales, éste es un bello absurdo.

La Naturaleza brinda al hombre su enorme depósito de subsistencias, necesarias para la vida humana; pero esa materia prima hay que arrancarla de sus entrañas y elaborarla, hasta que sea adaptable á nuestras necesidades. El carbón no sale automáticamente de las minas; es menester sembrar el trigo; una fibra de planta no es una camisa, ni un copo de lana es un traje; una vaca viviente no es un puchero; un árbol ó una cantera no son una casa. Por esos motivos los hombres tienen la obligación de trabajar; y como cada uno por separado no puede adquirir todas las aptitudes que le son indispensables, se produce naturalmente la división del trabajo y existen mineros, agricultores, sastres, cocineros y albañiles.

Basta pensar en la complejidad de las necesidades humanas, siempre crecientes, para comprender la innumerable cantidad de trabajos obligatorios para el hombre. El progreso implica el aumento paulatino de esas necesidades: un hombre es tanto más civilizado cuantas más necesidades tiene. Un hotentote podría vivir ejerciendo tres ó

cuatro industrias; el más modesto obrero de un país civilizado usa los productos de tres ó cuatrocientas.

Es necesario, pues, trabajar; y en rigor, todo el mundo trabaja, aunque muchos en cosas inútiles ó perjudiciales. La diferencia estriba en que nadie está contento con el trabajo que le corresponde en la sociedad, ya porque esté mal distribuído, ya porque lo hay más ó menos pesado, más ó menos desagradable. Bajar á la mina, tejer un paño, anudarse la corbata y ceñirse el corsé, son cuatro formas de trabajo, todas ellas igualmente necesarias para el que lo ejecuta. Un diputado no debe ir al Congreso sin anudarse la corbata, ni puede una tiple cantar en público sin ponerse corsé; pero todos prefieren ser diputados y actrices en vez de mineros y tejedoras. Todos persiguen obstinadamente el mismo ideal: trabajar lo menos posible y en las mejores condiciones.

La civilización moderna, fundada en el sistema económico-capitalista, exige una pérdida cada vez mayor de la libertad individual en los trabajadores. La producción se industrializa cada día más, el trabajo en gran escala es más fecundo que la pequeña industria y la división del trabajo se acentúa. El obrero independiente desaparece, convirtiéndose en número de taller ó de estancia; el antiguo artesano tórnase proletario ó peón, obligado á trabajar en un ambiente colectivo, sometido á reglamentos, con horario fijo y remuneración por tarifa.

El trabajador ignora que esa esclavitud es indispensable para el funcionamiento de la gran industria y la atribuye á la simple maldad de los capitalistas. Como no puede renunciar á su ideal de trabajar menos y mejor, intenta modificar la

duración y las condiciones del trabajo mediante la lucha política y la lucha económica. La primera tiende á orientar la legislación en el sentido de sus aspiraciones; la segunda se propone la modificación directa del contrato de trabajo entre el capitalista y el obrero.

La acción política no tiene la confianza de los trabajadores franceses; los 45 diputados socialistas de Francia son simples políticos de profesión, algunos honestísimos, la mayoría desvergonzados. Están divididos en varias camarillas, se injurian en sus diarios y asambleas, se difaman; en una palabra, se disputan la clientela de electores. Con tal de ser elegidos se alían con el odiado burgués, compran votos, sobornan empleados, lo mismo que cualquier caudillo criollo. Alguno de ellos llega á ministro; entonces los otros diputados socialistas lo denigran, por haber llegado antes que los demás. (Esto no significa que los diputados conservadores sean, por lo general, menos detestables.)

Los trabajadores franceses prefieren la lucha en el terreno económico, para lo cual han organizado numerosos sindicatos obreros bajo el patrocinio de la Confederación Nacional del Trabajo. Allí se detesta á Jaurés lo mismo que á Millerand, á Deville, á Rouanet y á todo el mundo. Los únicos tolerados son Guesde y Lafargue... porque están reñidos con los otros.

Esta confederación ha creado la gimnasia de la huelga, pues el sistema sólo puede considerarse como un deporte. En Francia hay huelgas por centenares. Son muy entretenidas. Se pierden unas y se comienzan otras, para perderlas también. Los diarios explotan el asunto para dar interés á sus crónicas, exagerándolo de acuerdo con sus intereses políticos. Los diarios radicales creen reforzar

la acción del presente gobierno semisocialista; los diarios conservadores pretenden espantar á la población, demostrando los peligros de ese mismo gobierno.

Unos y otros no advierten que París sigue ajeno á esos manejos de comité, lleno siempre de extranjeros que pagan y de franceses que cobran; la industria del forastero, que es la más lucrativa de esta ciudad, no admite huelgas. Estamos á pocos días del 1.º de Mayo, y puede pronosticarse que en París no pasará nada; los burgueses sólo serán ametrallados á discursos. Es posible que en algunas regiones fabriles haya desórdenes; pero los agregados sociales tienen cimientos demasiado sólidos para que estos incidentes de la vida económica puedan comprometer su estabilidad; cuando más, llenan una página de historia sangrienta, como la revuelta de Espartaco, la Revolución francesa ó los motines de Rusia. Al poco tiempo las cosas vuelven á su marcha habitual, con ligeros cambios de amos y la adopción de ciertas reformas impuestas por razones históricas, independientes del capricho de las facciones revoltosas. La evolución social se opera á pesar del desorden, aunque en ciertos casos puede parecer su producto. En el caso presente, los disturbios obreros podrán dificultar el advenimiento del socialismo, en su parte realizable, pero no conseguirán impedirlo. El ministerio de Briand podrá más que la barricada de Guesde.

*
* *

Anoche, subiendo la interminable escalera de nuestra habitación en el bulevar Montmartre, nos detuvo un bulto. Era un trabajador, sentado en el

descanso del tercer piso; estaba cobrando fuerzas para continuar hasta el quinto.

Somos viejos conocidos. Es un joven delgado, lampiño, muy nervioso, hijo de un conspicuo bebedor de ajenjo, que en vez de mandarlo al colegio lo sumergió en un taller á la edad de siete años. Habla con alarmante verbosidad, lo cual le autoriza á creerse muy inteligente. El muchacho no es malo, pero en vez de fortuna heredó la inclinación por el ajenjo. Ha leído cinco ó seis folletos anarquistas, sin comprender gran cosa; pero los sabe de memoria y se atrevería á discutir con el propio Spencer, sosteniendo que la anarquía lo arreglará todo. Por el momento, mientras llegue la hora de participar de más grandes empresas, forma parte de un sindicato obrero; opina que urge declararse en huelga cuando el caso lo exige. Somos vecinos y cada ocho ó quince días entra en nuestra habitación para desahogar sus iras contra la «infame burguesía». Dado el carácter inofensivo de la retórica, su compañía nos entretiene; ¿por qué no confesarlo? abusamos de nuestra erudición en estas cuestiones, para dejarle el consuelo de creer que compartimos sus errores.

Le hicimos entrar en nuestro bufete, y empezó á contarnos sus fatigas del día.

—Estar de huelga es un trabajo enorme. Yo soy huelguista porque es necesario arreglar la sociedad; pero le juro ¡por Dios! que es un trabajo sobrehumano. Hoy me levanté á las cinco de la madrugada y salí en comisión con otros, para impedir que los traidores á la causa fueran á trabajar. Hubo una de palos tremenda; felizmente les rompimos la cabeza á tres de ellos, y de esta manera conseguimos atraerlos á nuestra lucha por la libertad.

—El sistema no es nuevo. En nuestro país alguien propuso hacer la unidad nacional á palos; no es de extrañar que en Francia, país más civilizado, se haga á palos la libertad...

—De ahí nos dirigimos á otros talleres. En todas partes hemos tenido que hablar y pegar, para convencer á algunos y corregir á otros; la causa de la libertad tiene sus exigencias. A las ocho de la mañana, fatigado ya, fuí á la Confederación para parlamentar con los jefes de las otras huelgas; allí pasé más de una hora escribiendo notas para los comités y circulares para los diarios...

—¿Para los diarios burgueses?

—Para ellos. Usted comprenda que si los diarios no se ocupasen de nosotros, las huelgas perderían su principal razón de ser. En *Le Journal* son muy buenos; ayer publicaron mi retrato. En *Le Matin* me han prometido publicar un discursito mío, pero tardan mucho; creo que el secretario de redacción debe ser un pesquisa, porque si no ya habría salido el discurso. A las diez hubo reunión en el Tívoli Vaux Hall y tuve que pronunciar como cinco proclamas. ¡Viera usted qué asamblea agitada! Un grupo de internacionalistas de Montparnasse quería quitarme la secretaría porque yo vivo en Montmartre; pero, felizmente, los internacionalistas de mi barrio son más vivos é hicimos poner en duda la buena fe de mi contrincante, insinuando que es amigo de un agente de pesquisas.

—¿Y la especie es cierta?

—¡Qué esperanza! Pero entre los obreros una insinuación de ese género es de efecto infalible; nosotros también tenemos nuestra política y cuando es necesario triunfar no podemos pararnos en simplezas.

—Pero la verdad...

—¡La verdad es que yo iba á perder el puesto de secretario! Como le iba diciendo, la asamblea fué borrascosa; fueron dos horas de apocalipsis, en una atmósfera espesada por mil alientos, cargada por toda clase de emanaciones desagradables, con vahos de ajenjo y de mugre, olor á tabaco negro y á pipas demasiado curadas. Todo el mundo quería hablar á un mismo tiempo y nadie decía nada. Por fin me encaramé sobre la mesa y salvé la situación repitiendo algunas frases elocuentes que le he aprendido á Jaurés: «Los obreros morimos de hambre y los burgueses mueren de indigestión»; «más vale morir en la brecha que vivir en la esclavitud»; «los destinos de la libertad y de la civilización están en nuestras manos», etc. Esas palabras tocaron el corazón del pueblo y hubo un disloque de entusiasmo, confirmándome en el puesto de secretario.

—Es una confirmación bien ganada...

—Al terminar la reunión, deshecho por la fatiga, habría deseado reposar. Me resigné á beber un par de ajenjos y tuve que salir en manifestación, dando gritos continuamente para que no se entibiara el ánimo de mis compañeros. Caminamos casi una hora sin rumbo, hasta que la policía nos atajó: allí armamos otra de puñadas y garrotazos para que los diarios hablen mañana de la importancia de la huelga. Así llegó la hora de almorzar; aunque rendido por el trabajo, tuve que despacharme rápidamente un par de platos y cuatro ó cinco ajenjos en la fonda de un compañero, donde come Juan Grave. Los días de trabajo tengo dos horas para almorzar; pero los días de huelga hay que hacerlo todo de prisa, no hay descanso posible. Media hora antes de la entrada á los talleres tuve que salir en una comisión de vigilancia y recomenzamos la

tarea de hablar y de pegar. A las dos de la tarde hubo reunión en la Bolsa de Trabajo, con la misma atmósfera pesada y otros quince ó veinte discursos; yo pronuncié cinco ó seis, para poner las cosas en su lugar, y además tuve que leer ante la asamblea un centenar de notas de los sindicatos hermanos, alentándonos á continuar en esta santa cruzada por el mejoramiento social.

—¿Las pretensiones de su gremio son muy radicales?

—Por ahora solamente exigimos la jornada de ocho horas; pero hay trabajadores muy atrasados y no quieren comprender la exigüidad de esta reclamación. Figúrese que al votar si se continuaría la huelga hubo más de cien votos en contra. ¡Y eso sabiendo la paliza que les espera si los descubrimos! El escrutinio me dió un trabajo enorme. Tuve que leer, una por una, más de mil boletas, casi todas escritas con garabatos indescifrables. Lo juro que quedé ronco; ¡tuve que beber un par de ajenjos!

—¿Otros dos?

—Sí, pues el ajenjo es el único remedio para la fatiga; si no bebiera, yo no podría aguantar ni dos días de huelga. A las cinco de la tarde hicimos otra manifestación y sus correspondientes discursos; en la plaza de la República hablaron los diputados Marcelo Sembat y Viviani. ¡Esos son hombres de carácter! Pronuncian discursos todos los días y jamás cambian de opinión; hace como diez años que les oigo repetir lo mismo.

—¿Siempre lo mismo?

—¡Claro! El día que no repitan lo mismo les silbaremos, por traidores. Después anduvimos ocho ó diez kilómetros, recorriendo las redacciones de los diarios, hasta la hora de comer. La fatiga era

tan grande, que tuve que beber un ajenjo para estimular el apetito. A las ocho de la noche hubo otra reunión para comentar las noticias del día. Llegué á la asamblea con una jaqueca atroz, no veía ni oía nada...

—¿Por qué no se acostó?

—Eso no es para tiempos de huelga. Un buen huelguista no debe tener jaqueca; aunque esté moribundo tiene que trabajar, pues las grandes causas no se ganan sin grandes sacrificios. En ese estado hube de escuchar otros nueve discursos y pronunciar el décimo. Después cantamos *La Internacional*...

—¿Usted también?

—¡Qué hacer! Al que no canta se le considera traidor á la causa, aunque tenga jaqueca. Y en seguida me puse á escribir las actas de las asambleas del día, varias notas y muchas circulares, hasta las dos de la mañana, sin probar un bocado ni beber más que dos ajenjos.

—Vaya usted á descansar; buena falta le hace.

—Sí, sí; por suerte pronto perderemos la huelga. Espero con impaciencia el momento en que volvamos á la fábrica para poder ¡al fin! descansar un poco.

Un día de elecciones en París

París, 1906.

Acaso tengan razón los anarquistas al afirmar que la política es una cosa detestable; pero se equivocan, sin duda, al negar que un día de elecciones conviene para divertirse, toda vez que no se incurra en la flaqueza de ser candidato.

La democracia tiene ventajas, aunque no lo afirme ningún hombre de talento. Para nuestro gusto, las mayores son de carácter risueño: un domingo electoral es tan ameno como los tres días de Carnaval juntos. En París todo ciudadano es elector y elegible. Desde que se inventaron los «Derechos del hombre», muchos zampatortas se toman en serio; cualquier analfabeto se cree apto para ser diputado y afirma tener alguna idea capaz de hacer la felicidad de sus semejantes.

Un programa se escribe en pocas horas. Es preferible que esté cuajado de vulgaridades y escrito en pésimo estilo. Un programa que no diga nada es el más perfecto, pues no lastima las ideas que cree tener cada elector. De cada cien, noventa y cinco mienten lo mismo: la grandeza del país, los sagrados principios republicanos, los derechos del hombre, los intereses del pueblo trabajador, la

moralidad política y administrativa. Todo ello es de una desvergüenza patibularia ó de una tontería enternecedora; simula decir mucho y no significa absolutamente nada. El miedo á las ideas concretas se disfraza con el antifaz de esas vaguedades verbales.

Mediante una docena de frases vagas, todo francés que cuente con el apoyo del gobierno puede llegar á ser diputado; aquí, como en todas partes, el gobierno gana cuantas elecciones quiere. Jaurés, por ejemplo, fué derrotado; pero la comisión revisora del escrutinio anuló unos cuantos votos al candidato contrario, sin alegar razones decentes, ni siquiera indecentes, proclamando electo al candidato gubernamental. El mundo es así. Cuando los regeneradores llegan al poder tienen que obrar como todos los gobiernos: *to be or not lo be.*

Se comprende que un hombre tenga el capricho de ser diputado alguna vez; ¡hay tantos caprichos en la vida! Pero es inexplicable el empeño de algunos ciudadanos por eternizarse en el Congreso, como si la diputación fuera una ganga ó una carrera profesional. Henry Maret—cuyos cinco mil electores fueron derrotados por los cuarenta millones desplegados en guerrilla por su adversario Rothschild—ha comentado su derrota diciendo que sólo fué candidato con el propósito de divertirse.

La carrera es absurda. Un teniente merece felicitaciones al ser nombrado capitán, lo mismo que un escribiente ascendido á auxiliar de secretaría; toda carrera tiene un ascenso y ascender es un motivo de regocijo. La profesión de diputado no respeta esa regla. En las demás se deja el puesto para ocupar otro mejor; en ésta se lo pierde cada cuatro años, y el pobre diputado tiene que recomenzar su viacrucis de enredos, promesas y dis-

cursos para... no ser más que antes si triunfa ó deesaparecer de la escena en caso contrario.

Sus amigos lo felicitan cuando es reelecto. ¡Magnífico! Es lo mismo que si cada cuatro años felicitaran á un vigilante porque sigue siéndolo, sin haber llegado á sargento, ni siquiera á cabo segundo. En ninguna otra profesión se considera como un éxito el permanecer estacionario; lo singular de la carrera electoral es que un ciudadano brega y se sacrifica veinte años ó medio siglo para no dejar de ser lo que es. Los diputados antiguos son los más tenaces y empedernidos.

***

El ironista que asoma las narices en el atolladero electoral descubre, con sorpresa, que algunos hombres ilustres son víctimas del voto de la canalla mercenaria. Tan extraordinario acontecimiento se explica por la necesidad que sienten los mediocres de parapetarse tras el blasón intelectual de algunos selectos: un partido serio necesita adornar su lista con ciertos nombres respetados. Dos ó tres eminencias son escudo eficaz para una recua de pordioseros morales: equivalen á la flor que luce en el ojal de un compadrito suburbano. Cuando es elegido un hombre de talento, meritorio ó virtuoso, no debe sospecharse que es en homenaje á sus cualidades; los contratistas de elecciones ignoran la dicha de admirar á los hombres superiores. Comercian simplemente sobre el prestigio del pabellón para dar paso á su mercancía de contrabando; son bandoleros que descuentan en el banco del éxito merced á la firma prestigiosa y honesta. Cada grupo de inútiles se forma un estado mayor que disculpe sus pretensiones de gobernar al país,

desahogando su vanidad ó su piratería bajo pretexto de sostener ideales é intereses de partido. Por cada Clemenceau hay más de cien insignificantes.

Aparte esas excepciones, que las hay en Francia como en todas partes, la masa de los «elegidos del pueblo» suele ser subalterna y profesional. Esta mayoría mediocre puede clasificarse en tres grupos: vanidosos, deshonestos y serviles.

Los vanidosos derrochan su fortuna por conseguir una butaca en el Parlamento. Ya es un rico terrateniente ó un poderoso industrial que paga á peso de oro los votos coleccionados por un mercachifle electoral, cuya eficacia guarda proporción con su inconducta; ya es un advenedizo que gasta la fortuna de su mujer en comprarse el diploma de congresal, único accesible á su mentalidad amorfa; ya es el asno enriquecido que aspira á ser dirigente de la política sin más capital que su constancia y sus millones. Estos vanidosos necesitan ser alguien, y lo consiguen negociando el doctorado en política. De otro modo serían simples «hombres que no existen».

Los deshonestos son legión; toman por asalto el Parlamento, á fin de entregarse á toda clase de especulaciones lucrativas. Venden su voto á empresas que muerden el presupuesto; apoyan proyectos de grandes negocios con el Estado, cobrando sus discursos á tanto por minuto; pagan con empleos y dádivas oficiales á sus electores; comercian al menudeo su posición parlamentaria para obtener pequeñas concesiones en favor de su clientela. Su gestión política debe ser tranquila: un hombre de negocios está siempre con la mayoría y apoya á todos gobiernos.

Los serviles merodean por los Congresos en vir-

tud de la flexibilidad de sus espinazos. Lacayos de un grande hombre, no osan discutir su jefatura; el amo no les pide talento, elocuencia ó probidad, pues le basta con la certeza de su panurgismo. Viven de luz ajena, satélites sin calor y sin pensamiento, uncidos al carro de su caudillo, dispuestos siempre á batir palmas cuando él habla y á ponerse de pie llegada la hora de una votación.

Fuera de esas tres categorías, sólo se observan casos aislados de talento y de carácter, soñadores de algún apostolado ó representantes de fanatismos colectivos. Es de inocentes creer que el verdadero mérito abre las puertas del Parlamento. Un médico francés nos refirió que había resuelto dedicarse á la política.

—¿Estudia mucho?—le preguntamos.

—¿Qué?

—Le supongo consagrado á la Economía Política, á la Sociología, al Derecho Constitucional, á las Finanzas, á la Historia, al Derecho Internacional...

—No, doctor, nada de eso...—repuso sonriendo.

—¿Entonces?...

—Visito diariamente al jefe de mi partido y ya me ha invitado tres veces á almorzar... Pronto seré diputado.

***

El 20 de Mayo presenciamos en París el segundo acto del sainete electoral.

Resistimos fácilmente á la tentación de comentar en serio asuntos que no lo son: muertos que votan, vivos que venden sus libretas, candidatos que gastan dinero, escrutadores que escamotean votos, ingenuos que se entusiasman y bribones que mienten con elocuencia. Es inútil describir esas

minucias, pues en Buenos Aires suelen verse elecciones tan adelantadas como en París.

Pero hay, en las de aquí, un factor que allí no se conoce: los programas de los candidatos y los carteles electorales. Comenzaremos por los títulos de éstos, que oscilan entre el más pavoroso terrorismo y la comicidad más grotesca.

En el barrio de los estudiantes dispútanse el diploma el conservador Auffray y el socialista Viviani. Los carteles reaccionarios se titulan: «La libertad en peligro», «La desvergüenza masónica», «Respuesta á una respuesta», «La sangre de Dantón», «Bebida por cucharadas», etc.; los socialistas retrucaron como sigue: «Una infamia», «Respuesta á los sicarios», «Basta de respuestas», «Temblad», «El juicio final», etc.

En el Hotel de Ville, entre el nacionalista Galli y el célebre juez Magnaud, radical-socialista: «Gracias, hombres decentes», «Respuesta á una maniobra desleal», «La tiranía radical socialista», «¡La libertad protesta!», «Candidatos pedigüeños», «El juez de los masones anarquistas», «A la horca las sotanas», etc.

Entre Armand Charpentier y Tournade los títulos fueron más metafóricos, gracias á la fantasía literaria del primero: «Nada de confusión, nada de confesión», «La carabina de Ambrosio y el monóculo de Chamberlain», «La paja y la pólvora», «La linterna y la vejiga», «El siniestro fantasma», «La torre de Babel», etc.

Lo mismo ocurrió en todos los distritos. Leyendo esos títulos será fácil suponer lo que diría el texto de los carteles electorales. Calumnias, titeos, infamias, lodo, indignidad, bajeza, mentira: los candidatos se someten á todo por conseguir de los electores la limosna del voto.

Esta es la lección de política que se recibe en un día de elecciones, un siglo después de la gran Revolución.

Los carteles electorales sirven para todo y tienen ya su historia. Las anécdotas que referimos á continuación circularon por más de cien diarios y revistas de París, regodeando á los lectores antiparlamentarios. Uno de los mayores beneficios del sufragio universal en Francia fué dar á conocer la candidatura Marcerou, la eterna candidatura que se presentaba en todos los distritos. El candidato no perseguía honores oficiales ni pretendía arreglar el mundo; su propósito era mucho más práctico: llamar la atención de los electores sobre una nueva marca de betún para lustrar calzado. El candidato no agregaba á su nombre ninguna indicación política; no era un Marcerou republicano, ni un Marcerou bonapartista. Se contentaba con indicar su carácter de «fabricante de betún» y su profesión hacía las veces de profesión de fe: el betún era su programa.

Marcerou fué un candidato travieso; ha habido centenares de candidatos ingenuos cuyos programas se han hecho célebres.

En 1848 hubo un Charlemagne Bejot que preconizaba en el suyo una ley obligando á los hombres á casarse antes de los veintidós años. En 1849 fué célebre el candidato Coison; garantizaba á sus electores que, llegando al Congreso, revelaría al mundo las causas y los remedios de las enfermedades de la papa y de la viña. Un médico, Grégoire, ofreció renunciar su sueldo en favor de las víctimas de los accidentes de vehículos. Pierre Manchón prometió curar todos los males sociales mediante «la aplicación de la tesis, la síntesis y la antítesis». Un autor dramático, Fougas, se comprometió á

distribuir al pueblo los millones que producirían sus obras... cuando se representaran. El más temible de todos los candidatos fué Preban, el cual empeñó su palabra de honor de que en caso de ser electo, «ocuparía la tribuna desde la mañana hasta la noche». (¡Cosa rara! Los electores tuvieron el tino de no elegirlo.)

Sin embargo, todos los candidatos excéntricos, burlones, desequilibrados ó imbéciles, obtienen algunos votos. El célebre candidato Captain Cap, que algunos consideran una simple fantasía literaria del ingenioso Alfonso Allais, existió realmente. Su verdadero nombre fué Caprón y presentó su candidatura á los electores de Montmartre con un programa netamente «antiburocrático». Muchas personalidades literarias del Chat Noir y del Auberge du Clou lo apoyaron con alegre entusiasmo, consiguiendo reunir una compacta minoría de ciento veinte votos. Sea como fuere, el hecho real fué que ciento veinte ciudadanos usaron, como de un juguete, de esta libreta electoral, que desde hace un siglo se proclama sagrada y sublime.

Quince votos obtuvo, en Loire, un adversario del mismísimo Waldeck Rousseau; entre otras cosas prometía, por cuenta del Estado, «instalar en todas las casas máquinas para rechazar á los acreedores». Ese candidato era un verdadero apóstol y jamás se dudó de su buena fe.

No nos ha parecido tan ingenuo el candidato Jules Laurent, cuyos carteles hemos leído en el distrito de Battignolles; se presentó como candidato «republicano, radical, socialista, revolucionario, anarquista, nacionalista, vividor, quesista y sobre todo fumista». Su programa, difundido profusamente en el barrío, consta de los siguientes artículos: 1.° Separación de Battignolles y del Estado.

2.° Se dará de oficio la Legión de Honor á todos los ciudadanos. 3.° Las palmas académicas serán declaradas de utilidad pública. 4.° Reglamentación severa de la conducta de las suegras. 5.° Teresa Humbert será nombrada tesorera general de la nación. 6.° Creación de una escuela nacional de robo. 7.° Transporte de la torre Eiffel á la plaza de Battignolles. 8.° El gas y la electricidad serán sustituídos por la luz astral. 9.° Las calles del barrio serán regadas con agua colonia. 10. Supresión de todo lo que estorba: conserjes, peluqueros, diputados, cobradores, etc. Este candidato obtuvo una docena de votos.

Julio Guesde, candidato socialista, el día precedente al del segundo escrutinio se dejó decir en una entrevista que la jornada de trabajo podría reducirse ¡á 45 minutos!... Claro está que lo eligieron. Mauricio Barrés, el ilustre académico, antes candidato revolucionario, se presentó esta vez como conservador, firmando carteles que dicen: «Salvemos á la Francia de los peligros espantosos que la amenazan, decapitemos la hidra masónica y demagógica, arrasemos el nido de la blasfemia y de la anarquía.» Y claro está que también lo eligieron.

En el barrio de las Grandes Carrières, el ciudadano Constantino Dalechamp, dueño de un despacho de bebidas—y eminente bebedor él mismo—, se presentó como «candidato de los descontentos» contra todos los partidos; obtuvo catorce votos sobre ocho mil votantes. ¿Ese resultado prueba que la cuestión social no es tan grave como la pintan?

El candidato Pépain, sabiendo que el sueño de todo buen francés es ser funcionario, estudió un medio práctico de realizarlo. «Cada año se hará un cuadro, teniendo en cuenta la densidad de la po-

blación, las escalas de mortalidad y el número de empleos públicos, de manera que todo francés, hombre ó mujer, sea llamado á ocupar, durante el mismo espacio de tiempo, todos los cargos públicos. El ciudadano que goce normalmente de sus derechos políticos, antes de morir habrá sido, aunque sea por un minuto, presidente de la República y gran oficial de la Legión de Honor.» Su cartel es muy simple: *Pépain (de l'Orne)—Candidat fontionnariste—¡Tout le mond fontionnaire!*

Más expeditivo es el cartel de un médico de Montparnasse: *Doctor Mortillet—Candidat unique.*» Tuvo un solo voto, el propio. ¡Si habrá muerto enfermos!

El diario de Drumont publicó la siguiente mentira: «El negro Legitimus, electo diputado socialista por los negros que infectan la isla de la Martinica, propondrá que en homenaje á la igualdad socialista todos los negros sean declarados blancos; es su programa.» Drumont se divierte.

Hasta aquí las anécdotas espigadas en la prensa.

***

El criterio para elegir candidato es sumamente variable. Nos contaba el literato Max Fischer que en un pueblo de campaña ocurrió el siguiente caso: Gracias al aumento de población se creó un nuevo empleo de diputado; el señor Juan Buenhombre, amado por los vecinos gracias á su talento y virtudes, supo que el foragido Tristán Rompealmas osaba presentar su candidatura. «¿Cómo es posible —se dijo—que la población elija á este ejemplar de presidio?» Viendo que nadie se presentaba contra él, Buenhombre mandó imprimir tres mil carteles y lanzó su candidatura, seguro de la victoria.

El periódico de la localidad anotó semanalmente las peripecias de la campaña electoral: «Total de votantes, 10.000. Votos asegurados para Buenhombre, 5.000. Para Rompealmas, 0.» Este último tenía ya muchos enemigos, y era de presumir que su candidatura acrecentara el número.

Una mañana Rompealmas aplastó con su bicicleta á un niño de tres años; como sus padres protestaran, los apaleó y amenazó de muerte. Todo el pueblo se indignó; los electores estaban furiosos.

—¡Qué maldición para un pueblo tener un vecino de esta catadura, y no poder librarse de él!

Buenhombre se frotó las manos, considerando segura su elección. Pero al día siguiente leyó en el periódico: «Votos asegurados para Buenhombre, 5.000. Para Rompealmas, 5.000.»

Poco después Rompealmas dió de bofetadas á un anciago cegatón que no le saludó en la calle. La indignación llegó al colmo; algunos propusieron lynchar al bandido, pero todos tenían miedo. Buenhombre se frotó las manos por segunda vez. El periódico lo sorprendió: «Votos para Buenhombre, 2.000. Para Rompealmas, 8.000.»

Buenhombre se dedicó á hacer toda clase de buenas acciones y sacrificios para reconquistar sus votos; en cambio Rompealmas hizo todo lo posible para afrentar á sus conciudadanos.

El día de las elecciones los diarios de París publicaron este lacónico telegrama: «Rompealmas, republicano, elegido por 10.000 votos.»

Buenhombre se quejó al ver tanta ingratitud. Sus vecinos protestaron:

—Cuando un pueblo tiene la dicha de poseer un hombre tan simpático y bueno como usted, no debe desterrarlo á la capital.

—¿Entonces—gritó Buenhombre estupefacto—

habéis elegido á Rompealmas para libraros de él? ¿No pensáis que con cualquier pretexto podrá venir á molestaros?

Un viejo muy politiquero consoló á los electores:

—Los diputados, para librarse de su compañía en la Cámara, le confiarán el primer ministerio vacante. Y después... el presidente del Consejo de ministros será quien tenga que librarse de él.

Es posible que se hable de Rompealmas para suceder á Falliéres en la presidencia de la República.

El señor Cero-á-la-izquierda

Niza, 1906.

De paseo por los alrededores de Niza: cielo claro, los árboles á medio vestir, horizonte sereno y tranquilo, palideces de luz en todos los rumbos como en un suave paisaje de Corot. Aquí una choza triste rodeada por jardines prolícromos; allá una moza vigilando sus vacas blancas dispersas como granos de arroz sobre el inmenso verdor de la pradera; más lejos un sendero tortuoso é interminable serpenteando en el valle como una tenue víbora inquieta. Y en el fondo los Alpes Marítimos dibujando sobre el azul su línea irregular como el margen de un libro cuyos pliegos rompemos sin paciencia, nerviosamente, con los bordes de la mano. A la derecha, sobre la falda abrupta de una sierra, un olivar ponía su pincelada vasta de sombra y de tristura. A poco andar, rumbo al vecino pueblo de Grasse, muchos vergeles en flor; allí tropezamos con tres siluetas humanas, dos jóvenes y un viejo, que igual pudieran encontrarse en un volumen de Zola ó en una página de Gorki.

Sus manos groseras y mugrientas cortaban rosas pálidas que caían desmayadas en banastos de

mimbre y de caña; los pétalos temblaban entre la brusca tenaza de sus dedos, como se estremeció el busto frágil de Ana Bolena al contacto del verdugo londinense. Es una de las crueldades necesarias para la industria de los perfumes; ¿cómo podría comprender el rico burgués de Grasse que las rosas pálidas deben ser recogidas por manos galantes y agonizar entre los senos de una Afrodita hermosa? Menos lo comprenden estos infortunados campesinos que en cosechar las rosas ven sólo un oficio; á fuerza de recogerlas durante muchos años no sienten ya su perfume, ni deleita su vista el matiz suavísimo de las corolas sonrientes á la tibieza del sol, ni cosquillea sus dedos el suave contacto de los pétalos sedosos. Trabajan como bueyes uncidos á un yugo, sin cariño por la tierra fecunda ni por las flores aromosas como incensarios. Sin embargo, á la distancia, sus espinazos encorvados parecían cuellos de viejos cisnes obscuros y el cuadro despertaba evocaciones poéticas: un carmen de Horacio ó una tela de Millet.

¿Por qué no entrevistarles sobre la actualidad política de Francia? Presidente nuevo, senadores nuevos, inminente renovación de la Cámara de diputados y otras novelerías de bulto pesan sobre sus hombros. Son ciudadanos, y como tales la Constitución les concede el privilegio de pagar los impuestos y la ilusión de elegirse gobernante. ¿Qué piensa de «todo eso» el señor Cero á-la izquierda?

***

Al acercarnos, los tres se irguieron á medias y nos dieron los buenos días, tímidamente, en su dialecto endiablado, mezcla de marsellés y piamontés con alguna pizca de castellano. Fácilmente hici-

mos cordial amistad, mediante un cigarrillo por cabeza, procedimiento habitual entre los visitadores de manicomios. Charlamos del tiempo, de las flores, del trabajo, de los extranjeros que llegan á Niza huyendo el espantoso clima invernal de París —bruma, lodo, lluvia y meretrices—, y charlamos también de otras cosas inútiles como preámbulo á la más inútil de todas para ellos: la política.

—¿Habéis oído hablar del nuevo presidente?

El viejo se encogió de hombros y agregó, señalando al más joven:

—Yo soy un trabajador honesto y no me gustan las intrigas. Este sí lee los diarios y el otro día nos contó que ahora han inventado otro presidente.

El joven, que acechaba la ocasión de hablar, intervino de prisa:

—Yo soy un ciudadano y un patriota. Sé que el nuevo presidente se llama Falliéres y puedo asegurar que debe ser un gran hombre...

—¿Por qué debe serlo?—interrumpimos.

—Porque lo han nombrado presidente. En Francia no es presidente cualquiera; tiene que ser un hombre extraordinario, como antes era el rey. Por eso nos manda á todos.

—¿Usted lo ha visto alguna vez?

—Personalmente nunca; pero salió el retrato en *mi* diario. ¡Ya lo creo que me gustaría verlo! Debe ser un hombre hermoso, alto, robusto, sabio, muy bueno....

—¿Y qué más?—interrumpió con sorna el otro joven.

—No le haga caso, buen señor: á éste le llamamos «el loco». Se ríe de los que nos mandan: no quiere comprender que un presidente no es un hombre como los demás. ¡Pues sí! Yo cursé toda la

escuela elemental, presté mi servicio en el ejército y soy ciudadano de la Francia, que es el primer país del mundo. Y tengo derecho de asegurar que un presidente es el hombre más sabio y más bueno...

—Está bien; pero no tanto como lo era el rey, ni como lo es el cura de nuestra parroquia; ¡no exageres!—corrigió el viejo.

—Falliéres es más sabio y más bueno que el rey, que el cura y que todos; para eso es presidente.

Mientras el viejo cabeceaba negativamente, el loco nos dijo cabeceando:

—Ya ve, señor. Todo está en averiguar si el cura y el rey son mejores que el presidente. Yo siempre les digo que son iguales y que son hombres como nosotros; por eso me llaman el loco.

—¿Como nosotros?—exclamó el viejo persignándose.

—¡Claro! Nosotros nos ocupamos de nuestros oficios y ellos de los suyos. Estos simples no quieren creer que juntar rosas es tan importante como decir misa ó hacer discursos; aparte de que es más lindo...

He ahí tema para un cuento anarquista de Octavio Mirbeau.

***

El ciudadano lector de *su* diario creyó justificarse con estas palabras:

—Yo, señor, no soy un tonto como él. Yo no pienso con mi pobre cabeza de ignorante, no tengo esa pretensión: yo repito lo que dice *mi* diputado cuando viene á pronunciarnos un discurso muy lindo, ¡viera qué discurso! Ya se lo he oído á él

mismo tres veces y siempre me hace llorar de patriotismo, porque, además de republicano, es radical. ¡Y qué radical! Habla sin cortarse nunca y le han tomado el discurso en esas máquinas que hablan solas.

—En el fonógrafo.

—Yo no necesito saber el nombre de la máquina. Pero cada mes, cuando bajo al pueblo, me gasto diez céntimos para oirlo de nuevo...

—Sí, sí. ¡Harías mejor en oir todos los domingos los sermones del cura! Y son más buenos porque siquiera algunas veces son diferentes y no hay que pagar diez céntimos para oirlos. Además, el cura dice siempre la verdad, lo mismo hoy que hace cincuenta años.

El viejo temblaba de emoción al pronunciar estas palabras.

—Pues yo, señor, me quedo con lo que dice *mi* diputado. Este viejo no lo quiere porque los diputados son amigos de los presidentes y ahora éstos se han peleado con los curas. Pero la verdad es...

—El cura dice que entre los presidentes y los diputados les han robado todos sus bienes á los que van á la iglesia.

—¡No es cierto! Esa es la ley que se llama de la separación de la Iglesia y del Estado. Y la ley no la hacen los presidentes y los diputados, la hace el pueblo, el pueblo soberano, desde que la gran Revolución rompió sus cadenas...

Y el loco, al desgaire:

—¿Y quién es el pueblo?

—Los ciudadanos, nosotros.

—¿De manera, que tú eres el pueblo?

—¡Sí; en la escuela he leído los derechos del hombre!

—¿Entonces, tú has hecho esa ley de la separa-

ción?—gruñó el viejo, entre indignado y sorprendido.

El ciudadano se quedó pensativo, sin saber qué contestar.

***

—A mi no me agarran más esos charlatanes —dijo el loco—. Primero nos dicen que somos ciudadanos, que nos van á proteger, que nos aumentarán el jornal, que los grandes destinos de Francia están en nuestras manos, que el trabajo ennoblece y dignifica al hombre, y mil paparruchas agradables al oído, hasta que llega el día de las elecciones. ¡Y los viera, señor! Vienen de chambergo á visitarnos en nuestras covachas nos dan una palmadita en el hombro, nos tutean, felicitan á nuestras mujeres por su buena salud, se sientan los chicos sobre las rodillas sin fijarse en que les ensucien los pantalones recién planchados, y al irse nos aprietan la mano con gran efusión ó nos pagan un ajenjo barato en la taberna vecina. Parecen viejos amigos...

—El mío lo es de verdad—repuso el ciudadano.

—¡Ya se ve! Hasta el día de las elecciones. Ese día nos llevan á votar como carneros.

—¡Eso no lo dirás! ¡Te consta que *mi* diputado nos manda buscar en birloche y que en la fonda de la Fraternidad Republicana tenemos almuerzo y beberaje gratuitos!

—¡Si! Pero al día siguiente... si te he visto no me acuerdo. Gran galera, gran levita, gran cuello; ya no nos saludan cuando pasan por el camino mientras nosotros sudamos la gota gorda en el trabajo; y de yapa, si no tenemos cuidado, nos aplastan una criatura con esos coches que andan muy ligero sin caballos. ¿A mí? ¡Maní! Que le cuenten á

otro que los destinos de Francia están en nuestras manos; yo no creo en la política.

—Haces mal—replicó el ciudadano—. La Francia, como dice el discurso de *mi* diputado, es la madre de todos nosotros, y á ningún hijo pueden serle indiferentes las cosas de su madre.

El viejo opinó con mucha calma:

—No, hijo mío. La madre es la Iglesia, como enseña el cura los domingos. Lo que el loco dice de los diputados de ahora es la pura verdad, se ríen de nosotros. Yo voté la otra vez por el mismo por quien tú votaste; pero fué porque el patrón del campo me iba á despedir si no lo hacía. Sin embargo, me confesé la mañana siguiente y el cura me perdonó con tal que no lo hiciese más.

—Pero volverá á hacerlo en las elecciones de Abril, porque usted, aunque viejo, es un ciudadano libre y por eso tiene que hacer lo que diga *mi* diputado.

—¿A eso le llamas ser un ciudadano libre?—dijo el loco—. Se conoce que has ido mucho á la escuela y sabes leer *tu* diario. Con razón estás orgulloso de ambas ventajas...

—A ti también te despedirán por loco.

—Puede ser. Pero yo no soy viejo todavía y encontraré trabajo en cualquier parte. Yo no voto, yo no voto más, porque *tu* diputado es un embrollón. Antes de las elecciones me prometió una plaza de chauffeur en ese coche que anda muy ligero sin caballos y después me plantó...



—¡Se conoce que el despecho te hace hablar! Si hubieras oído la parte de *nuestro* discurso que explica las nuevas leyes que van á hacer...

—¡Linda cosa! Eso de las leyes nuevas hace un siglo que lo repiten. Para mí las leyes son simples torniquetes para sacarnos la plata de los bolsillos. Cuando hemos trabajado un día entero para juntar un carro de rosas y las llevamos á la fábrica, nos cobran tres sueldos, porque dicen que hay una ley; cuando sube el precio del pan, el panadero dice que hay otra ley; cuando murieron el tata viejo y mi angelito inocente, tuve que pagar para enterarlos, porque hasta para morirse han inventado una ley especial. ¡Estamos frescos si *tu* diputado sigue haciendo leyes nuevas!

El viejo quiso poner las cosas en su lugar:

—No hay que hablar mal de las leyes; toda ley es justa y respetable. Dios, cuando hizo el mundo, hizo también la ley. La Santa Madre Iglesia tiene sus leyes y el rey también las tuvo. Lo malo es que ahora quieren echar á todos los reyes y separarse de todas las iglesias; eso es lo malo.

—No, no es eso—interrumpió el loco.

—Sí, muchacho; eso es. Ahora los que hacen las leyes son hombres que hablan; el cura dice siempre que estas leyes de hoy no son más que habladurías y que pronto se van á acabar.

—¡Nunca!—rugió el ciudadano—. *Mi* diario dice otra cosa; el presidente Falliéres va á aumentarlas para hacer respetar los sagrados principios de la Revolución francesa, los inmortales derechos fundados en la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

—¡Oh ingenuo!—exclamó el loco, riendo á mandíbula batiente—. ¡Nuestra libertad... y si no votamos por *tu* diputado nos despiden del trabajo! ¡La igualdad entre los que pagamos cada ley que ponen y los que cobran sueldo para ponerlas! ¡La fraternidad que nos rehusa la mano después de las elec-

ciones y nos aplasta la criatura con el coche que anda ligero sin caballos!

El asunto del automóvil le hervía en los sesos.

***

La discusión entre ellos se agriaba; resolvimos cambiar tema. Pocas conversaciones políticas nos han parecido más interesantes que ésta, cuya disparatada ingenuidad deja traslucir la verdadera mentalidad política del campesino francés. Nos dirigimos al viejo:

—¿Ha oído hablar de la guerra entre Rusia y el Japón?

—No los conozco; deben ser reyes de ahora ó presidentes.

—Son dos países.

—¿Países?

—Sí; dos países, como Francia y Alemania.

—Antes no había tantos. He oído hablar de la Italia y de que hay ingleses. Esos otros deben ser cosas nuevas. ¡No le decía yo que todo anda mal! Los diputados, además de hacer leyes nuevas, inventan países nuevos para que haya más guerras.

—¿Le parecen malas?

—Ya lo creo, pero no hay remedio. Cuando el rey de Francia se enojó con el de Alemania, tuvimos que ir á la guerra todos los pobres. Me acuerdo que fué mi padre, que fueron mis tres hermanos y yo también fuí. El viejo y mis dos hermanos murieron. ¡Pobrecitos! nunca habían hecho mal á nadie...

El viejo se enjugó algunas lágrimas con el faldón de la chaqueta. Y siguió:

—A mí me hirieron en un brazo, pero estoy contento porque me dieron una cintita azul. ¡Lástima

que no pueda usarla, pues nunca bajo á la ciudad!...

—¿Y por qué fueron á la guerra?

—Eso es otra cosa. Hay que ir porque el rey lo manda. Por eso no me gustan los reyes que se enojan; ellos se enojan y los pobres tenemos que hacernos matar.

—¿Y ellos?

—Ellos se arreglan cuando nosotros estamos todos muertos. Pero hay que tener paciencia; la guerra es un castigo que nos manda Dios y hay que saberla sufrir con resignación. Dice el cura que si Dios no quisiera no habría guerra.

—¿Pero, entonces, la culpa no es de los reyes?

—Ahora no; ahora es de los presidentes...

El ciudadano ardía por interrumpir y acabó por hacerlo:

—La guerra—dice *mi* diputado—es para defender á la Francia, que es la madre de todos nosotros; debemos ir aunque no sepamos por qué.

—Y aunque nos maten...—refunfuñó el loco.

—¡Naturalmente! Si hubieras oído á *mi* diputado no hablarías con tan poco juicio. Aunque no lo dice muy claro, porque en política nunca se debe hablar claro, da á comprender que todos los alemanes son unos pícaros y quieren matarnos á todos los franceses de por acá, como ya mataron á todos los de Alsacia y Lorena; y dice también que si vienen los ingleses nos van á robar toda la plata...

—¡Qué lástima!—comentó el loco—. ¡Ya no tendrás diez céntimos para oir cada treinta días el discurso de la máquina que habla sola!

—Ya ve, señor—nos dijo el anciano—: los hombres de hoy no se entienden más desde que han inventado la política. Antes todos éramos como hermanos. Nos quitábamos el sombrero para pro-

nunciar el nombre del rey, los hijos pensaban como los padres, el cura nos daba buenos consejos y no había que pagar nada para llevar á la fábrica un carro de rosas. Ahora es otra cosa: el pobrerío no se entiende, parece que en estos campos hubieran sembrado alguna hierba mala. Los muchachos se ríen de los viejos, los diputados nos hablan de cosas que ni ellos comprenden, los patronos nos llevan á votar, á los curas les faltan al respeto y cada día inventan otra ley para que paguemos ahorrando sobre la comida... Y á todo esto le llaman la política, la república y qué sé yo.

—Los viejos no pueden comprender esto, pero los ciudadanos lo entendemos muy bien. No conocen las glorias de la Revolución francesa ni los derechos del hombre.

***

Amenazaba recitar otro capítulo del discurso de *su* diputado cuando el loco le advirtió que asomaba á lo lejos la silueta del dueño de las perfumerías de Grasse. Los tres volvieron á su yugo, mansitos, doblando otra vez sus espinazos como cuellos de viejos cisnes obscuros.

Solamente el loco se atrevió á despedirse; nos guiñó el ojo picarescamente, señalando al ciudadano:

—¡Este no quiere convencerse de que es un Cero-á-la-izquierda!

DOS DISCURSOS

“Plus Ultra“... [1]

. . . .

Vuestro generoso aplauso colectivo me evoca sensaciones diversas: la tierna caricia de una madre que alienta al niño en sus primeros pasos, ó la cita de un delicado verso clásico en la monotonía de una página prosaica, ó el fecundo aluvión sobre una pampa calcinada por largo día de sol ardiente, ó la clarinada del propio ejército al centinela perdido en la distancia y en la noche, expuesto á desorientarse. Descubro en el aplauso un estímulo; en el elogio un pacto. La celebración de este éxito me parece un violento hincar de espuelas sobre el flanco del trabajador que sospecháis cansado, compeliéndole á nueva y proficua labor, para exigirle realizaciones concordes con vuestros amistosos presentimientos.



(1) Discurso pronunciado en 1904 en el banquete ofrecido al autor al obtener el premio de la Academia de Medicina «á la mejor obra científica publicada en el país», por el libro *Simulación de la locura.*

Mucho cariño dictó, ayer, á un condiscípulo: «Has llegado», en una felicitación casi tierna.

¿Llegado? ¿Se llega, acaso, en la vida?

Sólo llega el que fracasa, porque llegar es detenerse. La vida es acción, movimiento incesante. Vive el que nunca llega, el que se propone ideales cada vez más lejanos mientras se aproxima á cada uno de los que persigue. Llegar implica un renunciamiento á las posibilidades ulteriores.

La vida no debe ser uniforme y serena como una etapa sin confines. Es una cordillera infinita: debemos vivirla en perpetuo ascenso hacia más altas cumbres, progresivamente, corriendo siempre tras la quimera de un perenne más allá.

La ruta no es descabellada: aunque sobre la veta desbordante de nieve la refracción del sol ciegue al viajero; aunque la atmósfera difícil oprima los pulmones inexpertos; aunque, mirando al llano, la propia audacia cueste el vértigo de las alturas.

En la duda, ¿preferiremos que nos ciegue el verdadero reflejo del pantano inerte y cenagoso —que nos ahoguen los miasmas condensados en las llanuras apestadas de vulgaridad—, que nos asfixie el ácido carbónico que, por más pesado, se condensa en los estratos inferiores de la atmósfera?

Vida ascendente y programa infinito, debe ser la fórmula para la juventud. Llegar es acomodarse y reposar, gozando del trabajo pasado; es decir, enmoheciendo los engranajes.

*
* *

La expresión de la vida es el movimiento, suele repetirse.

bles terapéuticas, es ya un programa de exploraciones ilimitadas.

Sin embargo, apenas constituye un capítulo en el objetivo total de la ciencia, de la filosofía y del arte.

***

Si alguien pudiera representar á mi geneaación, en la que soy apenas uno de tantos legionarios, podría enunciar en pocos postulados el programa para toda la juventud intelectual: la que escudriña problemas científicos superiores y la que educa su espíritu en las letras y en las artes.

La inteligencia es cualidad vulgar en los argentinos. Ella se convierte en talento por obra del estudio pertinaz; en cambio, no pasa de frivolidad estéril si no es fecundada por una constante disciplina de trabajo. La actual juventud será legión de hombres de talento, en las ciencias y en las letras, si modela esa áspera arcilla de su inteligencia nativa hasta darle una vigorosa robustez de *Discóbolo* ó una bellísima finura de *Perseo*.

La era de las improvisaciones declinará muy pronto; hay en la palestra demasiados luchadores por la vida. Será cada vez más difícil piratear una cátedra ó ejercer funciones públicas sin aptitudes especializadas. La evolución de los pueblos civiles impone definir la división social del trabajo; tal vez, en un futuro no remoto, exija en cada profesor un sabio, en cada funcionario un técnico, en cada político un sociólogo.

Entonces llegará para la juventud la hora de las liquidaciones positivas. Los activos, los infatigables estarán sobre el buen derrotero, mirando frente á frente los problemas del porvenir, como

experimentados capitanes que ponen la proa hacia la nube lejana, sin temor á las tormentas, que les son ya familiares...

***

Permitidme, amigos, que al agradecer esta demostración, asocie la medalla actual de la Academia de Medicina con un recuerdo que solía referirse en mi hogar modesto, recuerdo lejano, mas no por eso menos intenso en mi afecto.

Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional, dirigido por el virtuoso educacionista Pedro Ricaldoni. Llegó la semana de exámenes, y el niño obtuvo tantos «sobresalientes» cuantas asignaturas cursaba. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del Instituto, y el niño, menos contento por esa distinción de cuanto lo hubiera estado recibiendo un cartucho de caramelos, regresó al hogar, comunicó el resultado de los exámenes, y con gesto displicente entregó á su madre aquella insignia cuyo valor no comprendía.

Ajeno á la emoción provocada, oyó de pronto á su espalda sollozos mal reprimidos; volvió la cabeza y vió á su madre, la medalla entre las manos, los ojos húmedos de llanto.

He oído referir que el niño, inconsciente en sus siete años del por qué de aquellas lágrimas, corrió hacia su madre, trepó sobre sus faldas y echó á llorar también él, diluyendo en ese llanto virgen, cuyas fuentes ciega para siempre la edad que pasa, las sílabas de una frase justificativa:

—No llore, no llore; no lo haré más: ¿qué culpa tengo si me han dado esa medalla?

***

En el presente caso, huelgan las disculpas. Pero cabe expresar un voto, y no resisto á la tentación de formularlo.

Os invito á levantar la copa, augurando que en breve plazo un argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires, y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París.

Volviendo al terruño... [1]

. . . .

Si hay virtudes, si el bien y el mal no son simples disfraces verbales del placer y del dolor, diré que admiro entre todas la que diferencia á los hombres de las sombras, á las unidades de los ceros, á los que viven de los que no existen: la virtud suprema, la energía. Ella incuba el secreto de todos los éxitos para los individuos y de todas las grandezas para los pueblos.

Es el motor y la palanca de la vida, siempre multiforme y compleja; es triunfadora, inagotable, renace más vigorosa después de cada esfuerzo. Ella es ciencia cuando se aplica á observar ó interpretar; es trabajo cuando produce y fructifica; es arte cuando sueña y cuando canta. Ella abrevia el espacio tejiendo telarañas de acero que agrietan las pampas y sembrando bajeles cuyas hélices conspiran contra el ritmo de los océanos; ella viola el tiempo y se le adelanta, enseñándonos á pronosticar las fenómenos venideros por la inconstancia

---

(1) Discurso pronunciado en 1906, en el banquete ofrecido al autor «celebrando sus triunfos científicos en el viejo mundo».

de una aguja magnética; ella rompe el ijar de la montaña y abre en la masa de las cordilleras un paso á la civilización dominadora, como desafío de la potencia humana al aislador capricho de la Naturaleza; ella separa continentes y funde océanos, cortando enormes estrechos, como si fueran cuellos gráciles, bajo el filo de ciclópeas guillotinas; ella, siempre la energía humana, enseña á ver lo invisible, á escrutar lo inescrutable, á manejar las fuerzas más extrañas é incomprensibles, á convertir en proficuos motores la violencia de la catarata, el calor del sol, el empuje de los ciclones, la majestuosidad de las mareas.

La historia de la humanidad es la historia de su energía, en todas las formas individuales y colectivas; la energía del que estudia y del que siembra, la energía del que enseña y del que combate, de la madre que cría, del poeta que rima, del labriego que siega, del amante que besa, del rebelde que clama. Vivir la vida es un privilegio de los fuertes; los otros la asfixian en la inercia ó la marchitan en la sombra.

La intención no basta; es necesario el gesto. La promesa es falaz si la acción no la acompaña. Más aún: toda promesa debe ser ya el comienzo de una obra.

Invariable adepto de este culto, el balance de mis vagancias por Europa es sencillo y cabe en dos palabras: «He trabajado.» Al volver hoy ante vosotros, con vacilación de mensajero que rinde cuentas ante un severo tribunal de iguales, recuerdo que vuestra cordialidad formuló otrora un presagio y me hizo adelantos en moneda de estímulo y de aplauso. Sólo pude corresponderos con mi labor intelectual. Vosotros diréis si pagué justo y de buena ley, compartiendo con ancianos ilustres la pre-

sidencia de un Congreso científico internacional, disertando en los centros más conspicuos de la cultura europea y obteniendo para la ciencia argentina una recompensa honorífica de la más eminente academia médica del mundo (1). Puse, en complaceros, mi intención mejor y mi pertinacia más obstinada.

Aceptadlas, si os place, como saldo honorable de mi deuda; si vuestra exigencia es más, contentaos con ver en ellas un nuevo compromiso para el porvenir.



Cuando se parte con una mentalidad ya definida, la vagancia por tierras lejanas aporta pocas convicciones nuevas, pero ajusta ó corrige las que son más hondas en la integración evolutiva del espíritu. El conocimiento objetivo del mundo y de la vida, en fases más innumerables, sólo puede confirmarnos las nociones fundamentales de la filosofía científica: la evolución y el determinismo. Por la una sabemos que todo cambia y progresa, por la otra aprendemos que sólo cambia subordinadamente á causalidades que son ajenas al voluble capricho de la voluntad humana.

Sólo intereses transitorios y accidentales podrían sugerir transacciones entre el fantasear de la metafísica y la disciplina realista de la ciencia. La madurez del pensamiento persigue la intelección sintética de los fenómenos del universo, cuya realidad es objetiva y es una. Podemos, conforme á nuestro lente subjetivo, mirarla de cien modos,

(1) Por la obra *Le langage musical et ses troubles hystériques*, editor, Félix Alcan, París, 1906.

juzgarla según nuestros deseos, dolernos de ella si rompe alguna cuerda en la lira de nuestros sentimientos: mas siendo la realidad una objetiva, la síntesis de nuestra filosofía científica debe ser el evolucionismo determinista, eje y motor de toda la ciencia contemporánea.

*
* *

Leve es cualquier bagaje de hechos y sensaciones; frágil es toda consolidación del saber, que siendo humano es por fuerza exiguo y precario; superficial es la incesante floración de los procesos cerebrales que la vida intensa complica.

Lo más fundamental en el espíritu ausente es el aprendizaje de afecciones que vinculan al terruño, que inducen á amar esa indefinible madre común, que hacen vibrar por ella como por una amante que empieza á idolatrarse cuando está lejana, que estremecen por la eclosión de fuentes sentimentales que suponemos cegadas cuando las obstruye su proximidad misma.

Es necesario haber sufrido la cruel lección de la nostalgia para comprender ciertas formas de afecto colectivo; la fraternidad universal es un idealismo abstracto, el amor por el país propio es un sentimiento real. Los ideales abstractos son la polilla del cerebro, carcomen la energía; los sentimientos reales la orientan y la fecundan.

El espíritu proscripto se puebla á la distancia de inenarrables recordaciones. Frente á un Lacio silencioso, donde tanta gesta de césares y de tribunos ilustró la historia de muchos siglos, la imaginación vuela de pronto y reconstruye la pampa monótona y grandiosa. Los más vastos panoramas de cumbres y quebradas helvéticas nos evocan la

adusta majestad del Andes prestigioso y magnífico. En cada racha de mistral creemos sentir un roce de alas frescas y tenaces como la penetrante caricia del pampero. Junto á un Arno que madrigaliza crónicas de antiguas gentes florentinas, despierta en la memoria el recuerdo de nuestros ríos que peinan con mansedumbre inefable las murmurantes cabelleras de los sauces melancólicos. Siempre, con razón ó sin ella, el terruño está presente en el espíritu. Y alguna vez, en horas de vaguedad crepuscular pasadas sobre una margen tranquila del Rhin, frente á castillos fantásticos que parecen animarse por las sugestiones deslumbradoras de la mitología y del arte, en vez de soñar con wagnerianos cantos de walkyrias que descienden al abismo buscando el oro legendario, nos parecía oir murmullos tenues, indecisos, venidos de muy lejos, trayendo el eco mustio de esa alma nativa que agoniza en la melopopeya de un «triste» ó de una «vidalita»...



Amar á este hogar común es dignificarse á sí mismo. Hacer que se robustezca el tronco de este árbol que á todos juntos nos da sombra, es una forma de sentir el más elevado egoísmo colectivo.

Procuremos para ello ser células vigorosas del organismo en formación, pensemos que la intensidad de cada individuo, obtenida por el esfuerzo y la energía, es un elemento de la grandeza total. Seamos piedras distintas que concurren á combinar el mosaico de la nacionalidad; seamos todos diversos en tamaño, en color, en brillo, pero todos armónicos dentro de la finalidad grandiosa del conjunto.

Seamos profundos en la vida, libres en la idea, enérgicos en la acción. Procure cada uno enaltecer el nombre de todos con su esfuerzo, agitando su personal divisa bien alto, ante propios y extraños. Propongámonos vivir una vida propia, enorgullecedora.

Aspiremos á crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico. Así como todo hombre aspira á ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también á que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad.

FIN

Buenos Aires, 1906.

F. Sempere y C.ª Editores.—Valencia

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

En el país del arte (Tres meses en Italia).—*1'50 ptas.*
Cuentos valencianos.—*Una peseta.*
La Condenada (cuentos).—*Una peseta.*
Arroz y tartana (novela).—*Tres pesetas.*
Flor de Mayo (novela).—*Tres pesetas.*
La Barraca (novela).—*Tres pesetas.*
Entre naranjos (novela).—*Tres pesetas.*
Sónnica la cortesana (novela).—*Tres pesetas.*
Cañas y barro (novela).—*Tres pesetas.*
La Catedral (novela).—*Tres pesetas.*
El Intruso (novela).—*Tres pesetas.*
La Bodega (novela).—*Tres pesetas.*
La Horda (novela).—*Tres pesetas.*
La maja desnuda (novela).—*Tres pesetas.*
Oriente (viajes).—*Tres pesetas.*
Sangre y arena (novela).—*Tres pesetas.*
Los muertos mandan (novela).—*Tres pesetas.*
Luna Benamor (novela).—*Tres pesetas.*

ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS

(SEGUNDA EDICIÓN

Precio: 25 pesetas

C. O. BUNGE

Profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata

LA EDUCACIÓN

Forma un abultado volumen en 4.° de cerca de 600 páginas, y es un acabado estudio de todos los sistemas de educación conocidos desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.

Precio: 6 pesetas

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

OBRAS PUBLICADAS

Ernesto HÆCKEL.—*Historia de la Creación de los seres según lás leyes naturales.*—Obra ilustrada con grabados.—Dos tomos en 4.°

P. LANFREY.—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por J. Ferrándiz.—Un tomo en 4.°

A. RENDA.—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.°

J. FOLA IGÚRBIDE.—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.°

David-Federico STRAUSS.—*Nueva vida de Jesús.*—Traducción de J. Ferrándiz.—Dos tomos en 4.°

P. J. PROUDHON.—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.°

José INGEGNIEROS.—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica.)—Un tomo en 4.°

José INGEGNIEROS.—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.°

Luis BUCHNER.—*La vida psíquica de las bestias.*—Un tomo en 4.°

Augusto DIDE.—*El fin de las religiones.*—Un tomo en 4.°

Rafael ALTAMIRA. — *España en América.* — Un tomo en 4.°

C. O. BUNGE.—*La Educación.*—Un tomo en 4.° de cerca de 600 páginas: Seis pesetas.

BINDING SECT. JUN 3 1970

R 117 I54 Ingenieros, José
Al margen de la ciencia

BioMed

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY